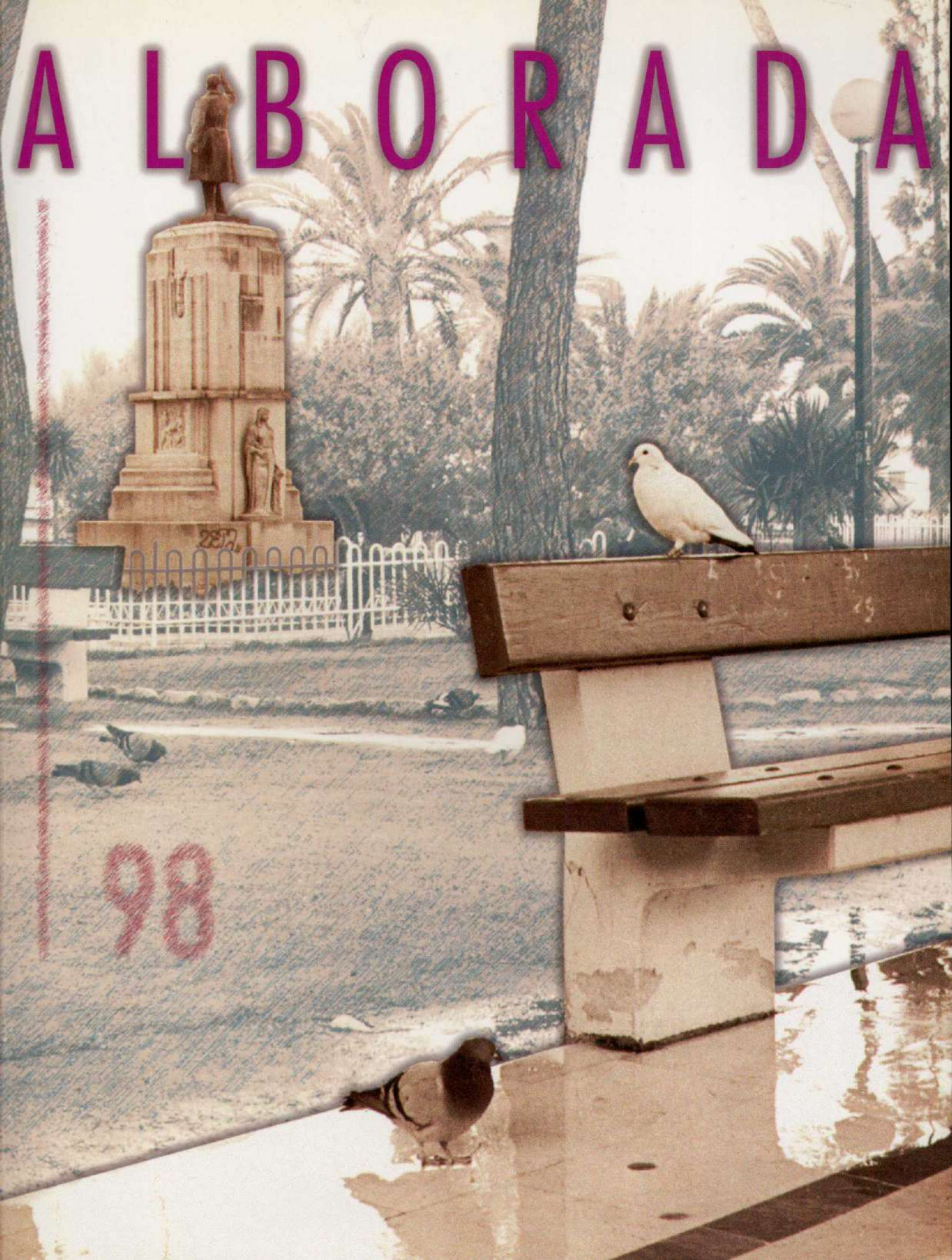




ALBORADA

98

Más de 25 Años a su Servicio



- Elaborados de forma artesanal
- Hechos a gusto de todos porque no llevan sal
- Sin aditivos ni conservantes naturales 100%

FABRICACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE PATATAS FRITAS Y APERITIVOS

Polígono Industrial CAMPO ALTO - Calle Francia, N.º 5

Telf.: 965 38 36 20 • FAX: 965 38 34 47

Apdo. Correos 590

ELDA

EDITORIAL

Manuel SERRANO GONZÁLEZ

Concejal de Cultura, Sanidad y Medio Ambiente

Como cada año, cuando

aparecen las primeras escarchas y fríos que hielan los campos por la luna nevada y las nubes del norte, aparecemos envueltos en celulósica alborada, como si se tratara de un pastel que aparece en la mesa de niños entre celofanes y azúcares en un día de fiesta.

Es que en estas fechas, cada año, el cielo asemeja brillar más y se cierra por una lluvia de luceros que parece que van a invadir la tierra y nuestras latitudes desde Bolón a la Sierra del Caballo y de los Chaparrales a Camara.

Y es que se aproximan unas fechas que cada año y en cada país se ponen las calles con sus mejores galas y se alían con campanas, con bombillas de colores y se siembran mil y un abetos, así como las casas se inundan de ramas de acebos verdi-azules con sus puntos rojos, muérdagos y flores de Pascua, ya que en esos días todas las casas españolas y las de Elda se ponen sus mejores galas para, casi dos mil veces más, celebrar una fiesta en la que los creyentes cristianos rememoran la venida al mundo de su Salvador y los agnósticos recuerdan un hecho tradicional de nuestra cultura occidental, de donde parte y da origen la era histórica y las referencias obligadas de antes y después de este nacimiento de un hijo humilde en una familia carpintera y judía.

Nosotros, por nuestra parte, este año lo vemos como fin de un ciclo democrático o legislatura, ya que esta Navidad-98 será su último año, antes de las próximas fechas electorales, por tanto también periclita un ciclo y una referencia.

También queremos, desde aquí, desear a todos los eldenses y no eldenses un venturoso y nuevo año 1999, ya que este nuevo año será definitivo y

Castelarino para nuestro pueblo pues, si nada cambia, la primavera traerá, junto con la eclosión de las flores y la vida, la nueva reapertura tan deseada de nuestro Teatro Castelar, buque insignia de la Cultura, la Sociología y la tradición popular en Elda. Por eso este año será venturoso desde el punto de vista de la cultura y la tradición.

Por otra parte, también el 25 de mayo de 1999 se conmemorará el centenario de la muerte del ilustre tribuno eldense D. Emilio Castelar, que en la obra *Las Fiestas de mi Pueblo* puso de manifiesto su entrañable cariño a Elda, así como su sentir eldense y eldensista.

Como conclusión y corolario, creemos que este año de 1999 será definitivo y marcará un poco la marcha de toda la vida cultural de la población, merced a estos dos grandes eventos. Es por tanto, que en esta fase, fechas y año, deseamos de corazón todo lo mejor para nuestros conciudadanos en estos días tan entrañables y familiares, rodeados de mazapanes, turrone, mantecados y licores. Así como que nuestra intención, desde nuestra modesta parcela de la Cultura, ha sido ejercer un poco, un átomo de servicio a Elda y de esta forma hacer lo propio hacia España.

Finalmente desear a toda la ciudadanía y paisaje Feliz Navidad así como un Venturoso y Próspero año Nuevo de 1999.

S U M



arte

PÁGINA 7

Un escultor, César Sánchez Soria	9
La Escultura Ibérica en Levante. La Dama Oferente	
Mapas antiguos de Elda	13
Dos fotógrafos: Cruces-Ernes y Cutillas	19
Un pintor, Martínez Lázaro	34



crítica literaria

PÁGINA 41

Antonio Porpetta: Mi palabra y mi voz	43
La ética como reflexión	44



costumbrismo

PÁGINA 45

El «pitico» de mi boina	47
La inmigración en Elda	49



ecología

PÁGINA 51

La vida en el mar	53
Curiosidades naturales en el entorno de Rabosa	61
Los árboles de la Plaza Sagasta	65



ensayo

PÁGINA 67

Fragancia sufi	69
La duda metódica en el marco de la ética kantiana	71
Los éxtasis místicos y su relación con los sueños	79

A

R

I

O



entrevista

PÁGINA 91

El Renco, el despertar de un torero93



historia e investigación

PÁGINA 97

Sit Al Hurra: La única mujer que gobernó en Marruecos99
 Elda, con Castelar 103
 Tras las huellas 106
 Un nuevo título en la prensa periódica de Elda: *Guerra Social* 108
 De la boda y partos de Isabel de Portugal, esposa de Carlos I 111
 Génesis de la Biblioteca Pública Municipal de Elda 123
 Real Cédula de S. M. el Rey Carlos III sobre el gremio de zapateros 126
 El megalitismo en Andalucía Occidental:
 los dólmenes de El Pozuelo-Zalamea La Real (Huelva) 131



narrativa

PÁGINA 135

Incendio 137
 ¿Dónde enterrarían el dedo del tío Hugo? 139
 Adiós Sr. Siglo 144
 Esto ha cambiado mucho 145
 Desconocidos 148
 Para erizarse 149



teatro

PÁGINA 153

Tragicomedia delirante de unos ojos «hacheados» 155

STAFF

Edita:

Ayuntamiento de Elda

Dirección:

Manuel Serrano González,
Concejal de Cultura, Sanidad y Medio Ambiente

Coordinación técnica:

Pedro J. Navarro Requena y Rafael Juan Ortega
EMIDESA

Textos (por orden de aparición):

Manuel Serrano González, Francisco Hernández Lacasa, César Sánchez Soria, Evangelina Lorenzo, Manuel Quiroga Clérigo, Sacra Leal, Lydia Sanchís Pérez, Pedro Gras Chinchilla, Juan Antonio Alchapar, José Antonio Jata, Manuel Vicedo Martínez, Julián López Busquiel, Ricardo Moreno, Mohamed Chakor, Octavio López, Enrique Selva Poveda, Adriano Gómez Ruiz, José Luis Bazán López, Ramón Candelas Orgilés, Alberto Navarro Pastor, Francisco Susarte Molina, Consuelo Poveda, Antonio Porpetta Román, Manuel Domínguez Cornejo, Antonio Domínguez Pérez de León, Rafael Carcelén García, Vicente Alarcón Juan, Carmen Guarinos Maestre, Maritza Josimchevich y Eduardo Sanchís.

Fotografía de portada:

Ernesto Ortiz Arteaga

Ilustraciones:

Ana Valero, Patrocinio Navarro, J. Avilés, Pablo Román, Teresa Gil, Miguel Barnés.

Fotografías portadillas capítulos:

Francisco Santos González.

Fotografías en interior:

Manuel Serrano González, Juan Cruces, Luis Cutillas, Juan José Pagán, Manuel Vicedo, Julián López Busquiel, Adriano Gómez Ruiz, Ramón Candela Orgilés.

Distribución

EMIDESA (Empresa Municipal de Información de Elda, S.A.). Jardín de la Música, s/n. 03600 ELDA
Tfno.: 965 392 577. Fax: 965 394 433
C.I.F.: A-03272598

Diseño y maquetación:

Estudio DAC, S.L., Petrer

Impresión:

Quinta Impresión, S.L., Alicante

Tirada:

1.500 ejemplares

Depósito legal:

A-1197-1996

SALUDA

Juan Pascual AZORÍN SORIANO

Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Elda La Revista Alborada se acerca

nuevamente a nosotros con las Fiestas Navideñas. Siguiendo la línea de años anteriores, la Revista presenta un contenido plural y amplio que permite al lector adentrarse en los distintos rincones de la vida cultural eldense.

Esta coincidencia de fechas me permite desear a todos los eldenses lo mejor para el próximo año, convencido de que el trabajo, la dedicación y el esfuerzo conjunto de todos seguirá reportando a la Ciudad y sus habitantes magníficos resultados.

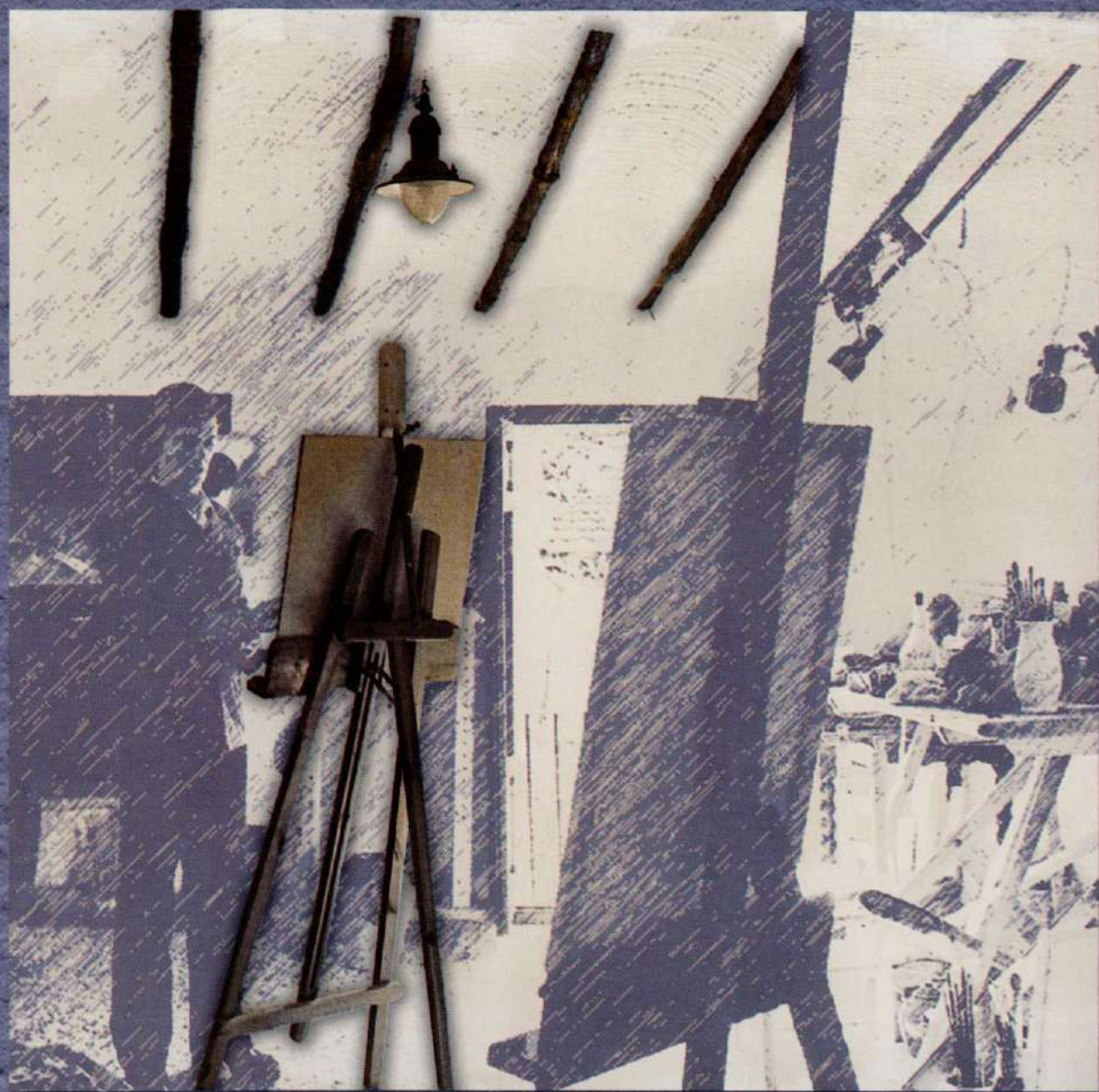
No quisiera terminar sin agradecer a los colaboradores de la Revista sus aportaciones desinteresadas que son muestra de un especial cariño hacia nuestra Ciudad.

Un afectuoso saludo de vuestro Alcalde.

Juan Pascual Azorín Soriano







Llamé al viento, que sopló por mí

Fiera dueña que me acompaña
 escondida tras la blanca hoja
 me habla y no se entera
 que en esta hora encantada
 no suena ni se estremece
 no piensa ni atormenta
 no muere, mueva ni entorpece
 el seguido ritmo
 de la frente tan demente.

Otro momento oscuro
 otro apagón
 ¿dónde están las velas,
 dónde la estación?
 Ando, retorno, busco, me quedo...
 Las velas, están cerca,
 preparadas de tiempo,
 palpo, las toco, las encuentro.
 ¡Una luz, una llama, un respiro!
 Salgo
 ¿hacia qué?...
 Floto, me hundo, navego, encallo
 mas...

¡No quiero naufragar!
 Por eso luchó, por eso tanto
 lanzo mi grito, ahogo mi llanto
 y abro los ojos tanto
 que no me mata apagón alguno.

Las manos del puerco
 temblorosas
 no pudieron cortar
 el tallo fino
 delgado
 de la rosa.
 Lloró amargamente
 porque la quería,
 no le importaba pincharse
 siquiera deshojarla.
 Lo que más le dolía
 era no tener dedos
 para acanciarla
 sino uñas retorcidas.

Se hizo de día
 y no salió el sol
 y esperaba verte
 —Había nubes—

Llamé al viento
 que sopló por mí
 —No consiguió nada—
 No eran nubes en el cielo
 eran manchas en mis ojos.
 Me restregué nerviosamente.
 Lloré mi desesperación.
 ¡No eran en los ojos!
 residían en mi alma.

Estimables revoltosos.
 Así aparecen
 se deforman y flotan
 vivientes
 con el insulto
 en el reflejar de sus ojos
 visibles
 cuan anteojos vivientes
 con imagen y sueños
 con oscuros y claros
 con sangre y tinta.
 ¡Así son ellos,

así se porta él!

¡Te detesto, porque eres gordol
 ¡Te odio por tu propia voz!
 Cuando el sonido del mundo
 ha cesado
 y me entrego
 al dulce encuentro
 con el sueño.
 Apareces tú
 rompiendo con tu solo respiro
 la tranquilidad de la noche.
 ¡Fantasma asesino de horas
 corruptor de sueños
 empedernido castrador de ilusiones
 dragón de cola y fuego!
 Te detesto... te detesto.
 Y cuando el alba raya
 y cuando la noche cesa
 cuando el alma está en paz
 sin guerra, sin peso, sin hembra
 cuando más calma queda...
 Apareces tú
 Rompiendo, destrozando, arrasando sin piedad
 con tu horrible «Riin» de mierda.

FRANCISCO HERNÁNDEZ LACASA

UN ESCULTOR, CÉSAR SÁNCHEZ SORIA

La escultura Ibérica en Levante. La Dama Oferente

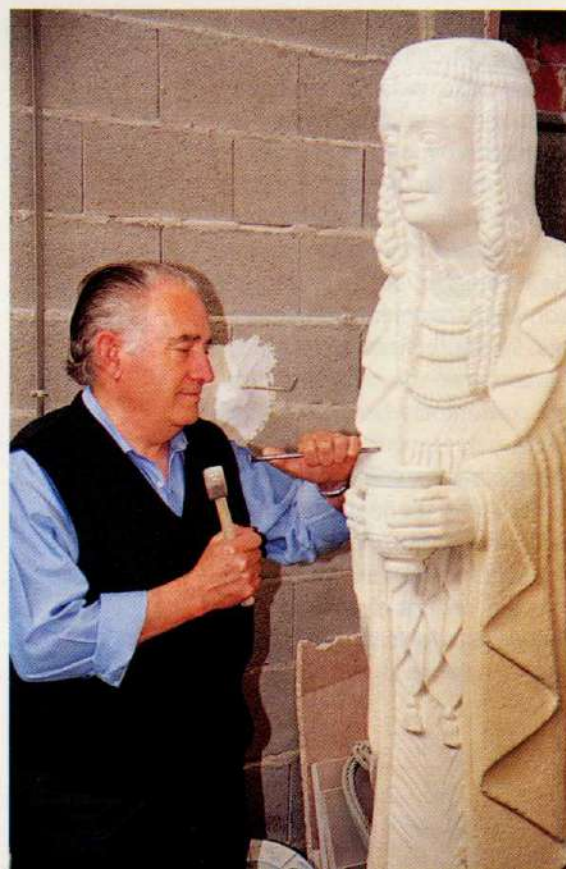
REDACCIÓN Nació en Montealegre del Castillo (Albacete), permaneció en Montealegre hasta los 14 años y, ante lo difícil que era subsistir en el pueblo, marchó a Toledo, donde empezó a trabajar como peón en el Alcázar de Toledo.

Uno de los dueños de la empresa en que trabajaba (Hermanos Béjar), D. Cecilio Béjar, era académico de Bellas Artes, el cual se fijó pronto en él, y lo matriculó en la Escuela de Artes. Fue su maestro e impulsor de su vida artística. Rápidamente le fue metiendo en los concursos y exposiciones que se celebraban en aquella época, estando siempre muy orgulloso de él, porque a los concursos o exposiciones que le llevaba siempre le respondía con el primer premio.

El 6 de diciembre de 1956 le recibió por primera vez Franco, en el Palacio del Pardo, por haber quedado campeón nacional. Y en octubre de 1957 por segunda vez, cuando quedó campeón internacional.

Durante esos años asistió a la Escuela de Arte, en los cursos nocturnos, y por el día trabajaba con D. Cecilio Béjar en la restauración del Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo.

En el transcurso del servicio militar, por amistades de Madrid, le dieron 4 meses de permiso para



LA ESCULTURA IBÉRICA EN LEVANTE

A la mitad del primer milenio antes de Jesucristo, en la España prerromana, hay dos zonas en las que se nota una mayor penetración de la escultura griega. Una es la región ibérica de Levante, donde se encuentran inscripciones con alfabeto ibérico, que se leen, pero no se comprenden. En la región de Levante la cultura es griega sin llegar a desnaturalizar el carácter de los indígenas.

En la región ibérica más o menos helenizada se produjo un arte híbrido iberogriego, de mayor transcendencia para nosotros. Pocas veces el alma de una tierra se ha expresado con tanta fuerza como se manifestó el eterno espíritu de la Iberia en las esculturas de aquella época en la región de Levante.

Las llamamos ibéricas, porque es el nombre genérico universal para toda la península, pero por su estilo deberían llamarse iberogriegas o grecoibéricas porque tienen muchas de las características del arte griego del siglo IV A. C. Por su contenido ideológico, por su expresión, son tremendamente peninsulares. Sólo la Ibérica trágica, feroz, violenta, apasionada, simplista en conceptos y llena de oropeles, joyas y mantos, pudo producir obras como las aparecidas en el Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación, lo que llama la atención en dos santuarios tan vecinos el uno del otro. Sin duda, debió ser una zona santificada por algún hecho his-

tallar en Madrid el monumento de Rosa Mari Fejure, que era de Venezuela, el cual al terminar se lo llevaron a Venezuela. Y, al terminar el servicio militar, le dieron otros 4 meses de permiso para restaurar la fachada de la facultad de San Carlos de Madrid.

Las esculturas que están en la coronación de la fachada de 5 metros de altura se consideró conveniente, ante su gran tamaño, realizarlas en la fábrica de piedra de Monóvar, dueños de las canteras de Almorquí.

Durante este tiempo le pidieron que hiciese la Santa Ana que hay en la ornacina encima de la puerta de la Iglesia de Santa Ana de Elda.





En este tiempo hizo muchas de las imágenes que hay en los panteones del cementerio de Elda, y también le encargaron el frontispicio de la puerta principal de la catedral de San Julián en Cuenca. En este tiempo conoció a su esposa, motivo por el que se quedó en Elda.

En este tiempo hizo una gran amistad con D. José Estruch y D. José Pertejo, a los que hizo en mármol de Carrara un busto a la hija de D. José Estruch, otro a una hija de D. José Pertejo, y uno al propio Pertejo.

Posteriormente, una vez metido en la industria del mármol, ha ido realizando varios encargos para Madrid, Alemania, Córdoba, Albacete y Tenerife.

tórico que ocurrió y que nosotros nunca podremos conocer.

Hoy aún seguimos sintiendo los montealegrinos un afecto especial por esa zona. Y cuando la pisamos sentimos algo extraño que nos empuja a ser mejor entre todos nosotros.

Estos santuarios fueron únicos, pues debemos sentirnos orgullosos de tener dentro de nuestro término tanta riqueza histórica y obras aparecidas, lamentando que todas ellas se encuentren en los Museos de Madrid y Barcelona, y nada tengamos en el pueblo.

Bueno sería que, aprovechando la influencia y fuerza po-

lítica que tiene nuestro alcalde, se intentara rescatar algo de las esculturas que son de nuestro pueblo y montar un pequeño Museo en la Casa de la Cultura.

Una vez comentado por encima el origen del arte Ibérico de nuestro pueblo, pasemos a describir la Dama Oferente.

Es la gran estatua de ofician-te, con un vaso de ofertorio del Cerro de los Santos, conocida por todos como la Dama Oferente de Montealegre, una joya de la escultura Ibérica.

La verdad es que he tenido dos ocasiones de reproducirla: una, como sabéis, está puesta en el piso de la entrada principal de la Casa de la Cultura, trabajo éste laborioso, realizado en mármoles, ónix y ágatas de 2 cms. de grueso con que, con sus distintos colores naturales, traté de darle la mayor expresividad y belleza del arte Ibérico, aunque de forma original.

Al ser destruida la copia corpórea fundida de cemento, expuesta en la Plaza de nuestro pueblo y por qué no, también el suyo, nuestro alcalde me pidió hiciese una nueva; la cual he tallado en su materia original: o sea, piedra arenisca compuesta de sílice y arena, muy bien cementada, que nuestro pueblo tiene el privilegio de tener en su contorno del Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación. Extrayendo el bloque en esta ocasión de la cantera de los Arbinejos, materia exactamente igual a la que emplearon los escultores ibéricos en su original, aunque el bloque fuese sacado de la venta, concretamente del

paraje de las canteras, por su proximidad al Cerro de los Santos.

Con el mismo cariño, he tallado esta Sacerdotisa, igual que otros trabajos hechos para el pueblo, pero en esta ocasión de una forma especial, porque se trata de la escultura más representativa que Montealegre tiene en toda su historia de culturas anteriores, siendo conocida mundialmente, y sus santuarios del Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación.

Como podéis apreciar, la dama es mayor de su tamaño original, la he hecho a talla directa, porque de esta forma me he obligado a profundizar y penetrarme más vivamente con el arte Ibérico.

LA DAMA

Su indumentaria es mucho más complicada si la comparamos con otras estatuas femeninas aparecidas en el Cerro de los Santos: sin duda representan dos categorías de personas muy distintas. Una es la mujer que diariamente se ocuparía de sus quehaceres domésticos y la otra, ésta ya definitivamente atraída por una liturgia, con un exceso de trajes y oropos superpuestos, que claramente se manifiesta como la sacerdotisa o Dama Oferente del Cerro de los Santos.

Lleva una túnica interior de lino, que se le ve, que aparece por debajo de unas sayas pesadas que deben ser de lana. Encima, como un albornoz o manto le cae hasta los pies. En la cabe-

za lleva mantilla o capucha, y completan su tocado profusión de joyas, collares, pendientes y corona.

No puede creerse que aquella dama, con la capa del ofertorio, sea una de tantas fieles que acudían al Santuario para hacer un acto de devoción y después volvían a su casa. Es una calidad de persona sagrada, profesional de un culto, por la expresión de su fisonomía.

Los artistas ibéricos que ejecutaron las esculturas del Cerro de los Santos no conocían con fijeza las proporciones de la figura humana, pero sí sabían representar el gesto hierático de una sacerdotisa en ejercicio de sus funciones.

Conforme la he ido tallando no he encontrado ninguna dificultad en todo su conjunto, a excepción de las manos. La talla de las manos me ha planteado serias dudas de cómo realizarla, si hacer unas manos suaves y estilizadas o unas manos endurecidas por el rudo trabajo de aquellas épocas. Ante la duda planteada en mi mente he optado por tallar unas manos que expresan haber llevado un duro trabajo, pero también expresando una recuperación de elegancia, ya que ignoro cuál era su verdadero trabajo antes de ser sacerdotisa y de nuestra Dama Oferente, de lo que si podéis estar seguros, es que ninguna obra puede haber sido tallada con tanto amor y dedicación como el que yo tengo a mi pueblo, Montealegre.

César Sánchez Soria

MAPAS ANTIGUOS DE ELDA

Manuel SERRRANO GONZÁLEZ



«L'ESPAGNE DIVISEE EN TOUS ROYAUMES ET PRINCIPAUTES». (Mapa de España dividida en todos sus Reinos y Principados). Mapa francés de N. Beilleul, publicado en París y fechado en 1762. Grabado en cobre con texto en ambos lados. Con una Cartela muy decorativa y con color de la época. Contiene el nombre de Elda.



«EUROPAE FABULA
SECUNDA CONTINENT
HISPANIAM».

Mapa del siglo XVI
grabado en madera por
Claudio Ptolomeo,
publicado en 1541. Texto
al dorso en latín.
Excelente impresión en
negro. Muestra la
sabiduría antigua de la
época en los aspectos
geográficos de la
Península Ibérica.



«CASTILLE NOUVELLE,
ANDALUSIE, GRENADE ET
MURCIE». (Castilla la
Nueva, Andalucía,
Granada y Murcia).

Grabado del siglo XVII por
Nicholas Sanson,
publicado en París en
1652, coloreado a mano.
Contiene el nombre de
Elda.



«IBERIA SIVE HISPANIA VETUS».

Mapa del siglo XVIII de John Blair, publicado en 1770. Muestra la Península Ibérica durante la dominación romana. Sin color. Contiene el nombre de Elda con el topónimo en romano Ad-Ellum.



«HISPANIA ET PORTUGALIA REGNA». (Reinos de España y Portugal).

Grabado del siglo XVII de Nicholas Visscher, publicado en Amsterdam en 1690. Contiene el nombre de Elda.



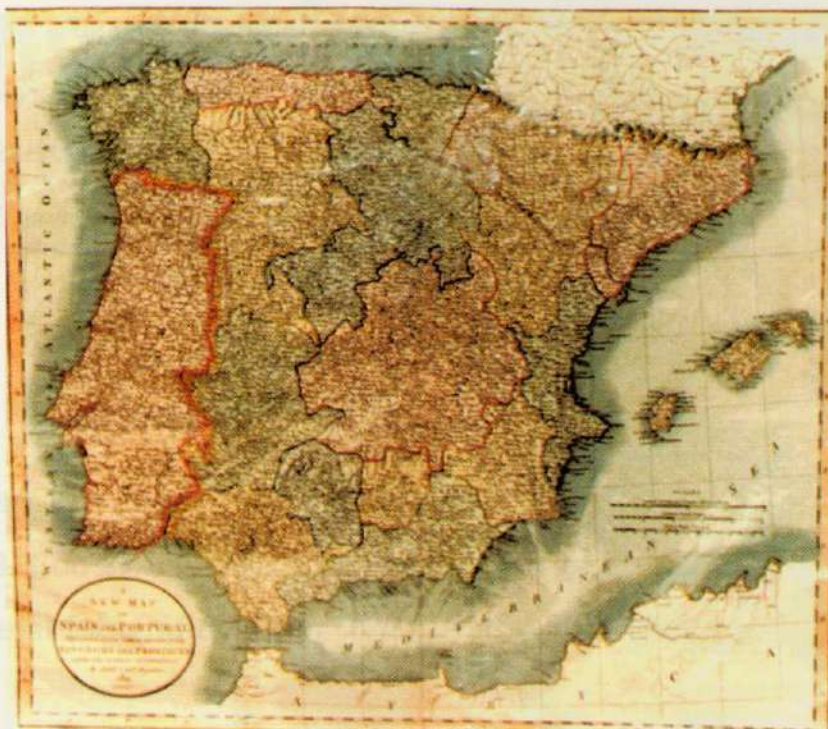
«HISPANIAE ANTIQUAE TABULAE».

Mapa del siglo XVII de Nicholas Sanson, publicado en París en 1641. Figura el título en una concha. Muestra la Península bajo la dominación romana con las provincias de Lusitania, Bética y Tarraconensis. Contiene Ad-Ellum (Elda).



«SPAIN AND PORTUGAL DINTINGUSHED IN TO THEIR KINGDOMS».

Mapa en inglés de John Senex, publicado en Londres y fechado en 1719. Grabado en cobre. Contiene el nombre de Elda.



«A NEW MAP OF SPAIN AND PORTUGAL».

Mapa grabado en inglés por John Cary, fechado en 1819, con muchos detalles. Contiene el nombre de Elda.



«L'ESPAGNE DIVISEE EN SES ROYAUMES ET GRANDES PROVINCES». (España dividida en sus Reinos y grandes provincias).

Mapa francés con texto en ambos márgenes de Jean Batiste Nolin, publicado en París, fechado en 1785. Contiene el nombre de Elda.



«SPAIN AND
PORTUGAL».

Mapa inglés de J.
Robinson, publicado en
Londres, fechado en 1799.
Coloreado a mano.
Contiene el nombre de
Elda.



«LES ROYAUMES
D'ESPAGNE ET DE
PORTUGAL». (Los Reinos
de España y Portugal).

Mapa francés del siglo
XVIII, grabado por Sieur
Janvier, publicado en París
en 1770, con una cartela
decorativa. Contiene el
nombre de Elda.

DOS FOTÓGRAFOS: CRUCES-ERNES Y CUTILLAS

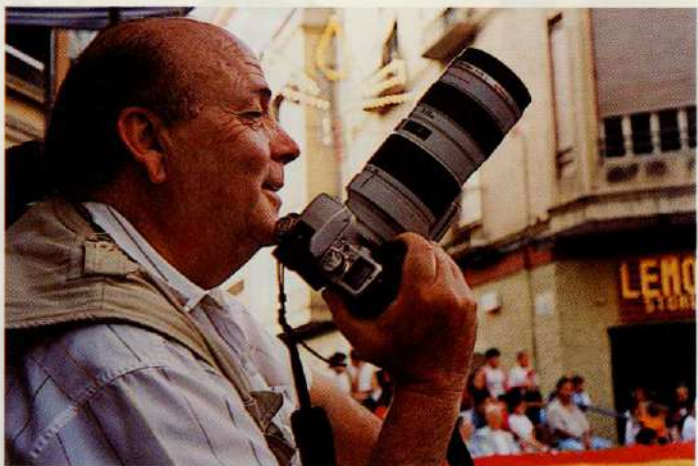
1- Juan Cruces

● Manuel SERRANO ● **Juan Cruces González** nace en Ceuta el 5 de diciembre de 1938. Con 27 años, en 1965, se traslada a Elda, donde pone una tienda de material fotográfico y un estudio en la calle Jaime Balmes, 9.

Posteriormente se establece en el edificio Ernes en la calle Juan Carlos I, donde permanece en la actualidad. Es en el año 1983 cuando empezó a colaborar como fotógrafo de prensa en la delegación en Elda del diario *Información*.

Su extensa obra fotográfica la inició en la técnica del blanco y negro para seguir posteriormente con el color. Ha ganado el primer premio de fotografía de las Fiestas Mayores de 1967. En el concurso que anualmente convocan las fiestas de Moros y Cristianos ha ganado cinco primeros premios, además de cuarenta y ocho trofeos a distintos niveles, obteniendo tres premios para ilustrar la portada de la revista de fiestas.

En el diario *Información* publica una media de seis fotografías diarias de Elda y comarca. La célebre foto de un delincuente secuestrando a una fiscal a punta de pistola, el cual logró sus propósitos de escaparse del juzgado, fue reproducida por numerosos medios nacionales tanto a nivel de periódicos como en revistas. Recientemente ha fotografiado a Pedro Maestre, el brillante escritor y premio Nadal eldense, con un primer plano en una ventana



Juan Cruces haciendo fotos.

Foto: M. Serrano

a contraluz, para el reportaje dedicado al joven escritor por el diario alicantino.

Cruces prefiere siempre los interiores para sus fotografías, evita utilizar el flash y utiliza siempre películas de alta sensibilidad.

Su fotografía ideal, la que le gustaría hacer, es la de un ambiente de mercado con sus puestos y sus gentes.



Juan Cruces en su moto.

Foto: M. Serrano



«Niños»

Foto: J. Cruces

DOS FOTÓGRAFOS:
1- JUAN CRUCES



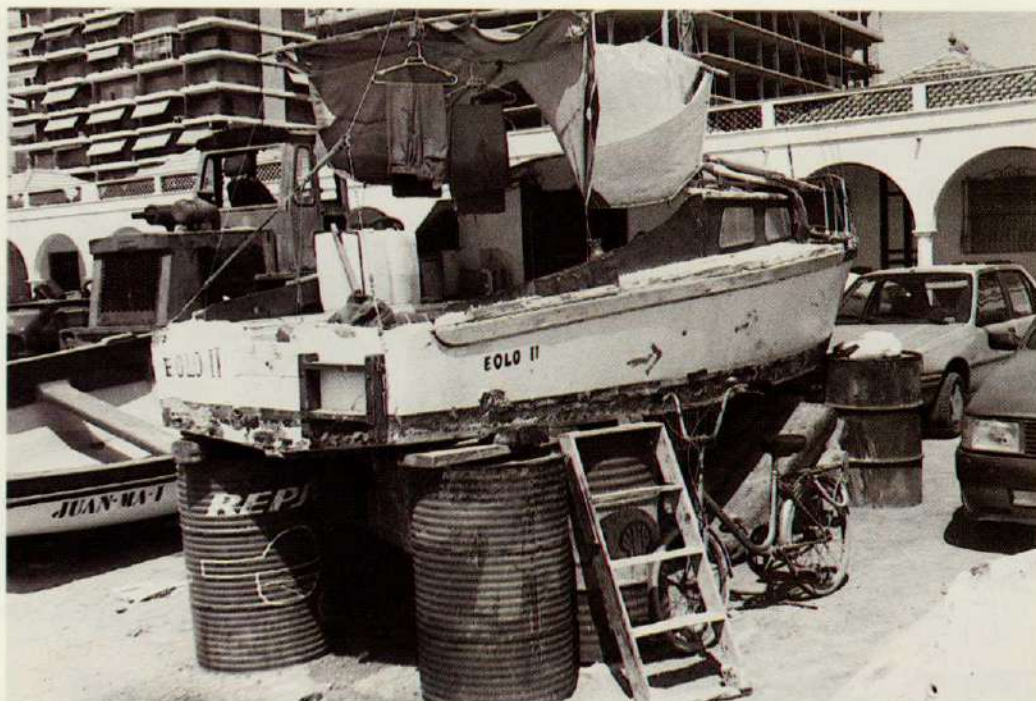
«Pedaleando por el mar».

Foto: J. Cruces



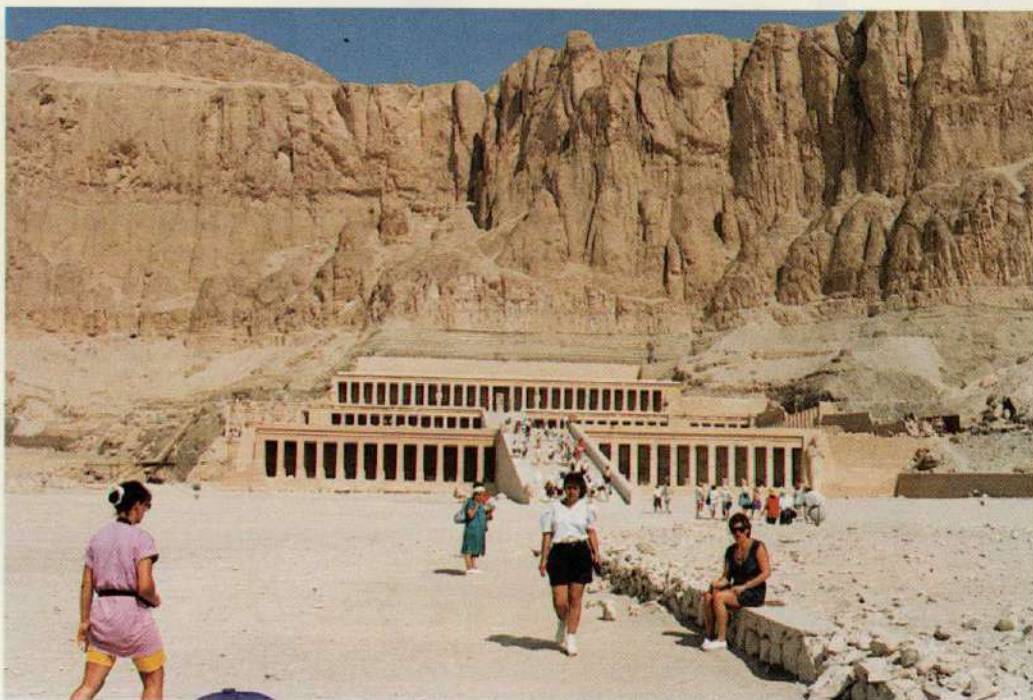
«Sermón arbitral».

Foto: J. Cruces



«La barca varada».

Foto: J. Cruces



«El Valle de las Reinas en Egipto».

Foto: J. Cruces

DOS FOTÓGRAFOS:
1- JUAN CRUCES



«Asuan, Egipto».

Foto: J. Cruces



«Biar nevado».

Foto: J. Cruces



«El perro del biberón».

Foto: J. Cruces



«Las Mezquitas del Cairo».

Foto: J. Cruces

DOS FOTÓGRAFOS:
1- JUAN CRUCES



«Incendio en Novelda».

Foto: J. Cruces

DOS FOTÓGRAFOS...

2- Luis Cutillas

Manuel SERRANO Fotógrafo de 33 años de edad. Sus comienzos en la profesión se remontan a tres generaciones atrás, cuando su abuelo (paterno) «Luis-Lucas» coloreaba sus prohibitivos desnudos en un entorno tan hostil y censurado para un artista de su época.

Pasando por su padre «Luis Cutillas» hasta la tan corta de edad de 6 años en la que «Luisito», con maletín en mano, acompañaba a su padre como asistente a hacer sus primeras fotografías. Un camino así recorrido lleno de formas, luces y perfiles, que Luis, con su cámara, ha sabido tan bien transmitirnos desde el proceso de una piel artesana materializada en zapato o bolso, hasta el brillo de los ojos de una novia emocionada el día de su boda. Tras haber recorrido estos pasos, Luis ha logrado su Gabinete propio de fotografía y diseño en el que se realizan diversos trabajos de imagen publicitaria y moda, así como otros proyectos personales y que saldrán próximamente a la luz pública, en el apasionante arte de la prestigiosa revista *La Fotografía*.

TRAYECTORIA PROFESIONAL

Asistencia a:

- III Jornadas Profesionales sobre «Iluminación, retrato y publicidad» celebradas en Lloret del Mar (1989).
- Taller de Fotografía Profesional en «Gran Forma-

to Linflot» impartido por Robledillo. Alzira (1992).

- Seminario sobre «Linflot 18 x 24», ponente Robledillo. Munich (1993).

- Jornadas de Trabajo sobre «Fotografía y Vídeo Profesional». Congreso Nacional. Gandía (1994).

- Taller sobre «Hassetblad». Impartido por Rodolfo Biber. Madrid (1995).

- Seminario sobre «Rolleifled». Profesor Slejaeche. Madrid (1995).

- Participación en diversas exposiciones colectivas e individuales:

- Zaragoza (1993)
- Hotel Sidi-San Juan (1995)
- Center Art de Muncich (1993)
- Café Cultural «La Madrassa» de Elda

PREMIOS Y NOMINACIONES

- Dos Premios Nacionales de Fotografía de la Generalitat Valenciana (1994)

- Una Nominación al Goya de la Fotografía. Zaragoza (1995).

- 1^{er} Premio a la Fotografía «Madrassa». Elda (1996/1997).



«Autorretrato».



«La moda por los suelos».



«La puerta de Brandemburgo. Berlín».



«Marioneta».



«Mujer, zapatos y paraguas».

DOS FOTÓGRAFOS:
2- LUIS CUTILLAS



«Disparando con zapatos».



«Niña y retrato».



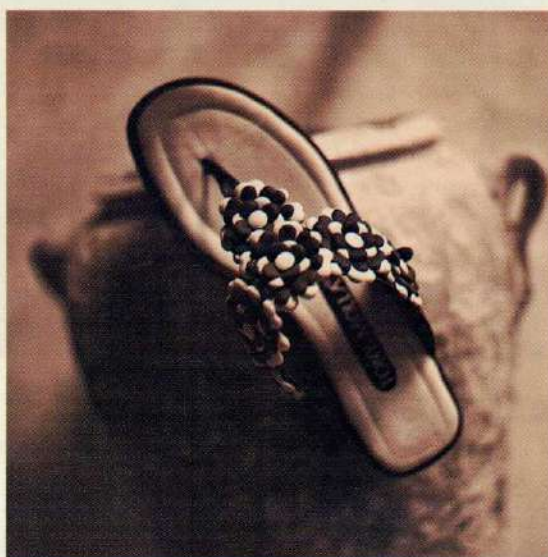
«La modelo del zapato»

«Modelo, zapatos y accesorios»

DOS FOTÓGRAFOS:
2- LUIS CUTILLAS



«Labios y zapato».



«Cocida al sol».

UN PINTOR: JUAN MARTÍNEZ LÁZARO

● Manuel SERRANO Juan Martínez Lázaro nace en Sax en 1952. Licenciado en pintura por la Facultad de Bellas Artes de Valencia, en la actualidad es catedrático de Dibujo en el Instituto de Bachillerato Azorín. En su primera fase pictórica vivió en Barcelona y es miembro de la Federación de Artistas Plásticos de Cataluña. Actualmente su residencia está en Elda, ciudad en la que disfruta de dos de sus aficiones: la naturaleza y el deporte.

La obra abstracta de Martínez Lázaro adquiere desde nuestro punto de vista decisivas dimensiones estético-intelectuales. Sus óleos realizados con absoluta soltura y oficio dan al espectador una impresión de serenidad y goce sumergiendo a la retina en un mundo a la vez mágico y relajado. Con la obra de este artista se perciben sensaciones que sólo la genialidad es capaz de conseguir. Tanto por el dominio de la plástica, como por la armónica estructura, tanto en las formas como en la mancha de color. Todo ello provoca que todos sus óleos tengan un estilo propio y diferenciador.

TRAYECTORIA

Tiene realizadas las siguientes exposiciones:

Colectiva en la Sala Sorolla de Elda
Colectiva en el Casino de Játiva
Colectiva en la Caja de Ahorros de Onteniente
Colectiva en el Centro Bertrand Rusell de Valencia
Colectiva en la Galería Stil de Valencia

Individual en la Cooperativa Agrícola de Castellón
Individual Club de Campo de Elda
Individual en «La Caixa» de Barcelona
Salón de Primavera del Ayuntamiento de Valencia
Individual Casa de la Cultura de Elda
Individual Galería Velázquez de Benidorm
Individual Casa de Cultura de Villena
Colectiva Casa de la Cultura de Elda
Colectiva Museo Benlliure de Crevillente
Colectiva Casa de Cultura de Altea
Exposición con Ramón Molina. CAM de Elda
Individual Casa Cultura de Novelda
Individual Casa Grande del Jardín de la Música de Elda
Colectiva grupo ELDADO en Elda
Colectiva en Zalamea la Real (Huelva)
Colectiva grupo ELDADO en Casa de Cultura de Novelda

Fue finalista en el concurso Pintor Sorolla de Elda en 1993

Obtuvo el 1º Premio en el Certamen Provincial del Club de Campo de Elda



COMPOSICIÓN: Técnica-Acrílico sobre lienzo • 73 x 60 cm.



COMPOSICIÓN: Técnica-Acrílico sobre lienzo • 100 x 81 cm.



COMPOSICIÓN: Técnica-Acrílico sobre lienzo • 60 x 50 cm.

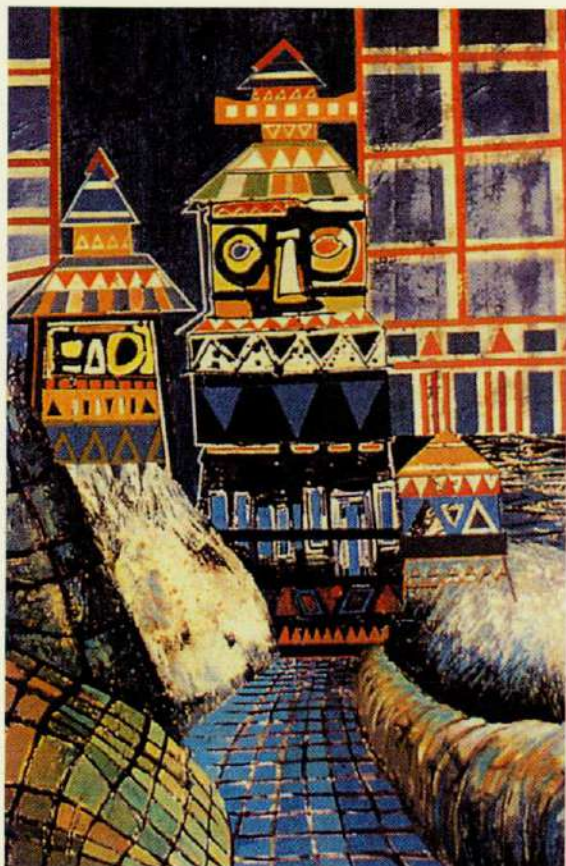


COMPOSICIÓN: Técnica-Acrílico sobre lienzo • 55 x 46 cm.

UN PINTOR:
JUAN MARTÍNEZ LÁZARO



COMPOSICIÓN: (Fragmento) Acrílico sobre madera • 100 x 81 cm.



COMPOSICIÓN:
Acrílico sobre lienzo • 92 x 73 cm.



COMPOSICIÓN:
Técnica Acrílico sobre lienzo • 100 x 81 cm.



Santiago de Compostela

Cuando preciso el olvido,
regreso hacia ti el recuerdo

Una noche de amor bajo tu imperio
por esta sed de tierra en suma calma.
En corcel nacarado de espuma y viento,
deambular por tus calles, ¡vida del alma...!

Inexcusables las sombras de tus caricias
sobre helechos que tienden a alzar los ojos.
Qué sublimes enigmas los que desprendes
de ese halo púrpuro que hay en tu rostro.

¡Oh Santiago en la noche sola y callada,
beatitud desprendida de religiones,
encendida mirada de un Dios piadoso
que en tus piedras esculpe sus bendiciones!

¡Oh poema que el mundo viene pulsando!
serenísima fuente que nos anegas;
canción tibia que al alma vas serenando;
voz, que alimenta un alba que nos desvela!

¡Oh Santiago en la noche sola y callada,
a tus calles regrese cuando me extinga
y en corcel nacarado de espuma y viento
de la vida inclemente sepa su enigma...!

EVANGELINA LORENZO

A mi niña: Evangelina

Ven a verme esta tarde
que hoy están pintando el aire:
sirenas, duendes y hadas.
He descubierto un sendero
de diminutos jazmines
que llegan desde mi boca
a tu corazón de pájaro
y están velándolo todo
para si vienes a verme.
El caracol que abrigamos
se puede venir contigo
y puedes, también, traerte
los días de pan,
la fuente con todos los sueños blancos
y el bastidor que nos diera
tantas horas de colores
cuando, al declinar del sol,
se sublevaba la vida.
Tráete, ¡no se te olvide!,
el aroma del domingo
y la quietud de aquel tiempo
en que tu pecho quería
medir el amor del mundo.
Trae tu inocencia de plata
y tus ojos genuinos,
derramados, multiformes,
jamás enjutos de llanto.
Tráete todo lo andado,
todos los sueños soñados
y los sueños por soñar
que hoy estoy aquí, sin mí,
buscándome en tus espejos,
bautizándome de nuevo
y naciendo a la esperanza
mientras van pintando el aire:
sirenas, duendes y hadas.

EVANGELINA LORENZO

ANTONIO PORPETTA: «MI PALABRA Y MI VOZ»

Manuel QUIROGA CLÉRIGO Antonio Porpetta es un hombre de la poesía, un amante de paisajes y ausencias, un relator de afectos y miradas.

Más de una decena de libros de versos le figuran ya como un creador, aunque tardío. Pero su voz es limpia y pura, algo que contiene brillantes horizontes y espejos de todos los futuros. Ahora, al contacto con las nuevas técnicas y las imprevistas proposiciones del sonido y la música, nos vuelve a ofrecer su voz para recomendar su verso amplio y su palabra veraz. Ya lo hizo años atrás al incluir en su libro *Territorio de fuego* una grabación en casete con poemas en su propia voz, títulos de Ana María Drack y fondos musicales de E. M. Harmony. Pero hoy habita el disco compacto y nos da una lectura antológica de parte de su poesía en *Mi palabra y voz*. Con ese prólogo de agua que es la voz de Charo Moreno para anunciar los títulos de los poemas y un trabajo coordinado por profesionales en la producción de Harmony Ediciones Musicales, los versos de sus libros de casi veinte años, mansamente quedan en medio de un ambiente musical y fervoroso. «La nieve de tu ausencia me ha vencido», dice el poeta que tan bien supo acercarnos a *El mundo sonoro de Gabriel Miró*, germen de su tesis que le valió el título de Doctor en Filología y por el cual se le otorgó el Premio de la Crítica Valenciana en su sección de Ensayo. Desde *La huella en la ceniza* (1980), *Cuaderno de los acercamientos*, *Meditación de los asombros* (1981), *Ardieron ya los sándalos* (1982), *El clavicordio ante el espejo* (1984), *Los sigilios violados* (1985), *Territorio de fuego* (1988) y *Década del insomnio* (1990) hasta *Adagio mediterráneo* (1997), obra que cosechó palpitantes adhesiones en unas recientes sesiones celebradas en Belgrado, Antonio Porpetta, con su voz clara y sin rompimientos, nos ofrece los universos recordados del tiempo ido, la historia de una memoria sin tra-

zas de impudor, las ágiles leyendas del amor y la existencia. «Nuevamente los pájaros invaden mi silencio», exclama y, luego, temeroso nos confiesa su amor por el mar, algo lejano de su Elda natal y siempre presente en su infancia y en sus versos («Aquel inaccesible mar/tan nuestro y tan ajeno»), aunque expresa «la desolada nota del cactus» o «la amargura implacable de la lluvia». Todo ello forma parte de un sentir repleto de intimidades, de alguna lentitud capaz de recuperar todos los pretéritos. Así recuerda a aquellos «Pescaderos de almendras, marineros sin mar/argonautas del cielo» o rememora «la distancia justa del grito y de la lágrima», cuando sabe que «huele a miedo la noche». Los suyos, como siempre, son versos cálidos, casi familiares, esos trozos de palabra capaces de rodear la madrugada. Y dichos por esa voz extensa, amplia, repleta de sonoridad y de cadencia, la amada cobra el valor de todos los fuegos, el mar se hace amigo y mineral, el cielo dibuja fronteras y armonías. Por eso cuando habla de «nosotros, los oscuros, los indefensos niños de seco», nos lleva a su estática infancia, a su predestinada ocupación de buscador de mares y de playas, tal vez para evitar «un exilio ausente de esperanza» o apreciar ese «fragor de juncos en la orilla» capaz de convulsionar los oscuros dictados del corazón y de la ruina. Así, cuando el poeta recuerda: «Sé que estás ya muy cerca/por esa brisa alegre que ha agitado los páramos», el corazón vuelve a su reposo después de tanta ansiedad y vehemencia. A través del C.D. (modernidad que no huye del verso ni de la temura), los versos de Antonio Porpetta han logrado conmovernos, encontrar todas las respuestas de amantes jubilosos, de habitantes efímeros de un mundo de esperanzas.

LA ÉTICA COMO REFLEXIÓN

Manuel QUIROGA CLÉRIGO «La ética, considerada en sí misma, es

primariamente personal». Así comienza su, ya clásico, libro *Ética y política* el profesor José Luis López Aranguren. Tras su fallecimiento ha aparecido una agradable edición de Biblioteca Nueva (Madrid, 1996) que es, no sólo un homenaje a su persona, sino un interesante recordatorio del valor que la ética sigue teniendo en nuestro mundo, pese a las sorprendentes cuestiones políticas de cada día, que parten de simples corrupciones administrativas a golpes indiscriminados o violencias de todo tipo.

Sin embargo, hace unos días, Fernando Savater, al preguntarle si la democracia puede poseer una ética propia, me contestaba que «la democracia crea un espacio ético, que es un espacio de libertad y de autonomía de los individuos». «La democracia -decía Savater- es un marco político, pero es un marco político que favorece una autonomía moral, tenemos que la democracia no es que sea en sí misma algo moral; la democracia, en general, es la que crea las condiciones más favorables para la autonomía, para la autonomía moral, a partir de la cual comienzan a darse los valores propios de esa moralidad». No se trata, en efecto, de definir la ética sino, tal vez, de lograr su aplicación, de conseguir que derechas e izquierdas, catalanes o extremeños, mujeres u hombres vivan con un sentido responsable dentro de sus ámbitos profesionales o de sus actuaciones sociales. Encarar la convivencia en un marco de comprensión, de sencillez, de mo-

deración o de cierta templanza podría resumir las actitudes éticas del individuo, para quien no sería preciso escribir gruesos volúmenes sino acercarse modestamente a sencillas enseñanzas como las que impartía el profesor Aranguren o las que explicitaba hoy mismo Emilio Lledó en su *Memoria de la ética* (Taurus, Madrid, 1995). La ética como reflexión ante la existencia y como práctica ante la convivencia sería esa norma de conducta de que hablaba Aranguren, capaz de lograr un entendimiento, no forzado por otras cuestiones disuasorias o coactivas, entre las diversas opciones políticas o las variadas maneras de entender la existencia. ¿Será «necesario transformar el espacio social de la cultura española en una verdadera morada, en una real comunidad, no la comunidad ilusoria de héroes y santos e identidades transcendentales de castas»?», como escribía Eduardo Subirats en *Después de la lluvia* (Temas de Hoy, Madrid, 1993).

COSTUMBRISMO



Cuando era una niña

soñaba con encontrar un príncipe azul,
un galante caballero, un enamorado eterno;
por eso, hasta bien entrada mi juventud,
errante por los lagos y las charcas,
oteando entre los juncos y el nenúfar,
hallé y besé la boca de todas las ranas.
Nadie me enseñó jamás
que hay cuentos que son ciertos
sólo a medias...

SACRA LEAL

Para vosotros, hombres y mujeres como yo,

alquimistas del instante,
progenitores del arado y la memoria,
poetas domésticos,
trovadores de nanas y lanas dulces,
obrerros del silencio,
catadores del lodo y la esperanza,
místicos del verbo y de la carne,
inversores del hoy,
futuros millonarios de luz mañana.
Para vosotros, viandantes, imperfectos, como yo,
espeleólogos del amor y la ternura,
mineros del afecto y del dolor,
buceadores del beso y la caricia...
Para vosotros, y para mí también,
habrá un tiempo de descanso
tras este largo viaje de voluntad en tránsito.

SACRA LEAL

A Eduardo

Es todo un personaje y es mi hermano,
señor y pordiosero de la urbe,
que ha tomado para sí el duro trabajo
de ser sede de todas las pasiones.

La vorágine misma se asustaba
al ver su corazón afiebrantado
y hasta el árbol joven de su vida
ha sido varias veces desgarrado.

Entre Dios y la materia se destroza
como barca entre peñas traicioneras
para al fin, roto el timón, la quilla abierta,
naufragar, solitario, entre las letras.

Representa su vida con esmero;
ya ha cambiado varias veces su libreto.
Intenta también cambiar los nuestros:
provocando, provocando, provocando.

LYDIA SANCHIS

EL «PITICO» DE MI BOINA

Pedro GRAS CHINCHILLA Como la mayoría de los humanos, yo también

estaba acostumbrado a mirar las cosas desde abajo. Los árboles eran altos, las casas enormes y las montañas inmensas. Pero este febrero pasado mi visión de la realidad cambió.

Un domingo por la mañana subí a la cima del Cid. Había subido muchas veces ese monte y, por supuesto, otros más altos. También había viajado en avión y observado el paisaje desde gran altura. Pero ese día fue distinto. Era uno de esos días en que uno está «filósofo» y, de pronto, me di cuenta de que Camara, mole impresionante, era bajito. Bolón era un terrón y la Torreta una arruguita del terreno. Los grandes edificios de la ciudad, que alrededor de mi casa me quitan el sol, eran apenas una mancha blanquecina y sin relieve entre los resecos campos. A los árboles nunca les había venido mejor aquello de mancha de vegetación... Ese día me di cuenta de que lo grande es pequeño si lo mira alguien más grande o desde más alto. Buscando un «resesico», pues rascaba de lo lindo, me senté. Mis lucubraciones se fueron devanando cada vez más concéntricas y complicadas. ¿Qué serían para un gigante de 10 kilómetros de altura nuestros montes?. El Everest le llegaría al hombro. Sierra Nevada le serviría de excelente asiento. Y El Cid le supondría el mismo esfuerzo que a mí subir un bordillo. ¿Qué serían para él los tupidos bosques de los Pirineos o las espesas selvas amazónicas?. Me imagino que las percibiría como nosotros notamos el verdín de una pared expuesta a la humedad; un color verde que, al tocarlo, se nos queda pegado en las yemas de los dedos. Sólo que en su caso lo que se llevaría pegado a la uñas serían

pinos, araucarias, cedros centenarios, secoyas, ébanos, tecas, etc., etc. Nuestra ciudad pasaría completamente desapercibida a sus ojos. Nuestras calles, nuestras plazas, nuestros edificios más altos o vistosos no serían para él más que guijarros del suelo, tan vagamente diferenciados del entorno que le pasarían completamente desapercibidos. Si caminara por encima nuestro, apoyaría un pie en El Reventón y el otro lo dejaría caer inocentemente en el centro de la población cubriendo un área comprendida, más o menos, entre la avenida de Las Acacias y la calle Pedrito Rico, a lo largo; y Antonino Vera y Chapí a lo ancho. Zona que se vería convertida por obra y gracia de los millones de toneladas dejados caer por tan grácil piececito en una formidable depresión que constituiría en un futuro, si llovía convenientemente, un inmenso estanque apropiado para toda suerte de actividades acuáticas; y las propiedades que hubieran quedado intactas a su alrededor se anunciarían en las inmobiliarias como «de primera línea de playa». Luego, con el pie con el que antes desgració para siempre el acceso a Elda por El Reventón, terminaría de asolar lo poco que queda de la torrecica de La Torreta y saldría tan campante de nuestro valle para incordiar, sin apercibirse siquiera de ello, a nuestros vecinos norteños de Sax. Si nuestro gigantesco amigo midiera 100 kilómetros de altura, nuestro relieve le parecería una birria y nuestros mares someros charcos. Si mi-

diera 100.000 kilómetros, La Tierra sería para él como un balón grande. Si midiera un millón de kilómetros seríamos una pelota de ping-pong. Si su magnitud fuera inimaginablemente imaginable tal vez fuésemos para él, junto con Marte, el Sol, Vega de Sirio, Antares, la Nebulosa de Andróme-

da y el resto de nuestro Universo, el «pitico» de la boina con que se protegía del frío en lo alto de la montaña más emblemática de su valle mientras se daba cuenta filosóficamente de que, visto desde arriba, todo parecía más pequeño y se imaginaba como sería su valle visto por un gigante...

Afortunadamente, el biruji arreciaba y me arrancó de lo que prometía ser un bucle de razonamiento infinito.

Me levanté y agité frenéticamente la cabeza para terminar de despejarme de mi espeso ensoñamiento.

Miré la bota de vino con desaprobación y emprendí el camino de bajada. El viento arreciaba y, al calarme la boina, mis dedos tropezaron con el «pitico». El corazón me dio un vuelco. ¡No! ¡Qué va! Era imposible. Las cosas son como son y solamente estamos donde estamos. ¿o no?

Por si acaso, mi bajada fue des acostumbradamente lenta y me cuidé mucho de mirar bien donde ponía los pies y de no tocar las rocas con verdín.



LA INMIGRACIÓN EN ELDA

Juan ANTONIO ALCHAPAR Como en otros lugares e incluso países, Elda no siempre fue lugar de inmigración e incluso lo fue de emigración hasta finales del siglo pasado y, en ocasiones, en el actual. Sin embargo, quisiera brevemente glosar en este escrito lo que ha significado para Elda la inmigración y, fundamentalmente la que acudió a partir de la década de los 50.



En efecto, en las últimas cuatro décadas han llegado a Elda miles, yo diría, decenas de miles de personas de otras regiones de España atraídas por la promesa de oportunidades que esta ciudad pionera, pequeño Eldorado ofrecía.

Los grandes contingentes -aparte de la provincia de Alicante y procedentes fundamentalmente del antiguo partido judicial de Monóvar (Monóvar, Pinoso, Algueña, La Romana etc.)- procedían de La Mancha, principalmente de las provincias de Albacete, Ciudad Real y Cuenca; Murcia, en especial de Yecla y Jumilla; y Andalucía, sobre todo de las provincias de Almería, Granada, Cádiz y Córdoba.

Se crearon barrios enteros de gentes de la misma procedencia, al estilo «made in USA»: Así surgió el popular barrio de la Huerta Nueva, poblado prácticamente por manchegos; otros como Subida a la Estación, con gran porcentaje de andaluces, o de murcianos en el barrio de Virgen de la Salud.

Qué duda cabe de que esta pequeña cosmópo-

lis, con el consiguiente y natural cruce entre gentes de diferentes y peculiares culturas y formas, gestó junto al insustituible núcleo natural de Elda, una población nueva, fresca, imaginativa, carente de prejuicios y tolerante.

No es de extrañar que el ciudadano de Elda destaque del conjunto comarcal y aún más allá, en tanto que elemento peculiar e innovador en cuanto a comportamientos e inquietudes: véase aquello tan alejado de la visión pequeño-aldeana de Elda, París y Londres.

Es cierto que cuando se produce el fenómeno inmigratorio en Elda, gracias a sus gentes de siempre, se daba ya un afán de progreso y laboriosidad; pero no hay duda que el terreno fértil y abonado fue también aprovechado y engrandecido por las personas de la inmigración para hacer de Elda lo que es, una ciudad moderna y abierta al futuro, con unas gentes siempre prestas a aceptar los retos de los tiempos.





Reflexiones del amor

Vivir con los ojos abiertos es como vivir dos veces.
La vida es siempre dos formas de ver, ninguna
de las dos auténtica.

Para vivir con los ojos abiertos hay que saber
acostumbrarse al contrasentido.

Admitir que te quiero
es querer salir
de la realidad que me invade
no permitir que se acabe el día
sosegar de alguna manera
la última hora de la esperanza.

Decidir quererte
es ignorar por un instante mi soledad
alimentándola sin darme cuenta
es un acto de egoísmo de la generosidad
te quiero para sentir que es útil mi amor
te doy todo lo que de mí necesita dueño.

Reconocer que te quiero
es actuar como si nunca
hubiese querido a nadie
porque tú no estabas
es siempre volver al pasado
queriendo vencer al tiempo
con la única arma de la oportunidad
en mano del arrepentido.

Quererte es algo
que calcula mi inconsciente
para regalarme seguridad
con la influencia de una sociedad
que siempre puso su fe coja
en la pareja.

Tal vez quererte
haya sido sólo un impulso frustrado
un engaño de la sangre
cuando bañaba mis órganos ardiente
un miedo incontrolado que aturdido
multiplicaba los latidos de mi corazón.

Admitir que te quiero
por estos motivos
es sólo reconocer no quererte.

ANA VERDÚ

Cabo Cope

A Juaní (mi esposa)

Ya estamos solos,
tú, yo y el mar,
frente a la embravecida
soledad.

A mar abierto
y como rompeolas,
que aguantan,
todos los azotes
de las furiosas
olas de la vida.
Nuestros corazones,
son como duros acantilados,
que las paran y las rompen.
Y todo se vuelve espuma,
sin ningún sentido,
al final.

No temas a las olas,
porque al fin y al cabo,
son sólo,
agua y sal.

JOSÉ ANTONIO JATA

LA VIDA EN EL MAR

● Manuel VICEDO MARTÍNEZ El planeta Tierra observado desde el espacio tiene un color azul que lo diferencia de cualquier otro planeta del Sistema Solar. Ese color es debido al agua que lo rodea por todas partes: sobre su superficie, en forma líquida, formando una capa que llamamos Hidrosfera; y en el aire que lo envuelve a lo largo de unos 11 kilómetros, en forma de vapor, formando otra capa que llamamos Atmósfera.



PANORÁMICA GENERAL DEL MAR Y EL CIELO (ALTEA) . Los intercambios de energía entre la capa gaseosa (Atmósfera) y la capa líquida (Hidrosfera) son el motor que dinamiza el sistema.

Estas dos capas fluidas de diferente densidad, la Atmósfera y la Hidrosfera, están en íntima relación y en continuo movimiento, gracias a lo cual se transporta calor desde las zonas cálidas a las frías y se absorben las radiaciones ultravioletas; dos condiciones sin las cuales no sería posible la vida tal y como existe hoy, en cualquier rincón del Planeta y con esa increíble variedad de formas.

El agua de la Hidrosfera, la que está líquida, es salada en un 97% de su volumen y forma los mares y océanos; el 3% restante es dulce y forma los ríos, lagos, acuíferos subterráneos y hielos sobre las tierras emergidas, principalmente de los polos.

El agua de la Atmósfera, la que está en forma de vapor, por el contrario es dulce y forma las nubes y nieblas. Aunque su volumen es relativamente im-

portante, dada su gran «movilidad», resulta difícil de cuantificar.

El mar ocupa el 71% de la superficie total de nuestro Planeta, es decir, casi sus 3/4 partes, y su profundidad media es de 3.800 metros, llegando en la Fosa de Las Marianas a un máximo de más de 11.000 lo que, comparado con los 800 metros de altura media de las tierras emergidas, supone un volumen 15 veces superior de agua que de tierras emergidas.

Si por otro lado consideramos que el mar puede ser habitado en las tres dimensiones del espacio, frente a las dos en que sólo puede serlo la tierra emergida, resulta que éste, el mar, es un espacio habitable unas 300 veces superior al aéreo, de fuera del agua.



PANORÁMICA DESDE LA COSTA NORTE DE LA ISLA DE TABARCA; AL FONDO SANTA POLA. El mar es un espacio habitable mucho mayor que el de las tierras emergidas, en donde, además, se dan unas condiciones más favorables para el desarrollo de las más variadas formas de vida.



REDES DE TRASMALLO SECÁNDOSE SOBRE LA RECONSTRUIDA MURALLA QUE EN OTRO TIEMPO FORTIFICÓ LA COSTA NORTE DEL PUEBLO DE NUEVA TABARCA. El ser humano siempre encontró una buena fuente de recursos alimenticios en el mar, usando las más diversas técnicas para su obtención a través del tiempo y las diferentes culturas.

Además, si por un lado son más fáciles los intercambios entre los organismos vivos, dada la menor gravedad, por otro las temperaturas son mucho más estables y, desde luego, siempre por encima de los 0° C.

Por estas razones, principalmente, la vida sólo pudo iniciarse en el mar, hace más de 3.500 millones de años, y no sobre tierras emergidas que, por otro lado, en aquella época aún eran mucho más hostiles.

Un dato muy significativo en este sentido es el hecho de que nosotros, la especie más evolucionada que actualmente vive fuera del agua, hayamos tenido que desarrollarnos en la fase de embrión flotando sobre el líquido amniótico y que, incluso de adultos, el 80% de nuestro peso se deba principal-

mente al agua.

El agua es, pues, el elemento determinante para la vida y el más abundante en nuestro Planeta, el cual por esa misma razón tal vez debió llamarse Agua en vez de Tierra.

Entre las características más notables de este líquido elemento conviene destacar:

- Su gran densidad, casi 800 veces mayor que la del aire, lo que amortigua notablemente la gravedad, aunque como contrapartida produce una presión muy superior a la de aquél, ya que sólo una columna de 10 metros de altura pesa tanto como otra con los aproximadamente 11.000 metros de aire que rodean a la Tierra, es decir, 1 Atmósfera.

- Su gran estabilidad ante los cambios de temperatura, debido a la mayor capacidad calorífica del



CADÁVER DE DELFÍN VARADO SOBRE LA COSTA NORTE DE LA ISLA DE TABARCA, probablemente matado por pescadores al haberse enredado accidentalmente en sus redes. El ser humano casi nunca tolera la competencia de otras especies en la obtención de sus «presas».

agua frente al aire, lo que evita los bruscos cambios que se dan sobre las tierras emergidas.

- Y su alto poder disolvente, lo que es fundamental para la mayoría de los procesos bioquímicos que tienen lugar en los seres vivos.

El agua del mar sufre unas pequeñas variaciones físico-químicas con respecto al agua pura que son debidas a las disoluciones de sales, gases y materia orgánica presentes en ella. La más notable de estas diferencias es su salinidad, la cual por término medio oscila alrededor de los 35 gramos de sal por kilo de agua. De esos 35 gramos, unos 27 lo son de Cloruro Magnésico, 1,2 de Sulfato de Magnesio y los 3 restantes de Sulfatos, Carbonatos y otros residuos menores.

La salinidad varía bastante de un lugar a otro,

oscilando desde los 6 gr/kg. del Mar Muerto. Pero, sin embargo, las proporciones de las diferentes sales disueltas se mantienen notablemente constantes, por lo que se puede afirmar que el mar tiene la misma composición en todas partes, aunque en algunas zonas está más diluido por mayores aportes de lluvia y en otras está más concentrado por sufrir una mayor evaporación.

El Mediterráneo tiene una superficie total de 2.970.000 Km², lo que siendo mucho, sólo representa el 0,82% de la superficie de la Hidrosfera, ¡apenas nada!. Pero es un mar interior, encerrado entre tres continentes, con unas características ecológicas constantes, que le dan una cierta entidad hidrológica y geográfica.

Su longitud es de 3.800 kilómetros, desde Gi-



BUCEADOR ALIMENTANDO A UN GRUPO DE OBLADAS (OBLADA MELANURA) EN LA ISLA DE BENIDORM. Actualmente el buceo con escafandra autónoma permite a cualquier persona disfrutar de ese medio tan desconocido, y hasta hace poco tan mitificado, que es el mundo submarino

braltar a Jerusalén, y su profundidad media de 1.500 metros, llegando su máxima absoluta a los 5.121 en la Fosa de Matapán, frente a Grecia.

Sus condiciones térmicas son bastantes uniformes, oscilando su temperatura en Alicante desde los 11-12° de febrero hasta los 25-26° de agosto.

La luz, que es la principal fuente de energía para los vegetales, aquí en el Mediterráneo siempre fue pródiga por lo que, a pesar de haber sido seguramente el mar más agredido por el ser humano desde siempre, actualmente aún conserva bastante vida, aunque adaptada a niveles de contaminación desconocidos en otros tiempos.

La vida surgió en el mar hace unos 3.500 millones de años bajo la forma de simples bacterias y algas unicelulares de las cuales aún existen algunas

vivas en la actualidad. Todas ellas son seres muy simples que únicamente tienen poco más que el ADN necesario para duplicarse y dar lugar a otros seres iguales a ellos mismos. Con formas y estructuras muy delicadas, sólo son perceptibles para el ojo humano como una especie de «polvo marino» que quita claridad a las aguas, van flotando a merced de sus movimientos y se les llama *Fitoplacton*. Entre esas microscópicas algas va otra multitud de pequeñísimos seres, unicelulares también e incapaces de producirse su propio alimento por carecer de Clorofila, que se les denomina *Zooplacton*. Entre ambos forman lo que en general se denomina el *Placton*: alimento del cual se nutren ya organismos mayores y más sofisticados.

Para los seres vivos que pueblan el mar sólo

existen dos estrategias posibles para buscar alimento: una de ellas consiste en moverse para encontrarlo allí donde quiera que se encuentre, y la otra en adherirse al sustrato y esperar a que, con los continuos movimientos del agua, se acerquen a ellos las partículas comestibles que atraparán con sus tentáculos.

En general, los que se fijan al sustrato son organismos filtradores del agua y se alimentan del *Plac-ton*, por lo que necesitan sustratos estables y aguas ricas en nutrientes.

Los que se mueven para buscar la comida lógicamente pueden alimentarse mejor, ya que pueden superar más fácilmente las dificultades y, por ello, ocupar hábitats más hostiles.

En Alicante se pueden observar los dos tipos

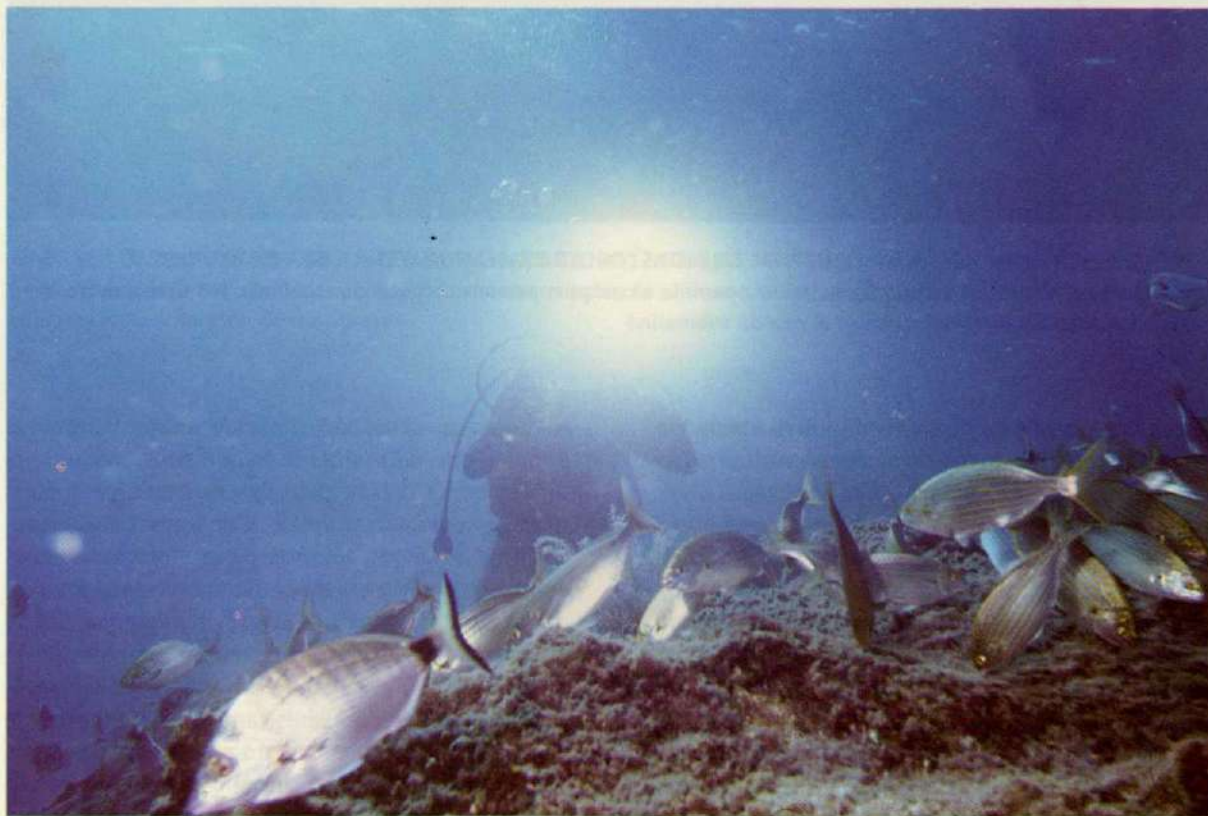
básicos de costa:

- La Costa Alta y Rocosa, caracterizada por un sustrato duro, fijo y estable sobre el que las formas vivas pueden adherirse,

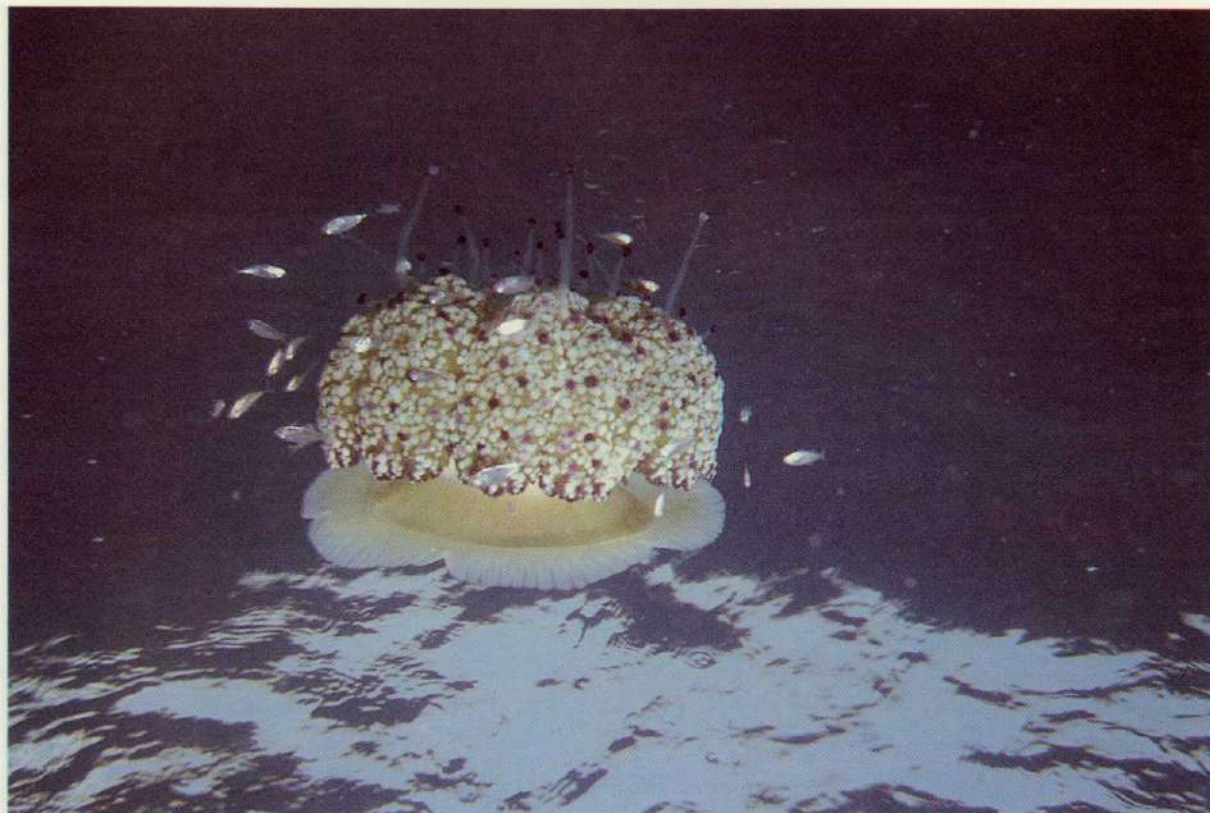
- Y la Costa Baja y Arenosa, con un sustrato blando, fácilmente movable por el movimiento del agua y, por ello, poco propicio para la vida.

Lógicamente, cada uno de estos tipos de costa alberga a unos seres que, al haber tenido que adaptarse a condiciones físicas tan diferentes, son en muchos casos tan diferentes como el propio medio que habitan.

En próximos capítulos veremos por separado los seres vivos más característicos que han conseguido adaptarse cada tipo de costa, tanto vegetales como animales.



BUCEADOR FOTOGRAFIANDO A UN GRUPO DE SALPAS (BOOPS SALPA) QUE SE ALIMENTAN EN LA LLOSA DE BENIDORM. Una de las actividades más agradables para el naturalista y el amante de la naturaleza, es poder observar y fotografiar a los seres en su medio natural, sin que éstos se alteren demasiado por su presencia.



AGUACUJADA (COTILORHYZA TUBERCULATA) CON ALEVINES DE SALPA (BOOPS SALPA), EN EL CABO DE LA NAO (JÁVEA). Un ejemplo de asociación simbiótica entre dos especies: la medusa se mantiene limpia gracias a los alevines, y éstos encuentran cierto refugio en su umbrella durante los primeros días de su vida, en ese espacio tan desolador que es el mar abierto.

BIBLIOGRAFÍA

- RUPERT RIELD: *Fauna y Flora del Mar Mediterráneo*. Ed. Omega; 1986.
- COSTA, M., GARCÍA-CARRASCOSA, M., MONZÓ, F., PERIS, J.B., STÜBING, G., VALERO, E.: *Estado actual de la Flora y Fauna Marinas en el litoral de la Comunidad Valenciana*. Ecmo. Ayuntamiento de Castellón de la Plana; 1984.
- BOLOS, O.: *Comunidades vegetales de las comarcas próximas al litoral situadas entre los ríos Llogregat y Segura*. Memorias de la Real Academia de las Ciencias y Artes; Barcelona; 1967.
- RIGUAL, A.: *Flora y vegetación de la provincia de Alicante*. Instituto de Estudios Alicantinos; 1972.
- ROSELLÓ, V.M.: *El litoral Valencià: El medi físic i huma*. Ed. L'Estel; Valencia; 1969.
- LÓPEZ, P.: *La flora submarina del Mar Mediterráneo*. Ed. Omega; 1983.



TAPIZ DE ANÉMONAS INCRUSTANTES AMARILLAS (PARAZOANTHUS AXINELLAE) EN LA ISLA MITJANA (BENIDORM). En lugares donde no faltan nutrientes, algunos organismos coloniales de vida sésil se «amontonan»; y eso es lo que le sucede a estas anémonas incrustantes, que viven en los lugares más oscuros del fondo del mar.

- FIALA-MÉDIONI, A., PÉTRON, CH., RIVES, C.: *Guía submarina del Mediterráneo*. Ediciones Mundi. Prensa; Madrid; 1988.
- CAMPBELL, A. C.: *Guía de campo de la flora y fauna de las costas de España y Europa*. Ed. Omega; Barcelona; 1983.
- RODRÍGUEZ, J.: *Oceanografía del Mar Mediterráneo*. Ed. Pirámide; Madrid; 1982.
- VARIOS, F. A. O.: *Atlas of the living resources of the seas*. FAO; 1972.
- ROS, J. Y TEJERO, A.: *Acciones para la protección de la zona del Mediterráneo. 1975-1985*. M. O. P. U.; Monografías de la Dirección General del Medio Ambiente; 1987.
- LE LOURD, PH.: *El Mediterráneo: Un microcosmos amenazado*. Ed. Blume; Barcelona; 1979.

CURIOSIDADES NATURALES EN EL ENTORNO DE RABOSA

● Julián LÓPEZ BUSQUIEL

La primera impresión que recibimos al arribar a Rabosa, con su impresionante paisaje y frondosos pinares, es la de los fuertes desniveles, profundos barrancos y empinadas cuestas por doquier, así como las diferentes tonalidades de color de las rocas.

Y quién no ha oído decir al encontrarnos con una concha marina fósil: *¡esto era el mar antiguamente!*. Pero claro, si estamos a casi 1.000 metros sobre el nivel del mar ¿cómo es posible esto?

En primer lugar una breve introducción sobre las rocas no nos vendría mal. Estas se clasifican en: Volcánicas o efusivas, Plutónicas o intrusivas, Metamórficas y SEDIMENTARIAS.

Nos ocuparemos de estas últimas por ser únicamente las existentes en nuestro entorno.

Las rocas sedimentarias se forman en la superficie del planeta y suelen tener un origen acuoso, o sea en cuencas o depresiones de hundimiento. Para ello se necesitan unas rocas ya preexistentes que pueden ser cualquiera de las mencionadas anteriormente. Los agentes atmosféricos se encargan de erosionar estas rocas, ya sea transportando fragmentos de ellas o disolviéndolas químicamente; el viento, el hielo, la lluvia, se encargan de transportar estos materiales, rodándolos o disueltos en suspensión, a los fondos marinos en los cuales se van de-

positando formando capas o estratos, el espesor de los cuales vendrá determinado por el progresivo hundimiento o elevación de ese fondo marino o lacustre (Geosinclinal o Cubeta)

El estudio de estos estratos (rasgo característico de las rocas sedimentarias), nos determinará la edad así como las condiciones reinantes para su formación.

Hecha esta somera descripción de las rocas sedimentarias, pasaremos a identificar sobre el terreno las que hay en el entorno de **Rabosa**, y empezaremos por las más antiguas. Éstas son unas arcillas y yesos de vivos colores (margas irisadas) que van desde el rojo intenso pasando por el azul verdoso y negro, las cuales pertenecen al Periodo Triásico y más concretamente a su piso superior (Keuper), las cuales tienen una antigüedad de unos 190 millones de años y una duración de sedimentación de 30 a 35 millones. Las podemos localizar al pie del **Cantal del Moro**, toda la rambla que discurre por ahí mismo con la cueva de yeso en su cauce, así como por el camino que va a la **Casa Herrero**.

Estas rocas, también llamadas evaporitas, se depositaron en un mar de escasa profundidad en el cual, y debido a las altas temperaturas reinantes de esa época, se evaporaban las aguas casi al mismo tiempo que penetraban a ese mar interior (como las salinas pero unos kilómetros más anchas), dejando en su fondo las sales marinas así como los yesos y otros minerales disueltos en esa aguas sobresaturadas, llegando a formarse grandes espesores de estos materiales por el progresivo hundimiento del fondo marino de centenares e incluso miles de metros, por ejemplo el **Cabezo de la Sal** de Pinoso, **Cabezo Rosa** en Casas del Puerto (Jumilla) o minas de sal y potasas en Suria y Cardona (Cataluña), también denominados *Domos salinos* o *Diapiros*.

Las segundas en antigüedad pertenecen al Periodo Cretácico y se depositaron hace unos 130 millones de años con una duración de 70 millones de años y nos son familiares por ser la **sierra del Cid** y

los **Castellarets**, entre otros, parte de esta formación. Aquí ya cambian las condiciones de sedimentación porque si bien hay materiales de fondos marinos rondando los 1.000 mts. de profundidad, gran parte de ellos lo fueron a unos cientos de mts. (Plataforma Continental o Neríticos) éstos son capas de arcillas de color amarillento a pardo con intercalaciones de estratos calizos (ver en la rambla debajo de donde se aparcen los coches) a los potentes bancos de calizas dolomíticas de los farallones de la Silla del Cid o los Castellarets.

Podemos encontrar buenos fósiles al pie de la citada cumbre, en los **rasos de Catí** (el collado a la izquierda del depósito del agua) o en el collado que pasa desde la **Almadraba** a **Rincón Bello** (Ammonites y Belemnites).

Éste fue un mar de temperaturas superiores a las actuales pero no tan extremas como en periodo Triásico, aunque de aguas bastante salobres como



Excursión de Rabosa a los Rasos de Catí.

Foto: M.S.G.

CURIOSIDADES NATURALES EN EL ENTORNO DE RABOSA

lo indican las formaciones dolomíticas (Acantilados del Cid).

Dando un salto en la escala estratigráfica tenemos la formación Miocena (TERCIARIO), la cual se depositó hace unos 25 millones de años y con una duración de 19 millones sedimentándose.

Esta formación nos es mucho más familiar puesto que la pisamos más asiduamente, todo el recorrido desde la **Piedra de Daniel** contorneando la finca de Rabosa, **Pinico enfermo**, **Racó de la Bola**, **Collado de Moros**, etc.

Esta amplia superficie viene configurada desde una potente formación arcillosa (Tap. Burdigalense, Mioceno inferior) que se nos pega a las botas cuando pasamos por el **Perriot** o por la Rambla que baja del **Pico del Fraile** al **Pantanet** y culpable del aterramiento de dicha presa, así como las margocalizas blanquinosas de las colinas citadas anteriormente.

Ya en el Mioceno Superior (Serravalliense-Tortonense), hace unos 8 millones de años, tuvo lugar la curiosa formación de las calizas (Micritas) arrecifales coralinas que configuran el paraje del Pantanet, entre otros.

Por último, los materiales cuaternarios producto de la erosión de todas las anteriores formaciones vienen a ser más o menos terrenos de cultivo actuales y rellenos de ramblas. Todo esto, que en un principio debería estar ordenado de más antiguo a más reciente y en perfectas capas horizontales según se van sedimentando, en una simple ojeada vemos que no están así y que los estratos van desde algunos horizontales, otros inclinados, hasta algunos totalmente verticales (Cantal del Moro por ejemplo).

Todo tiene su explicación y es que la superficie del planeta está dividida en placas (Placas Tectónicas) como si configuraran rompecabezas, el movimiento de estas placas arrastran unas a los continentes y otras a los océanos, el choque entre ellas pueden provocar elevaciones de los fondos marinos que con sus depósitos sedimentados formaran altas cordilleras (las Béticas, los Alpes, Himalaya, los Andes, etc.). Así pues, un océano o cuenca marina de varios Kms. de anchura puede quedar reducido a varios miles de mts. de Cadenas de Plegamiento.

Estos sedimentos en ocasiones pueden trasladarse (porque aún no están lo suficientemente consolidados) desde unos pocos mts. a varios centena-



El veterano montañero Juan Verdú en Rabosa. Foto: M.S.G.

res desde su lugar de origen, formándose mantos de corrimientos para lo cual utilizan como materia rodante las formaciones salinas o arcillosas que, sometidas a altas presiones, se tornan plásticas y fluidas dejando resbalar los potentes sedimentos más consolidados.

Si observamos por el camino que sale de la chabola del Cid en dirección a los **Chaparrales** en la parte que mira al vertedero de **Petrer**, lo podemos ver claramente ya que la desigual dureza de unos hacen que se plieguen hasta enrollarse permitiendo el paso de los más pesados (acantilados dolomíticos del Cid), pues al parecer todo el sistema de la Sierra del Cid (Cretácico) forma un formidable manto de corrimiento con vuelco de su cara N. Consecuencia de esto es la escama tectónica de los Castellarets que podemos comprobar al hacer el itinerario desde su cumbre en dirección al **refugio del C.E.E.** (ruinas)



Grupo de alumnos del 2º Curso de Educación Ambiental en Rabosa.

Foto: M.S.G.

que al descender por la cortadura que nos da acceso a su base que la roca está totalmente cuarteada (milonitizada) como consecuencia de este traslado.

Una vez asentado este corrimiento, la distensión posterior ha producido grandes fallas verticales hundiendo bloques que le dan la forma tan característica a la Silla del Cid.

Otras Fallas o zonas de debilidad han provocado que los materiales Triásicos, muy fluidos por la fuerte presión recibida hayan sido eyectados (como si se apretara un tubo de pasta dentrífica) a través de ellas y como consecuencia levantando hasta la verticalidad los estratos depositados sobre ellos (Cantal del Moro, Foradá, Rasos de Catí, etc.) esto se puede mejor observar desde el camino de la casa de Herro. Nos situamos en las ruinas que asemejan un torreón y miramos en dirección al Cantal del Moro y aquí se verán como a la derecha e izquierda del Trías se elevan enhiestas las crestas calizas que al ser más

duras permanecen mientras los materiales más blandos han sido erosionados desapareciendo.

Los estratos calizos, al estar sometidos a tensiones y distensiones se diaclasan (fracturan) dando formas particularmente aborregadas. Dependiendo del espesor del estrato tanto más grandes serán los trozos que, al ser atacados por el agua de lluvia, todavía los redondeará más, por ejemplo **La Bola**.

En resumen que todas las montañas del entorno de Rabosa tuvieron su origen en un fondo marino (Ortogeosinclinal) que sufrió variadas oscilaciones pasando desde el

muy somero del Trías a profundidades abisales en el Jurásico (que no aflora aquí) para ir elevándose y hundiéndose alternativamente (Orogenias) durante el Cretácico y TERCARIO, del cual el que mejor se observa es el Mioceno encontrándose los otros pisos menos representados por este lugar.

Es en el TERCARIO donde se dan con mayor fuerza los movimientos orogénicos y con particular virulencia en el entorno de Rabosa.

En la actualidad estamos asistiendo a una etapa de elevación como lo atestiguan las profundas cárcavas de las ramblas que si bien ya fueron excavadas con anterioridad, posteriormente se rellenaron con materiales cuaternarios los cuales están siendo de nuevo excavados creando profundas gargantas (Rambla de los Molinos, todas las de Rabosa, etc.) que le dan característica al paisaje tan abrupto y escarpado de nuestro **Parque de Montaña «Daniel Esteve» del C.E.E.**

LOS ÁRBOLES DE LA PLAZA SAGASTA

Manuel SERRANO GONZÁLEZ Cuando propuse a la Comisión de Cultura, hace un par de años, la idea de la remodelación de la plaza Sagasta y que recogió la prensa, decía que había que recuperar la memoria histórica de la plaza y, con ello, parte de la identidad histórica del pueblo, mediante la repoblación con los árboles originarios y con el estilo de manises blanqui-azules fundamentalmente.

Pues bien, estos árboles ahora nuevamente plantados son botánicamente los Ailantos, Falso Barniz, Barniz del Japón, Falso Zumaque o Árbol del Cielo.

El nombre *Ailanto* es de etimología oriental y significa árbol del cielo por su elevado porte.

Pertenece a la familia Botánica de las Simarrubáceas y existen tres variedades: *A. altissima*, *A. glandulosa* y *A. vilmoriana*, si bien la sembrada en la plaza es la variedad *altissima*, como lo fue antiguamente. Estas especies proceden en su origen de Asia y Australia, si bien están introducidas en jardinería mediterránea hace mucho tiempo, ya que se adapta perfectamente al área geobotánica mediterránea.

Poseen sus troncos cilíndricos cubiertos de corteza grisácea, presentando en su textura hendiduras o cortes.

Sus hojas son compuestas e imparipinnadas formadas por unos 14 pares de fobiolos y su forma oval-lanceolados.

Son plantas *Dioicas* o polígamas con flores dispues-



tas en panículos ramosos. Sus flores masculinas son verdosas y las femeninas más claras, blanco-amarillentas.

Poseen un típico fruto tipo Samara.

Son árboles de rápido crecimiento, de grandes copas: su parte más ornamental son sus hojas.

Vive bien en nuestro clima mediterráneo y se adapta a todo tipo de suelo, si bien prefiere los suelos ligeros, húmedos y protegidos.

Se reproducen por semillas en primavera, o bien entresacando sus retoños en el invierno.

Pueden llegar hasta 20 metros si se les deja.

Sus flores masculinas huelen mal, por lo que solo se han sembrado los plantones femeninos de buen olor y flores de olor muy parecido a las del Saúco. Son de color blanco amarillento.

Al parecer, los nuevos plantones han agarrado muy bien y esperemos que sean respetados para el buen disfrute como la plaza de todos los ciudadanos eldenses. Que es el deseo de todo el grupo de Gobierno del actual Ayuntamiento de Elda.

«De la tierra de los ríos»

Y que sean cavernas tus ojos,
que sean pozos de silencio
que sean canales de luz,
que fluyan bajo el hueso subterráneo y las fosas y los órganos
y la carne
que se extiendan líquidos como un río bajo la tierra,
que alcancen de lo profundo las estancias más hondas;
en que la luz aún no ha llegado.

Hoy pienso en ti, mi amor, tu boca es honda,
tu boca es como las entrañas huecas de la tierra.
En hondas noches excavo en tu boca
en las gargantas subterráneas de tu boca.
Tu boca es el pórtico en que migran las generaciones.
Yo poblaré tu boca de multitudes,
y los hombres habitarán en tu boca
y poblarán tu boca
y la regirán
como en la oscuridad de su origen.

Tus dientes, amor, las almenas
de la ciudad subterránea de tus huesos,
donde aguardan las palabras pálidas como ejércitos.
Tus dientes, amor, terribles como las torres,
altos como torres,
donde aguardan los ejércitos de mi boca.

Bajo el espeso tapiz de tierra,
donde sórdidas palpan las raíces
así son húmedas las vísceras de tu vientre,
así se yergue el tronco duro de tus vértebras
en medio de la carne, firme columna, espolón de tu huesos;
así se licua tu médula lechosa,
semejante a la savia de los árboles.

Tu cabello es un bosque de sombríos troncos,
de ricas maderas, de ungüentos aromáticos,
de aceites perfumados,
de hiedras oscuras, de árboles torcidos.
Jazmines son tus labios: que sólo
derraman nocturno el aliento.
Laderas son tus hombros
donde pacen negros rebaños.

Hablaré de los caldos de tu coño,
turbios como la sangre de los peces;
de la zanja de tu coño como las oscuras grietas de la tierra;
cubiertas de musgo, donde habita húmedo el reptil
de saliva espesa, de escamas frías como el agua.

Todos los pueblos yacen a tus pies,
topos los siglos te pertenecen;
porque he levantado en ti una casa,
la casa donde reposan los huesos de mis padres.

Mira, para que llegase hasta mí el aliento
muchas razas nacieron bajo el Sol,
se arruinaron ciudades, pueblos cruzaron
vastas regiones y el abismo de los océanos
y se extinguieron linajes ya olvidados
y los hombres emigraron bajo la faz desolada de la tierra.

Yo te ofrezco, amor, la memoria de la tierra,
el naufragio de la carne sepultada en la tierra,
el sudor vertido por las frentes,
los huesos aplastados, la sangre oprimida
el alma de los no nacidos.
Yo te ofrezco los signos de la luz,
las constelaciones lechosas, las fuentes de la noche;
yo te ofrezco la vida trepando entre las raíces subterráneas
apartando la carne descompuesta, las cortezas de la tierra,
los mantos de cieno,
las capas de barro...
por alcanzar la alta claridad del día,
por dejar atrás la oscura ciega opresión de la noche.
Hoy te ofrezco esta noche derramada de astros,
el aliento del sueño que fluye subterráneo de las ciudades,
los metales bajo la tierra,
la oquedad silenciosa del mundo.

Yo me formé de los altos hijos de la tundra, venidos del Este,
de los viejos pueblos del mar
que fundaron las ricas ciudades de Tiro y Micenas,
de las fuertes razas del Sur,
de miembros brutales y ojos oscuros.

Del Sur vinieron mis padres,
de los áridos desiertos, de las tierras vacías;
de los valles perdidos,
para los hombres,
soy un «bedú», un hijo de las nubes,
de ellos aprendí que el hombre levanta su casa ante las estrellas.



> Viene de la página 66

Del Este, de la tierra de los ríos
vinieron mis padres;
ellos vieron anegarse la tierra
y forjaron metales para doblegar a los hombres
y eran jóvenes y temían la muerte
y seguían el curso del ocaso;
de ellos aprendí a cultivar la tierra y a levantar ciudades.

Del Norte vinieron mis padres,
de los bosques inencontrables,
y eran altos como el negro macizo de los montes huérfanos,
hechos de la misma sustancia de la tierra;
de ellos tengo el gusto por la muerte
y el horror a la noche.

Desde lo profundo te deseo,
sólo tú posees las llaves del mundo subterráneo del silencio.
Todos los siglos te pertenecen,
tú eres la tierra donde yacen todos los que fueron.

Porque amo tu cuerpo como se ama la tierra,
como el campesino ama la tierra,
la tierra labrada y abierta;
como se ama la tierra amo tus manos
tus manos roturadas, cavadas de surcos
como los valles partidos en campos,
como la tierra abierta de márgenes
así son tus manos;
así amo tus manos talladas de signos,
escritas con runas extrañas
de lenguas perdidas,
como la memoria que los pueblos
labraron en el silencio de la piedra.
Así te amo...
como se ama la tierra.

Porque Alto es tu cuello
como los muros de Novgorod son altos,
como las torres de San Pablo en Moscú son altas.
Tus ojos son como las fosas de Nemrod,
como los valles de la muerte en Gizeh.

Por encima de las estepas de Kazjastán,
de la dorada Kiev, de altos tejados, de cúpulas doradas,
por encima de la ciudad negra de Calcuta,
de los montes sagrados de Libia.
Sobre el puente colgante de Brooklyn
sobre las torres negras de Escocia
entre las brumas de Irlanda,
donde reposan los huesos de los reyes:
tú heredas la tierra.
Heredas Praga, Vilna y Florencia.
París será tuya, las iglesias de Bizancio.
Las cúpulas de Roma, los alminares de Tánger.
Los ponientes de la ciudad prohibida de Pekín
tendrás en herencia,
las auroras de Oslo...

De Samarcanda a las setenta y dos naciones,
de la ciudad redonda a Damasco,
yo amo tu cuerpo como el Nieper,
vasto y frío como la tundra,
perfumado como los palacios de Nínive.

Tu boca es como las puertas de Jerusalén,
como las torres de Jericó.
Alta como las murallas de Babilonia,
más alta que las chimeneas más altas,
que los hornos de Berlín, que la isla de Manhattan.

RICARDO MORENO

FRAGANCIA SUFÍ

Mohamed CHAKOR El periodista y escritor hispanoárabe Mohamed Chakor publicará próximamente en una importante editorial española su nuevo libro *Fragancia sufí*, del que extraemos estas breves sentencias que incitan a la reflexión:

AMOR:

Quien ama no está solo, quien tiene fe tampoco.

CONSUMISMO:

El gran comensal en la mesa del consumismo es el cubo de basura.

ESPIRITUALIDAD:

Además de un ser biológico, el hombre es un ser espiritual.

ÉTICA:

¡Ética, al poder! Hasta tus enemigos te lo piden.

HISTORIA:

La historia veraz se escribe en sociedades libres. Bajo un régimen despótico, en lugar de historiadores hay panegiristas.

HOMBRE:

La única certeza del *Homo cosmicus* es la incertidumbre.

ILUSIÓN:

Cuando se rompe el cántaro de las ilusiones afloran tristes verdades.

POESÍA:

Poesía y sueños dejan volar alto las aves de la imaginación.

MUERTE:

Aunque era el Día de los Inocentes, la noticia del fallecimiento del Ángel de la Muerte me horrorizó. Sería terrible vivir sabiendo que la muerte ha muerto.

MUJER:

La mujer es la reserva espiritual de la sociedad materialista.

ORACION:

La oración es la medicina del alma.

PAZ:

Si la mitad de la humanidad no respeta los derechos de la otra mitad, ¿cómo quieren que haya paz?

POBREZA:

La cultura de la pobreza pedirá cuentas, tarde o temprano, a la sociedad del despilfarro.

El pobre, en todas partes, es ciudadano de segunda.

**POLITICA:**

País sin políticos, pueblo inteligente.

RACISMO:

Las raíces del racismo se nutren de los prejuicios y de la negativa de tolerar y de respetar al otro.

REALISMO:

No quiero ventanas hacia el futuro, prefiero puertas abiertas en el presente.

INTEGRISMO:

El integrismo, cualquiera que sea su signo, es fanatismo y terrorismo. Pero durante todo el siglo XX, el integrismo laico ha sido, sin duda, el más nefasto.

SABIDURIA:

La humildad es la flor de la sabiduría.

SUFÍ:

El sufí es el espeleólogo de su alma.

TOLERANCIA:

La tolerancia no es debilidad, es virtud, pero ¿qué trascendencia podría tener si no es tolerante hasta con los intolerantes?

VIDA:

La vida es un extraño juego de azar.

Sin un gran ideal, la vida es como un arco sin flecha.

VIOLENCIA:

La cultura de la violencia es el cáncer de la sociedad.

PAZ:

Sólo los muertos cultivan el arte de dejar en paz a sus vecinos.

VEJEZ:

Juventud manirrota, vejez pobre.

LA DUDA METÓDICA EN EL MARCO DE LA ÉTICA KANTIANA

«La gran tragedia del mundo es que no cultiva la memoria, y por tanto olvida los maestros».

(Martin Heidegger)

Octavio LÓPEZ La ética es con toda probabilidad la rama más importante de la Filosofía. Esto es así porque, a diferencia de la Filosofía de índole teórico, que a menudo se pierde en complejas elucubraciones en torno a problemáticas ajenas al ser humano -o, al menos, secundariamente importantes:

Antropología, Epistemología, Lógica-, la ética se define por su inmediatez, por su íntima relación de necesidad práctica para con la persona de a pie.

Quizá sea posible vivir sin los conocimientos que intenta —y no siempre consigue— proporcionarnos la Filosofía Teorética; de hecho, la inmensa mayoría de la gente así lo hace: para ir al trabajo, recoger los niños de la escuela, poner la colada o ir al cine el fin de semana, no hace falta saber si el universo es creado o ingénito, si el Ser es una categoría estática o cambiable, si existe la unidad de materia indivisible o cómo se produce la comunicación intersustancial. Estas son problemáticas que «están ahí», enterradas

entre mazacotes polvorientos de material bibliotecario. Pero no nos interesan: *no son «útiles»*.

La ética, en cambio, *sí* que tiene ese ingrediente pragmático que la hace indispensable para el vivir humano. La cuestión es que resulta humanamente inviable vivir sin un código de valores que rijan nuestra conducta, que legitime nuestro breve pero intenso paso por este planeta; en definitiva, que dé forma, sentido a nuestro mundo. El nihilismo creyó poder vivir de esta manera, y Nietzsche, su representante por antonomasia, acabó sufrien-

NOTAS:

1. Son interesantes las reflexiones de Fernando Savater sobre la necesidad personal de creer en algo y poner un tope en nuestras pesquisas filosóficas. Cf. *Diccionario filosófico*, Barcelona, Planeta, 1995, voz «Pregunta», pp. 293-296.

do «la intoxicación de las profundidades»¹. Nuestro planteamiento responde, en el fondo, a la formulación kerkegaardiana de verdad subjetiva: lo que verdaderamente nos atañe, aquello de lo que no podemos prescindir en el día a día. Todo ello es: la ética.

Ahora surge una pregunta inevitable: ¿a qué viene conceder tanta importancia al asunto?; es decir, si la ética es tan imprescindible, seguramente ya la estamos utilizando conque ¿qué sentido tiene promocionarla? La respuesta es sencilla: la ética, genéricamente entendida como guía del comportamiento humano, no tiene una sola manifestación. Por hablar de algún modo, no todo sistema humano de valores es estrictamente «ético». Con esto quiere decirse que, apurando el significado del término, ética sólo hay una: la que toma conciencia de sí misma.

Ha habido en la Historia distintos acercamientos a la ética —epicúrea, estoica, aristotélica, racionalista, emotivista, incluso nihilista, etc.—, cuyas concepciones sobre la misma han sido a veces irreconciliables; y sin embargo todas ellas tienen en común la autoconciencia —que explicaremos más adelante—. Pero, como hemos señalado, existen otras formas de justificación del hacer humano que gozan de generosa aceptación en la sociedad: las pseudo-éticas². Fundamentalmente son cuatro —¿habrá más?—:

- En primer lugar, quizá la más extendida, la pseudo-ética de índole religioso —cf. también pseudo-ética de la finalidad—. Quien gobierna su conducta a través de ella, actúa por o en nombre de la divinidad; y por cuanto la fe y la revelación son la antítesis de la Filosofía, esta propuesta de ética es cómodamente desdeñable. Salvo dioses lógico-filosóficos, Dios no tiene carácter científico.

- En segundo lugar, se encuentra la pseudo-ética de quienes obran de acuerdo con una supuesta naturaleza humana preestablecida. Es el típico caso de quien escuda sus debilidades en eso de «es

que yo soy así», o de quien aduce comportarse «como un hombre». Se evidencia en estos casos una relación de inherencia entre el sujeto y la naturaleza que le es atribuible; relación inexistente porque, según Sartre, el ser humano no posee una naturaleza congénita, sino que tiene que crearse a sí mismo, producir su propia esencia. El hombre es arrojado al mundo sin una catequesis que le dicte lo que ha de hacer. En tanto que está «condenado a ser libre», sólo tiene un forzoso albedrío que le responsabiliza automáticamente de toda acción que comete.

- Un tercer grupo gusta de legitimar sus acciones en el obrar de la mayoría, cuando se actúa «porque todo el mundo lo hace así». Ello es censurable desde dos ópticas diferentes: primero, porque la autonomía de la voluntad —cuya explicación aplazamos de momento— sólo puede concebirse individualmente; y segundo, porque convertir la acción —descriptiva— de la mayoría en ingrediente de un código moral propio significa incurrir en la *falacia naturalista* señalada por Hume³; esto es, en deducir conclusiones evaluativas —el «debe ser»— a partir de premisas descriptivas —el «ser»⁴—.

- Un cuarto grupo, por fin, se parapeta en la finalidad de la acción pretendiendo así legitimarla. La traducción práctica de esta postura en aquello de «el fin justifica los medios» es igualmente insostenible desde el punto de vista de la *ley moral* kantiana —que también será explicada—, y entrar aquí en detalle sería extenderse por demás. Por otra parte, esta pseudo-ética tiene también una versión trascendentalista de resabios kierkegaardianos en la medida que el individuo pueda vincular el valor absoluto de su acción a la trascendencia de Dios y a la consecuencia de su felicidad eterna⁵.

Pero aquí entramos en terreno inestable tanto en cuanto la crítica de este planteamiento tendría que incluir, por una parte, no sólo los argumentos que se desprenden de la propuesta de pseudo-éti-

NOTAS:

2. La denominación es nuestra.

3. En el *Tratado de la naturaleza humana*.

4. Aunque en este caso, si seguimos a Sartre, ese «Ser», en cuanto expresión de una naturaleza humana declarada inexisten-

te, debe concebirse como producto —por tanto, no congénito— de ese principio autocreativo que Sartre se ve obligado a introducir.

5. Fuente: VILLACANAS BERLANGA, J.L., *Historia de la filosofía contemporánea*, Madrid, Akal, 1997, pp. 73-76.

LA DUDA METÓDICA EN EL MARCO DE LA ÉTICA KANTIANA

ca religiosa, sino un repaso íntegro a la filosofía de Kierkegaard; y por otra, consideraciones sobre un problema de polisemia que pueda presentar el término «felicidad» y sobre su posible definición unívoca. En cualquier caso, no está de más anticipar que para Kant la ley moral no debe justificarse en la consecución de la felicidad, dado que este carácter determinativo invalidaría la autonomía del imperativo categórico.

Hemos explicitado cuatro formas de pseudo-ética comúnmente recurridas para justificar el comportamiento humano; todas ellas probadamente ilegítimas. El siguiente paso consiste en determinar los fundamentos de la verdadera ética, es decir, la que toma conciencia de sí misma, y de todas sus posibles manifestaciones elegir la genuinamente moral.

Pero antes de nada es muy conveniente verter luz sobre la cuestión terminológica: la verdadera ética se define casi por contraste; frente a las diversas pseudo-éticas, que el sujeto irreflexivo utilizaría de forma inconsciente para justificar casi cualquier cosa sólo en función del logro de sus apetencias, la ética aspira a dar una visión totalizadora de la dimensión moral humana, lo cual conlleva la identificación sin prejuicios ni pasiones de la fuerza motriz que arrastra al Hombre a actuar de uno u otro modo, la demarcación de los límites entre el bien y el mal —y todo lo relativo a ello— y, en todo caso, la prescripción de un paradigma ético-moral que pueda ser adoptado por el sujeto en la forma de pautas de conducta⁶. Así, decimos que la ética toma conciencia de sí misma sólo en cuanto el sujeto ético teoriza sobre ella al advertir la necesidad de revisión de su código de valores.

Además, las características particulares de los tiempos que corren imponen, ahora más que nunca, la necesidad imperiosa de articular una ética con bases sólidas —que no dogmáticas—. Por una parte, porque el declive de la pseudo-ética religiosa de carácter normativo, o al menos su ensombre-

cimiento bajo el peso de la ciencia desde, digamos, el auge de los saberes positivistas —Comte (1798-1857)— y la ulterior publicación de *El origen de las especies*⁷ (1859), ha franqueado la entrada de esoterismos y trascendentalismos absurdos —tarots, milagrosos, neoalquimistas, estafadores...— a los que se aferra la masa desesperadamente al contemplar su vida anegada de nihilismo —o escepticismo— por todas partes.

Por otra parte, porque paradójicamente la ciencia ha venido a sustituir lo insustituible: tengamos en cuenta que la religión es una forma de ética, pero que la ciencia no lo es. No es más que el progreso en el conocimiento, que a su vez debe orientarse según pautas éticas —por eso hay quien dice que la ciencia se nos escapa de las manos—.

Y en tercer lugar, porque atravesar el umbral de la era de las telecomunicaciones ha supuesto el conocimiento de otras culturas ante cuyas tradiciones a menudo nos quedamos boquiabiertos. Se trata de hechos que, para nosotros, escapan a toda etiqueta moral.

Pero todavía queda una cuarta razón: en las ciudades de los países que tienen la suerte de disfrutar amplias libertades civiles asistimos hoy en día a un estallido de modas y diferencias sociales que, por chabacanas o extravagantes, sufren la reprobación de quienes se autocalifican de «ciudadanos normales». Lo malo de esto no es tanto la emisión de un juicio de valor —que si se basa en el gusto, siempre es aceptable— cuanto el hecho de que la gente utilice los juicios para censurar formas de vida alternativas, tachándolas de inmorales.

Todo ello preocupa a quienes, como yo, piensan que la solución al problema de las drogas no está en su prohibición, sino en el fomento de la responsabilidad individual a través de una educación más filosófica —pues el hecho de que sean ilegales no implica que sean inmorales—, pese a la utopicidad de tal educación; o a quienes consideran la práctica de ritos puberales femeninos en

NOTAS:

6. Si bien aquí el término «prescripción» debe entenderse en un sentido muy restringido, como se verá *a posteriori*.

7. La teoría darwiniana de la evolución puso en evidencia la

falsedad del mito religioso según el cual el ser humano procedía de Adán y Eva.

8. Se puede hallar documentación al respecto en *El Mundo*, año VII, n° 307, domingo 17 de septiembre de 1995.

ciertos países orientales⁸ más como un acto de salvajismo que como una manifestación folklórica, y creen que su postura hacia el asunto no es producto de un etnocentrismo recalcitrante sino de la existencia de unos valores éticos universales.

He cifrado un par de ejemplos para ilustrar la exigencia que se impone de replantear la cuestión ética y determinar, de una vez por todas, qué es lo estrictamente moral y qué puede ser una cuestión de gustos. La interrogante se formula de la siguiente manera: ¿existe una verdad moral?

Existen ciertas palabras cuya sola mención, más en un trabajo académico, deberían disparar nuestra señal de alarma. Sobre todo porque su ambigüedad puede dar al traste con el resto de las reflexiones si su significado no se perfila convenientemente. Hemos aludido, de pasada, a la palabra «felicidad». Otra de ellas, a propósito de lo que nos ocupa, es sin duda la palabra «verdad».

La dificultad que ella presenta para someterse a una definición exacta está incuestionablemente vinculada a la transcendentalidad de la idea que, de forma confusa, se esconde tras ella. Spinoza asertaba que «la verdad se manifiesta por sí misma», y, en verdad, la cláusula « $2+2=4$ es verdad» no es más que un juicio analítico a priori kantiano en el que el predicado, por ser una mera descomposición del sujeto, es totalmente prescindible. Decimos que el enunciado propuesto es redundante. No hacía falta señalar que $2+2=4$ «es verdad». Eso ya lo sabíamos.

Pero la palabra «verdad» no tiene sentido fuera de lenguaje, cuando ella misma es una categoría del lenguaje. Por tanto, en cuanto categoría —en el ámbito kantiano se trataría de un concepto a priori del entendimiento— nos sirve para categorizar la realidad, para dar forma al caos del mundo y aprehenderlo —Kant, Humboldt—.

Pero ahora la pregunta se hace inevitable: ¿qué categoriza a la categoría? La cuestión es contro-

vertida, pero es lo que hacemos al investigar la existencia de una verdad moral. Además, en este sentido, la propuesta spinoziana precisa una importante matización: en el ejemplo « $2+2=4$ » la verdad es cierto que se manifiesta por sí sola, pero lo hace en la forma implícita de la categoría de «verdad». Y con ello sigue en pie la interrogante sobre qué categoriza a la categoría.

Y pues, desechando de antemano, por poco operativo, el estudio semántico del término «verdad»⁹, vamos a distinguir, más bien, entre los distintos usos que de él se hace intuitivamente y, en todo caso, a asumir, aunque sea de forma apriorística, un sentido que nos sirva para el análisis de la verdad moral. Así, como señala Gustavo Bueno¹⁰, la verdad puede concebirse en tres sentidos diferentes, como producto de su vinculación a tres ideas: Conocimiento, Ente —Ser—, e Identidad¹¹. Repasémoslos de manera ecléctica:

- La verdad vinculada al Conocimiento se entiende epistemológicamente —o quizá, en un sentido más amplio, gnoseológicamente—. En este sentido verdad y conocimiento se identifican, pensamos nosotros, de dos maneras: una cognitiva, que entiende que el ser humano estará en posesión de la verdad cuando agote todo el conocimiento del universo —verdad cuantitativa—; y otra propiamente epistemológica, de manifiestos tintes cartesianos, según la cual la verdad es el único conocimiento posible en cuanto que el conocimiento, o es verdadero —claro y distinto—, o no es conocimiento —verdad cualitativa—.

- Por otro lado, la verdad en conexión con la Identidad resulta en una verdad lógica de marcado carácter escolástico y kantiano —incluso aristotélico— que consiste en la coherencia o ausencia de contradicción del Ser consigo mismo en un sistema lógico cerrado —naturalmente, el silogismo, donde la verdad es de orden geométrico—.

NOTAS:

9. Ya que el análisis componencial por semas sólo conduciría a un excesivo formalismo —de dudosa exhaustividad científica— inservible para nuestros fines.

10. Gustavo Bueno: profesor emérito de la Universidad de Oviedo.

11. La fuente de estos tres tipos de verdad es una de las conferencias impartidas por Bueno a lo largo del curso de filosofía organizado por la Universidad de Alicante entre el 16 y el 27 de febrero de 1998, y titulado «Diez ideas filosóficas».

LA DUDA METÓDICA EN EL MARCO DE LA ÉTICA KANTIANA

• En el tercer caso, la verdad en relación con el Ente se concibe ontológicamente. En este sentido la verdad es «lo que es», se identifica con el Ser, y cualquier otra explicación está de más.

Adviértase, por último, que la verdad epistemológica se opone a ignorancia y falsedad o apariencia —vertientes cuantitativa y cualitativa—; la verdad lógica a contradicción; y la verdad ontológica a irrealidad y, en todo caso, a sobrenaturalidad —para los que identifican naturaleza y realidad afirmando que lo sobrenatural «no es».

Todo ello sólo indica una cosa: que a diario utilizamos una palabra polisémica asumiendo que no lo es. Y nosotros, partiendo de la falacia naturalista humeana, pensamos que todavía es posible expresar más el término y diferenciamos dos tipos de verdad que, de cara a nuestro propósito, nos vendrán como anillo al dedo. Son éstos:

• Verdad ontológica pura, que llamamos así para diferenciarla de la ontológica ya señalada. Se trata de una verdad puramente descriptiva —histórica, lineal...—, una verdad *de lo que es* que categoriza al Ser sin adoptar ningún tipo de consideraciones morales o evaluativas. Su ámbito de acción es, por tanto, estrictamente fenoménico. Este tipo de verdad es objeto de la ciencias positivas, no de la Filosofía, y abarca los tres tipos de verdad sintetizados por Bueno.

• Verdad moral —o ética—: Se trata de una verdad prescriptiva *de lo que debe ser por cómo debe ser* —siguiendo la moral formal kantiana—. Se pretende encontrar, si es posible, la verdad universal, objetiva y lógicamente necesaria en el terreno moral. Esta verdad tiene por objetivo homogeneizar los comportamientos culturales ilegítimos y transigir la variedad cultural siempre y cuando se adapte a las exigencias de la ley que impone.

En modo alguno debe pensarse que postulamos una moral etnocéntrica, tomando la cultura occidental como punto de partida intachable que actúe de demiurgo sobre otras manifestaciones culturales. No: la verdad que buscamos es objetiva, y como tal, está fundamentada en una serie de presupuestos axiomáticos¹² morales de carácter

universal —nosotros creemos que los hay—, con que no se proyecta desde ninguna cultura concreta sino desde lo común a toda suerte de vida inteligente.

Un ejemplo esclarecedor de axioma moral universal es la búsqueda individual del bien propio —y no hablamos de egoísmo—. Casi sin advertirlo nos enfrentamos a una relación de ideas humeana de orden matemático, en cuya negación incurrimos en una contradicción de la misma manera que si negamos $2+2=4$. En efecto, toda persona tiende hacia su bien. El lapón, el musulmán, el guerrero sioux y el invasor selenita, todos buscan su bien. Para un masoquista el dolor es el bien supremo.

Así mismo debe quedar patente que la verdad moral, objeto del discurrir filosófico, es indisociable de la verdad ontológica pura, por cuanto, en el fondo, no es otra cosa que el tratamiento evaluativo del hecho fenoménico que aquélla representa. Por otra parte, el que la verdad moral se asiente sobre la base de la verdad ontológica pura por la necesidad de tener una referencia inmanente, no contradice el carácter incondicionado de la ley moral frente al estímulo externo una vez que ésta ha sido establecida.

Ahora ya sabemos dónde queremos llegar exactamente al embarcarnos en la búsqueda de la verdad moral. Nos interesa, en última instancia, el establecimiento de un paradigma ético de carácter prescriptivo que sirva de guía de la conducta humana, y que lo haga, además, de manera objetiva, necesaria y universal. Pero para ello debemos realizar el recorrido completo que va desde la verdad ontológica pura hasta la verdad moral. Al mismo tiempo, ese recorrido no es otra cosa que el desarrollo de los ya mencionados objetivos de la ética frente a las distintas pseudo-éticas.

Así, la verdad ontológica pura se corresponde con la descripción de la fuerza motriz que conduce al ser humano a una determinada forma de actuación, mientras que la verdad moral coincide con el establecimiento del paradigma ético de carácter objetivo, necesario y universal. La demarcación de límites entre el bien y el mal, no nos olvidamos,

NOTAS:

12. Que evitan la mera especulación desordenada.

constituirá un nexo de unión entre ambos tipos de verdad que se mantendrá en equilibrio dinámico entre las licencias del tipo descriptivo y las restricciones del tipo prescriptivo. Veamos todo ello por puntos, sintetizando a la vez la esencia de las principales éticas materiales —racionalista y empirista— y la crítica que sus planteamientos suscitarían en la ética formal kantiana:

- Hasta Kant las distintas formulaciones éticas se habían basado mayoritariamente en la verdad ontológica pura, asumiendo inconscientemente que la verdad moral coincidía con ella. Incluso el propio Hume, quien distingue por primera vez entre el «ser» y el «deber ser», no parece muy consecuente con la crítica a esta falacia desde el momento que asume de forma apriorística que la ética emotivista que, a su juicio, mueve al ser humano, sea efectivamente la que *debe* mover al ser humano. Con todo, su consideración del *sentimiento* como fuerza motriz del obrar humano nos parece, en virtud del axioma moral señalado, acertada dentro del ámbito descriptivo de la verdad ontológica pura.

Huelga decir que el emotivismo humeano nace de la crítica a las éticas racionalistas previas —Descartes y Spinoza—. Hume afirma que no es la razón la que impulsa al Hombre a actuar, sino, como bien hemos dicho, la pasión o el sentimiento. Y, si no, préstese atención al ejemplo de mi ex-profesor de Filosofía: dada la situación de un barco zozobrando en mitad del océano, el único móvil que conduciría a la gente en tierra firme a auxiliar a la tripulación del barco sería el sentimiento. Un examen racional siempre conduciría a la conclusión malthusiana de que unos centenares de bajas contribuirían positivamente a aliviar las congestionadas estadísticas demográficas de un planeta superpoblado.

Por otro lado, el utilitarismo de la ética humeana puede hacerla parecer más susceptible de la crítica kantiana de lo que realmente es. Es cierto que el carácter incondicionado del deber kantiano se opone al materialismo de las éticas fundamentadas

en la consecución de la felicidad. Pero Hume no orienta su ética hacia el logro de la felicidad individual, sino social, lo cual impone al individuo una serie de restricciones con respecto a su libertad moral y una serie de obligaciones para con los demás. Esto, pensamos nosotros, no está tan lejos de una de las formulaciones del imperativo categórico kantiano —la del fin en sí mismo—, que reza así: «Obra de tal manera que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin y nunca como un medio». Pero no debemos perder de vista que la ética de Hume no deja de ser material, conque su refinamiento no se llevará a cabo hasta la formulación de moral formal.

- Y pues, si el sentimiento es la fuerza motriz del hacer humano, toda consideración que hagamos sobre el bien y el mal debe partir de esta premisa y, cómo no, del axioma según el cual todo ser inteligente busca el bien para sí. El equilibrio dinámico de que antes hablábamos se desarrolla como sigue: el ser humano actúa, en primer lugar, en el ámbito fenoménico de la verdad ontológica pura, donde no puede haber consideraciones evaluativas. Estamos desmenuzando las cosas: en un principio el Hombre no actúa ni moralmente ni inmoralmente. Simplemente actúa, y lo hace, muy legítimamente, en función de la satisfacción de su facultad apetitiva. La moralidad o inmoralidad de una obra no depende de qué se pretende con ella, sino de *cómo* —a costa de qué— se va a alcanzar el objeto deseado. La inmoralidad, pues, no reside en el fin, sino en los medios.

Ahora bien —y éste es el quid de la cuestión—: *No hay razón*¹³ por la cual unas personas tengan más derecho que otras para obtener el bien propio. Esto viene a cuento de que, a menudo, intereses muy legítimos de distintas personas se interfieren entre sí. En estos casos la inmoralidad surge cuando una de las dos partes transgrede el principio de derecho igualitario para lograr su propia felicidad, utilizando a la otra parte como medio.

NOTAS:

13. Nótese que, en este caso, la argumentación que damos es la ausencia de argumentación para demostrar lo contrario.

LA DUDA METÓDICA EN EL MARCO DE LA ÉTICA KANTIANA

Ésta es la crítica que Kant vierte sobre el instrumentalismo de las éticas materiales, y es aquí donde se ha de establecer un juego de restricciones que supone el paso del «ser» al «deber ser» y que hace quedar a la acción moral en equilibrio dinámico entre la verdad ontológica pura y la verdad moral, de forma que participa de las licencias de la primera y las restricciones de la segunda.

- Por último, el ámbito de la verdad moral lo constituye la ética kantiana. No es nuestra intención repetir íntegramente la moral formal, que podrá hallarse ampliamente explicada en cualquier manual de Historia de la Filosofía, de modo que nos limitaremos a hacer una breve mención de sus puntos más importantes. Son estos:

- El *imperativo categórico*, cuyo carácter formal le otorga la universalidad buscada. Por ello la ley fundamental dice solamente cómo debe querer la voluntad, no lo que debe querer. Su formulación más importante es ésta: «Obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse, por tu voluntad, en ley universal de la Naturaleza». El imperativo categórico es de la máxima importancia por cuanto de él se desprende una cruda crítica hacia un sinnúmero de máximas materiales, regidas por un imperativo hipotético según el cual la voluntad queda condicionada por el objeto¹⁴.

- La libertad y la *autonomía* de la voluntad: la voluntad es libre porque no está determinada por la facultad apetitiva; por ello es también autónoma, es decir, se determina a sí misma, es ley para sí misma.

- El bien y el deber: sigue aquí presente el conocido giro copernicano al afirmar Kant que es la ley la que determina lo que es bueno, y no al revés. Ello casa perfectamente con nuestra propuesta cuando hablamos de las restricciones que la verdad moral ejerce sobre la verdad ontológica pura para determinar la moralidad o inmoralidad en el

obrar. Por ello, frente a la tentación que supone la adopción de una moral material, el único móvil admisible para la voluntad es la ley misma. Decíamos anteriormente que el término «prescripción» hay que manejarlo con cuidado: ahora se comprende que esto es así porque, en última instancia, es el individuo quien se prescribe a sí mismo, adhiriéndose a la ley moral por puro respeto a ella. Cuando se obra moralmente de manera altruista, carece de sentido una prescripción que provenga de fuera.

Por otro lado, el carácter intencional del deber kantiano conlleva dos consecuencias de importancia descomunal: en primer lugar, la ferrea demarcación entre legalidad —obrar según la ley— y moralidad —obrar *por* la ley—, que tristemente me recuerda el predominio histórico —y actual, por supuesto— de la primera; y en segundo lugar, el hecho de que el resultado de la acción moral sea ajeno a la acción misma y, por ello, que la relevancia histórica del individuo sea puro producto del azar, ya que, como argumenta Villacañas Berlanga¹⁵ siguiendo a Kierkegaard,

«la estructura de la relación entre el individuo, con la acción internamente emanada de su intención, y el tiempo histórico, con el conjunto infinito de circunstancias en que navega, es mero ocasionalismo».

La moralidad, como la inmoralidad, reside por tanto en la *intención*, no en la acción. Y esto a su vez suscita una crítica implacable contra el principio cristiano según el cual solamente Dios puede juzgar a los Hombres; de ahora en adelante el Hombre podrá prescindir del dictamen divino y ser su propio juez, ya que nadie sabrá la intención del individuo mejor que el propio individuo —advirtiendo, además, que uno no puede ser hipócrita consigo mismo—.

Sin extendernos más en la ética kantiana, simplemente añadiremos que, contra lo que pueda

NOTAS:

14. Hay muchas de estas máximas en que la felicidad aparece como condicionante implícito: la epicúrea «vive en secreto» -si quieres ser feliz-; el tópico medieval «carpe diem» -si quieres ser feliz-; los mandamientos: «no matarás» -si quieres ser feliz-. No estamos diciendo que todas estas máxi-

mas no sean moralmente aceptables; solamente que primero tendrán que coincidir con la ley moral formal; nótese que «no matarás» no tiene carácter formal -universal-: para los musulmanes es legítimo matar en la Guerra Santa.

15. Ibidem.

pensarse, Kant no rechaza la felicidad. Lo único que no transige es que el eudemonismo sea la causa determinante de la adhesión al deber. En consecuencia, ni la búsqueda de la felicidad hace virtuoso al Hombre, ni, como hemos esbozado a partir de Kierkegaard, la virtud garantiza la felicidad.

Se alza aquí la pregunta kantiana sobre cómo se relaciona la acción moral con la felicidad eterna. Y es aquí también donde consideramos inaceptables tanto la propuesta de Kant como la de Kierkegaard, ambas por su índole especulativo y su recurrencia infundada a la existencia de Dios como garantía de que virtud y felicidad han de coincidir finalmente. Sin embargo, sí que nos parece interesante la teoría kierkegaardiana del esfuerzo, que, sobre la base de la ética de la intención, da una nueva dimensión a la noción de «felicidad», donde, naturalmente, intuimos un fondo de polisemia.

Pero la ética kantiana no ha pasado incólume de crítica. Ya Schopenhauer¹⁶, quien fundamenta su ética en el sentimiento de compasión, condena el imperativo categórico desde que su carácter formal excluye este sentimiento de la ética kantiana, que califica de «apoteosis del desamor». Sin embargo, Kant nunca rechaza explícitamente que el Hombre pueda albergar sentimientos bondadosos que coincidan con la forma a priori de la ley moral —lo cual sería, además de moral, maravilloso—; y, a nuestro juicio, Schopenhauer olvida la polémica ilustrada todavía candente sobre la bondad o la maldad congénita en el Hombre.

Por otro lado, creemos que existe una manipulación de Schopenhauer sobre la ética kantiana, al asertar que, pese al formalismo que promete Kant, la consecución de la felicidad subyace a la acción moral de su ética en la forma de «cláusula secreta». Nos parece que esta crítica al deber incondicionado adolece de una verdadera carencia de ar-

gumentación y que, por tanto, no rebate lógicamente lo ya establecido por Kant.

Mi objetivo con este ensayo ha sido aportar algunas reflexiones sobre el bien y el mal morales. Ello no descarta que incluso en el ámbito del bien moral —que creemos extenso con holgura para permitir la variedad y vivir de forma divertida— pueda darse un bien y un mal de índole diferente, para lo cual quizá habría que acudir a una teoría del valor. Y tampoco todo el mal de confección humana viene respaldado por una mala intención¹⁷ —que es de lo que trata la ética kantiana—. Todo ello pone el acento sobre la complejidad del tema abordado, que fue probablemente lo que condujo a Descartes a formular una moral *par provision* de naturaleza estoica consistente en adoptar el comportamiento normal del Hombre sensato sin supeditar el orden del universo al logro de los intereses propios.

Y a propósito de Descartes se preguntará el lector sobre el sentido de la primera parte del título que encabeza este ensayo. O en otras palabras: ¿qué tiene que ver aquí la duda metódica? Bueno... se da la paradoja de que la duda metódica subyace a todo conato de filosofía. Siguiendo el método cartesiano, hemos dudado, hemos analizado y hemos sintetizado. En cuanto a la revisión del proceso, la dejo en manos del desocupado lector.

Ahora, me someto a crítica.

BIBLIOGRAFÍA:

Aparte de las referencias que aparecen en las notas a pie de página, he seguido como manual general de consulta la siguiente obra:

TEJEDOR CAMPOMANES, César. *Historia de la Filosofía en su marco cultural*. Madrid, ediciones SM, 1993.

NOTAS:

16. Fuente: CABADA CASTRO, Manuel, *Querer o no querer vivir: el debate entre Schopenhauer, Feuerbach, Wagner y Nietzsche sobre el sentido de la existencia humana*, Barcelona, Herder, 1994. cf «Crítica de la ética kantiana», pp. 57-63.

17. A este respecto puede ser interesante la distin-

ción que Fernando Savater -op. cit. voz «estupidez», pp. 133.138.- lleva a cabo basándose en el historiador italiano Carlo Cipolla, quien establecía cuatro categorías morales: los buenos -o sabios-, los incautos, los malos y los estúpidos. Recomendamos enormemente la lectura de este artículo.

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS

«La más cruel guerra que Dios pueda hacer a los hombres en esta vida es dejarlos sin aquella guerra que vino a traer»

Pascal

● Enrique SELVA POVEDA Fue en el año 1899 cuando se publicó una obra que habría de ser famosa, *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud. Decía el autor en su prólogo: «En las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños...».

Supuso una revolucionaria aportación científica, pero Freud no fue un precursor, sino que plasmó una inquietud que maduró en el final del siglo XIX a través de la obra de este autor, completada magistralmente por el que fue durante un tiempo su discípulo y después científico discrepante, Karl Jung, en la primera mitad del siglo XX. Las aportaciones de este último en lo que llamó *inconsciente colectivo* están en la base de los conocimientos modernos sobre la estructura de la personalidad y la naturaleza de los sueños.

El terreno abonado en que pudo surgir el *psicoanálisis* se produjo por la asociación de una auténtica explosión de descubrimientos científicos en el pasado siglo, juntamente con la aparición del *Romanticismo* que inspiró todas las obras de arte de la época. Se abrió campo en el espíritu de la intelectualidad de entonces el interés por los sueños, la añoranza por la Naturaleza virgen, el sentimiento de que el ser humano era un miembro más de esa Naturaleza, la añoranza por los orígenes; un apasionado interés por la parte no

racional del ser humano. Era lógico, pues, que surgiera la necesidad de considerar científicamente esa realidad desconocida que son los sueños. Pero la única novedad era el tratamiento científico, porque los sueños han sido siempre una obsesión de la Humanidad desde sus albores. Siempre ha querido buscar su significado. Las civilizaciones más antiguas suponían que eran la vía de comunicación con los dioses. En la *Epopéya de Gilgamesh* mesopotámica abundan las visiones oníricas cargadas de presagios. El profeta Daniel predijo el futuro al interpretar los sueños de Nabucodonosor. Y Jacob vio en sueños a los ángeles del Señor bajar y subir al Cielo por una escala. José, el hijo de Jacob, interpretó los sueños del Faraón y predijo los años de abundancia y los de sequía. Durante el Imperio medio egipcio, nos cuenta el papiro de Chester Beatty, se sistematizaron las reglas para la interpretación de los sueños que permanecen hoy día en algunas guías de sueños. Los griegos contruyeron numerosos santuarios que servían como oráculos de los sueños; en ellos el dios Hipno adormecía a sus adeptos.



Jacob es nombrado heredero por su padre ciego.

El mito de los hermanos gemelos se encuentra en muchos relatos antiguos. En el caso de los hijos de Isaac, Jacob y Esaú, representan los dos aspectos opuestos de la personalidad humana -el *animus* y el *anima*, como los llamaba Jung-. Sólo con la integración -reconciliación- de estas dos tendencias psicológicas se puede alcanzar la maduración del propio ser personal (lo que ha venido en llamarse individuación).

tos y, durante el sueño, el dios Morfeo les comunicaba advertencias de los dioses. Estos santuarios fueron también muchos de ellos lugares de curación donde los pacientes esperaban durante el sueño que les visitara el dios Asclepio —el dios de la Medicina— rodeado de sus inofensivas serpientes amarillas. Platón intuía lo que mucho más tarde descubriría el psicoanálisis moderno cuando, en su obra *La República*, hablaba de «la naturaleza de bestia salvaje ingobernable que asoma en los sueños». La Historia se ha visto profundamente afectada por los sueños: ejemplos son el paso de los Alpes por Aníbal y el asalto de Roma por César, hechos estimulados por los sueños.

En la biblioteca de Nínive, Asurbanipal reunió todo lo conocido entonces sobre los sueños. Y, en

el siglo II d.C., Artemidoro de Efeso escribió una enciclopedia sobre los sueños, los *Oneirocritica*. Algunas de sus aportaciones resultan sorprendentemente modernas. Habló de la importancia de la personalidad del soñador para la interpretación de los sueños; de la frecuencia de los símbolos sexuales; indicaba que los espejos simbolizan lo femenino en los hombres y lo masculino en las mujeres (de forma similar a como mucho después Jung habló del *anima* y del *animus*).

Los chinos pensaron que la conciencia tenía distintos niveles y que, durante el sueño, abandonaba el cuerpo y se desplazaba a otros reinos que no son de este mundo. Los adivinos indios distinguían distintos estados de la conciencia, tales co-

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS

mo la vigilia, el sueño, el reposo sin sueño y la *samadhí*, la dicha surgida tras la iluminación. En el *Atharva Veda* —1500-1000 a.C.— se indica que en una serie de sueños sólo importa el último, que ayuda en la resolución de problemas y en la llegada de la sabiduría. Se creía, como también ahora nosotros, en la existencia de símbolos universales.

Fueron después los árabes quienes se sintieron atraídos por los sueños. Está el relato coránico de la aparición del ángel Gabriel a Mahoma en un sueño: en una yegua plateada lo condujo a Jerusalén y luego al cielo donde, tras entrevistarse con Cristo, Adán y cuatro apóstoles, recibe indicaciones de Dios.

La Iglesia pronto se apartó de la interpretación de los sueños como mensajes de Dios, aunque anteriormente S. Agustín, S. Jerónimos y S. Juan Crisóstomo lo admitían como posible. La Iglesia pensó que era ella misma la forma de revelarse Dios. Santo Tomás de Aquino recomendó que no se tuvieran en cuenta en absoluto.

A pesar de ello, el interés por los sueños no se perdió en las capas populares y, con la aparición del Romanticismo, creció el interés por ellos. En el siglo XIX fueron los filósofos Johann Gottlieb y Johann Friedric Herbart quienes insistieron en que era necesario un estudio psicológico sobre la naturaleza de los sueños, siendo precursores de Freud. Pero desde siempre fueron temas de los literatos y poetas, los auténticos precursores del estudio de los sueños mucho antes que los científicos fijaran su atención sobre los mismos. Baste citar *Los cuentos de Hoffman* o el *Fausto* de Goethe.

Según Freud y Jung debemos distinguir una serie de niveles en la mente:

a) **Estado consciente**, que es el aspecto racional, el que tiene voluntad, el de la vigilia, el llamado *ego* o *yo*.

b) **Estado preconscious** es el nivel de datos que puedan acudir a la consciencia a petición, tales como recuerdos, ideas, etc.

c) **Inconsciente personal** consiste en todas las motivaciones y vivencias pasadas, actuantes pero no recordadas, pero referidas siempre a la historia personal. Es lo que Freud llamó *ello*.

d) **Inconsciente colectivo** formado por todo el caudal de motivaciones, impulsos, instintos, re-

cuerdos, simbolismos referidos como algo común a toda la humanidad. Cada ser humano lleva en su inconsciente la historia completa de su especie. Constituye la fuente de donde surgen los mitos, las ideas religiosas, las leyendas. Su descubrimiento como componente psíquico fundamental fue obra de Jung.

Los niveles del sueño están relacionados con estos componentes inconscientes de la mente.

El primer nivel es muy superficial y está formado a base de elementos del *preconscious*. Se le puede interpretar literalmente casi en su totalidad.

El segundo nivel basa su contenido el en *inconsciente personal*; su simbolismo es específico del propio soñador.

El tercer nivel se nutre del *inconsciente colectivo*, constituye los «sueños grandiosos», su simbolismo es universal y está formado por los llamados «arquetipos», que hablan a todos los humanos.

Pues bien, de esto han sabido mucho los místicos. En realidad, más que «sabido» lo han vivido. En las páginas siguientes intentaré, a sabiendas que es una temeridad, profundizar en estas vivencias, buscar un punto de comprensión en algo que se presenta en principio como no racional. En unos componentes del psiquismo que, aunque casi siempre menospreciados, tiene una importancia fundamental. Pero antes de continuar hay que distinguir entre una ideología mística y lo que es un estado místico.

Ideología mística.— Es una forma de concepción del mundo. En ella el hombre no se coloca frente al mundo, sino formando parte de él. Es la mentalidad más generalizada de los pueblos orientales y la del gnosticismo con sus numerosas sectas en el mundo occidental. Lleva consigo una concepción panteísta, bien considerando a la Naturaleza y a sus criaturas como emanaciones cada vez más degeneradas del mismo Dios (gnosticismo), bien endiosando a dicha Naturaleza, siendo las formas de vida simples apariencias, formalismos. En este caso el ideal de felicidad es perder la particularidad que nos diferencia y sumergirnos en esa Totalidad, el *Brhman*, y alcanzando el *Nirvana*, que no es la «nada», sino la pérdida de la diferenciación personal (budismo).

Estado místico.— Es un estado especial de la consciencia. Pero altamente indefinible y motivo principal de este artículo. Intentar profundizar en su naturaleza es una difícil empresa. Hemos de guiarnos sobre todo en la experiencia de los propios místicos. En su vivencia. Pero es que esta vivencia está fuera del marco racional, por lo que no sirve el lenguaje lógico. El místico se tiene que ver obligado a usar un lenguaje metafórico, a inventarse palabras para expresar lo inexpressable.

La vivencia mística se presenta como «visión», como espectáculo que, como tal, aparece evidente. Lo vivido no se experimenta racionalmente, lo hace de forma simbólica. Y el símbolo tiene en sí múltiples significados, incluso los opuestos. En el lenguaje metafórico del místico no se «deduce» nada, todo se muestra. Como he dicho, el estado místico es ante todo espectáculo, sentimiento, intuición y certeza, luz sin sombras. Unidad con lo indecible. Auparse o hundirse, da igual, en otra Realidad. En palabras de Jung: «*El estado místico es una forma de visión primordial*». Son ejemplos de arte místico la 2ª parte del *Fausto* de Goethe, la música de Wagner o las obras del Mayrink.

El mundo de la vigilia es el **cosmos**, el «creado» por el hombre. El ordenado, explicado, predicho por él. En el que se encuentra cómodo. Lo ha analizado, ordenado, jerarquizado, en cierta manera dominado.

El mundo del sueño o de la visión mística es el del **caos**, en el que el hombre se encuentra perdido, aniquilado. Lo ve y no lo explica. Como el salvaje primitivo se siente anonadado, no se coloca frente al mundo, sino sumergido en él. El caos origina angustia, el cosmos ataraxia. En la vigilia se cree, se tiene una fe diurna, en el éxtasis se sabe.

*«Yo no supe donde estaba
pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde estaba
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo
toda ciencia trascendiendo»*

San Juan

De este pábulo de saber se nutren los poetas, los místicos, los artistas, los profetas. Así ocurre en la intuición momentánea del descubrimiento cien-

tífico. Como decía San Agustín (*Confesiones*, Libro IX, CX): «...y ascendemos aún más, interiormente cogitando y mirando Tu obra, y venimos a nuestras mentes y las trascendemos para alcanzar la región de la abundancia inagotable, donde tú, Israel, paces en eterno pábulo de verdad, y ahí está la sabiduría de la vida...»

Pero también en esa hondura caótica, abisal, se hunden los grandes malhechores, los que llevan la maldad suprema. Otras veces, al sumergirse en ese poso sub o superhumano que Jung llamó *inconsciente colectivo*, la razón se pierde y el hombre se vuelve demente.

El viaje místico es un sumergirse en el estado primordial. Por ello los escritos de los místicos son una obra de arte. Ellos son una clase especial de artistas, aquellos que obran —crean— arrebatados por Dios.

Hay una característica común a todos los místicos. Y es que, al pasar por esa terrible experiencia vital, salen transformados. Hay un engrandecimiento personal, ya son distintos, ven el mundo con otra óptica. Pero, además, el paso por el trance es angustioso en su doble sentido; como momentos terriblemente angustiosos y como lucha, combate en el que al final se vence pero en el que se queda herido. Una herida permanente, sangrante al tiempo que gozosa. Lo expresó muy bien Santa Teresa: «*una situación intermedia entre el Cielo y la Tierra, en el que el consuelo de arriba es pena al no estar en él; es un gozo doloroso por el bien que se intuye aún falta. Es una pena querida, dolor sabroso, ... atisbo de miedo al sentir tan cerca la muerte. Es como un camino de cruz*».

Mulla Sudra (1571-1640) decía, siguiendo a su predecesor el gran Suhrawardi, que el conocimiento no era sólo información, sino un proceso de transformación. No se sabe realmente si no se cambia por la acción del mismo conocimiento. Y el místico alcanzaría la sabiduría a través del *alam al-mithal*, el mundo arquetípico de la imaginación, que acerca al hombre a Dios. Para estos pensadores islámicos los sueños y las visiones eran la forma suprema de la verdad, ya que el conocimiento no es sólo racional.

Aunque el Dios de los místicos guarda semejanzas con el *Nirvana* o el *Brahma* orientales, se distingue en que no anula totalmente la personali-

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS



Miniatura del Libro de la escala de Mahoma.

«Cuando yo, Mahoma, entré en el Templo, juntamente con Gabriel, encontré a los profetas, que estaban allí y que Dios había hecho surgir de sus sepulcros para venir a honrarme. Estaban esperándome de pie y, en cuanto me vieron, se pusieron a orar. Entonces Gabriel me dijo: Acércate, Mahoma, y ora antes que ellos, porque eres el rey de todos los profetas y el señor de todas las gentes».

El profundizar en nuestro propio ser para llegar a lo más hondo de nuestro inconsciente es representado a menudo de forma simbólica como el viaje a los Cielos.

dad, quedando el hombre como distinto a Dios. Decía Abuu-l-Hasan al-Sadil: «Al santo, durante el éxtasis, siempre le queda alguna conciencia, aunque sutilísima, de su existencia como persona humana responsable. Es algo así como le pasaría a un hombre que estuviese dentro de una habitación sumida en las tinieblas, el cual, a pesar de la oscuridad, no dejaría de darse cuenta de que la habitación aquella existía realmente, aunque no la viese con los ojos». Y Santa Teresa abunda en este punto.

EL CAMINO HACIA DIOS

Para los cristianos, los judíos y los musulmanes Dios es personal, histórico, interviene en la vida

de los hombres. Para Aristóteles fue, en cambio, un Dios lejano, *el primum movens*, que una vez en los principios creó el Mundo y sus leyes y lo dejó marchar a su suerte. Pero los místicos añaden un nuevo aspecto, otra visión. Y para expresarla recuperan el mito, resto idolátrico, como experiencia religiosa transformante. Mito, misticismo y misterio son palabras que proceden de la griega *musteion* = cerrar los ojos o la boca. Nacen de la oscuridad y el silencio (Jhon Macquarrie, *Thinking about God*. Londres, 1957, pg. 34). Decía Avicena que los profetas han revelado las verdades superiores «bajo forma de mitos, fábulas, símbolos, alegorías y presentación de imágenes».

El místico judío, para expresar su experiencia de Dios, nos dice que realiza un mítico viaje a tra-

vés de los siete cielos. Santa Teresa sigue el mismo camino por los siete castillos de la vida interior. Dice San Pablo en la IIª Epístola a los Corintios, 12,2,4: «*Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años -si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este hombre... fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir.*»

También Mahoma viajó de Arabia al monte de Jerusalén y ascendió por una escalera a los siete cielos; acompañado de Gabriel, siguió el peligroso ascenso; cada uno de los cielos estaba presidido por un profeta, alcanzando al fin la esfera divina. Las fuentes más antiguas respetan el relatar la visión final, pero a ella parecen referirse los siguientes versos del Corán, 53, 13-18:

*«Ya lo había visto descender en otra ocasión,
junto al azufaifo del confín,
junto al cual se encuentra el jardín de la morada,
cuando el azufaifo estaba todo enmascarado.
No se desvió mirada. Y no erró.
Vio ciertamente parte de los signos tan grandes de su Señor».*

Igualmente Jacob vio una escalera que subía hasta el cielo, por la que subían y bajaban los ángeles. Y el mismo camino de ascensión siguió S. Agustín con su madre durante su estancia en Ostia. Los describe en *Confesiones IX*, 10:

«Luego nuestras mentes fueron elevadas, encendidas con mayor afecto, recorriendo como por escalones todos los seres corporados hasta llegar al cielo, desde el sol y la luna y las estrellas lucen sobre la tierra. Subimos todavía más arriba pensando, hablando y maravillándonos de tus obras. Entramos en nuestras almas para trascenderlas después y así llegar a la región de la abundancia indeficiente».

El ascenso, pues, a los cielos, indica el umbral del significado último.

En fin, experiencias similares fueron las experimentadas por los chamanes (Joseph Campbell, Bill Moyers. *The Power of Myth*, Nueva York, 1988, pg. 85). El significado profundo de estos mitos se arrastra desde el Paleolítico representado por la subida al cielo o el «vuelo mágico» del ave de pre-

sa, del águila. Indican la subida a la interioridad del *sí mismo*. Significado semejante tienen los mitos sobre el arco iris. El chamán, que ejerció una función esencial para el equilibrio anímico de la sociedad altaica, sufre crisis extáticas en que su alma viaja a otros mundos, a los nueve cielos y al profundo averno. Y de regreso trae la sabiduría de los dioses, la capacidad de curar, cuenta las maravillosas aventuras transcurridas en el mundo de los muertos. Pero también en nuestro tiempo dice Santa Teresa: «*En estos arrobamientos parece no ánimo el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido falta de él el calor natural. Vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay ningún remedio de resistir... viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo que se entiende y o veis llevar y no sabéis donde, y es menester ánimo determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriesgarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese. ...Otras era imposible sino que me llevaba el alma y aún la cabeza tras ella, sin poderlo tener, y algunas todo el cuerpo, hasta llevarlo».*

El camino a las profundidades místicas, o a las honduras del psicoanálisis, está lleno de riesgos. Todas las tradiciones señalan sus peligros y aconsejan ser llevados por un experto. Son necesarios inteligencia y un equilibrio psíquico. Los maestros del zen indicaban que nunca un neurótico se curará con la meditación, si cabe se pondrá más enfermo. Los judíos no permitían que los jóvenes se iniciaran en la Cábala hasta que adquirieran la suficiente madurez; incluso aconsejaban que fuera casado, para garantizar un equilibrio sexual adecuado.

TECNICAS DE CONCENTRACION

Desde antiguo se han empleado técnicas para alcanzar estados especiales de la conciencia que facilitaban llegar a la situación extática. Los místicos judíos utilizaban sistemas semejantes a los del Zen o el Yoga. El sabio babilonio Hai Gaón (939-

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS

1038) lo explicaba así (*The Jewish Mystics*, Londres, 1990, pg. 23):

«Tiene que ayunar durante un determinado número de días: tiene que poner la cabeza entre las rodillas, mientras se susurra suavemente a sí mismo alabanzas de Dios con el rostro mirando al suelo. Como consecuencia contemplará lo más íntimo y recóndito de su corazón y le parecerá como si viera las siete moradas con sus propios ojos, dirigiendo su mirada de una a otra a fin de observar lo que hay en ellas para poder encontrarlo».

El español Abraham Abulafia (siglo XIII), en su búsqueda de la iluminación, elaboró un sistema de concentración similar al yoga, con técnicas de respiración de un mantra y la adopción de ciertas posturas.

La oración de los cristianos orientales era una iluminación, una actividad psicósomática semejante a la relajación, con técnicas semejantes a las de Oriente lejano. El maestro hesicasta Evagrio Pónico (siglo IV) decía: *«Cuando estés orando no formes dentro de ti ninguna imagen de la divinidad y no permitas que tu alma se vea configurada por la imagen de ninguna forma».* Concepto muy semejante al del Yoga: *«Orar significa despojarse del pensamiento»*, con el resultado de alcanzar una experiencia de unidad y en la pérdida del ego.

Ese camino es para la cristiandad occidental un camino de desolación y tensión. *Los Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. *La Noche Oscura* de San Juan. Y como el Psicoanálisis nació en Occidente, se concibe que en las sesiones del diván del psiquiatra se viaje al averno, a los oscuros recovecos del Ello, a la zona oscura de nuestra intimidad. El psicoanalista pretende sacar a la luz lo que está escondido en la caverna. El místico, en cambio, prosigue su camino y va más allá del antro, a un ámbito de Luz.

En el viaje a los arcanos del ser, a veces el místico encuentra a Dios personificado en epifanías a las que es posible amar, muy distintas al lejano Dios de los filósofos. Ibn-Arabi tuvo una visión de una joven, *Nizan*, manifestación de la Sophía divina, y a la que dedicó los versos amorosos de *El diván*. Casi un siglo después Dante Alighieri tuvo un trance semejante al ver a Dios a través de Bea-

trice Portinari. El viaje relatado en la *Divina Comedia* por el Infierno, Purgatorio y Cielo se inspiró en los ascensos a los siete cielos de los místicos judíos y en el de Mahoma al azufaifo del confín de la divinidad. Dante, en su camino a su inconsciente simbólico, no el oscuro al que accede el psicoanalista en la mente enferma, sino al luminoso del místico, es guiado por lo que él cree es la inspiración divina:

«Oh, fantasía que, de cuando en cuando, arrebatas al hombre de tal suerte que no oyera mil turbas resonando, ¿quién, sino es el sentido, ha de moverte? Muévete aquella luz que el cielo sella, por sí o por el querer de quien la viere».

En el Corán, como luego consideraremos de forma más detenida, aparece la misteriosa figura de *Khidr*, el director espiritual de Moisés, llamado también *El Verde*. Este nombre podría indicar la siempre renovada fuente de la sabiduría oculta o, como en la novela *El rostro verde* de Mayrink, lo oscuro, lo que está detrás, ya que el color verde no es tal, sino la mezcla de dos colores distintos. Es la personificación del hombre primordial presente en lo más hondo del hombre de todas las culturas. Representa el conocimiento no racional y se manifiesta en el simbolismo de nuestros sueños, los que aparecen en la fase IV.

EL TESTIMONIO DE LOS MÍSTICOS

Sobre la realidad última del estado místico no podemos realmente atisbar su verdadera naturaleza, sino atenernos a la palabra de los protagonistas. Casi siempre la experiencia es de carácter religioso, pero no siempre. Hay momentos de gran claridad de conciencia, de estados de *vigilia en el sueño* en los que lo que se alcanza no es la unión con Dios, sino la Sabiduría. Son casos famosos el de Descartes, durante la noche de 10 de noviembre de 1619, cuando tuvo la visión de la existencia de una *ciencia universal* y que fue para él una verdadera revelación. También Pascal tuvo su noche de agonía, y su transformación en ese espíritu desgarrado, del hombre de ciencia que quiso creer y del que surgieron los *Pensamientos*, testimonio de un alma sufriente.

Pero, en general, los místicos no tienen dudas sobre su unión con Dios. Comentaba Ibn Abbad de Ronda que *«no debe entibiarse el propósito del devoto para llegar a la unión durante su viaje, hasta que llegue a la presencia de Dios y al goce de su familiaridad, es decir, hasta que Dios le otorgue estos favores, gracias y carismas»*.

Para el sufí Al-Junyad de Bagdad la búsqueda de Dios era como una vuelta al estado primordial, a la auténtica Fuente del Ser. Es como ir hacia «fuera de sí», en una forma de alienación, de una «separación» como dirían los seguidores de Freud. La concienciación del «animus» o el «ánima» que llevamos dentro, como dirían los jungianos, el conocimiento de nuestro ser dividido. El perfeccionamiento vendrá de la reunión, de la asunción consciente de ese ser bipolar que llegará a ser integrado. Es el ideal conocido como *Tawhid* en el Corán.

El Dios de los místicos no es una realidad objetiva, sino profundamente subjetiva; pero no inventada, más bien interiorizada en la profundidad del Yo. De esta manera lo indicaba Al-Hallay, místico sufí muerto en una cruz: *«Yo soy Aquél a quien amo, y Aquél a quien amo es yo: somos dos espíritus que moramos en un cuerpo. Si me ves lo ves a Él, y si los ves a Él, nos ves a los dos. (The Mystics of Islam, Londres, 1963, pg. 151. R.A. Nicholson)»*.

Santa Teresa relata en su *Vida* muchas de sus experiencias místicas. Durante el trance el místico siente estar en una posición intermedia entre dos formas de estar, de vivir: *«...porque en ella (la situación mística) aún siente el alma no estar muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo; más, como dije, tiene sentido para entender que está en él (cap. 18)»*. No existe, pues, disminución del estado de consciencia, más bien una agudización de la misma. El hecho que se experimente más como vivencia que como entendimiento lo expresa muy claramente en otro párrafo: *«Entiéndese que se goza un bien, más no se comprende este bien»*. Y, más adelante, *«El cómo es ésta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender... ni sé entender qué es mente, ni que diferencia tenga del alma o espíritu tampoco; todo me parece una cosa, bien que el alma*

alguna vez sale de sí misma, a manera de un fuego que está ardiendo y hecha llama... Esta llama sube muy arriba del fuego, más no por eso es cosa diferente... Como no puede (el alma) comprender lo que entiende, es no entender entendiendo».

Para el creyente habitual la concienciación de Dios es producto de la contemplación de la naturaleza. Es el Creador, el Todopoderoso, que mora allá en los cielos. Para el místico, en cambio, está en la profundidad del sí mismo. En Königsberg, sobre la tumba de Kant, se puede leer una de sus citas famosas: *«había dos cosas que le movían cada vez a más admiración y era el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí. Son para mí pruebas de que hay un Dios por encima de mí, y un Dios dentro de mí»*. Este último sería el Dios de los místicos. Para Ibn-Arabi cada ser humano es una epifanía, manifestación, del Dios escondido. Pero la realidad inagotable de Dios no puede expresarse a través de cada ser humano, y la revelación, el Logos, que Dios ha hecho a cada uno de nosotros es única y diferente para cada cual; por ello, en cierta manera, cada uno tiene «su propio Dios», todos referidos al Único. Algo así como una parcial encarnación de Dios.

Insisten en que en ese estado se pierden las facultades naturales y todo el ser es captado por la divinidad. Para Ibn Ata Allah de Alejandría, *«en el éxtasis del sujeto desaparece la esfera de su sensibilidad y se le abre la presencia de la santidad divina, mientras que al salir del éxtasis el contemplativo continúa con su Señor en dicha presencia. En el estado de éxtasis el sujeto es llamado hacia Dios, y al salir es él quien a Dios llama»*.

De igual forma que en el sueño normal los estudios neurológicos han encontrado la fase REM, en que la pasividad (parálisis) muscular se ve acompañada con una hiperactividad cerebral; cuando sólo los músculos oculares están hiperactivos y las ensoñaciones invaden nuestra mente, algo semejante ocurre en el estado místico, extático. Decía el mismo Ibn Abbad, ya citado, *«que la aproximación real y verdadera a Dios consiste tan sólo en que ella contemple cómo Dios está próximo a ella. Esta contemplación produce en el alma una intensa vigilancia, un temor reverencial...»*.

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS

EL SUEÑO COMO INSTRUMENTO DE LA REVELACIÓN DE DIOS

Son muchísimos los ejemplos que se podrían citar de la vinculación del sueño con el éxtasis místico. Así tenemos el caso de

Mahoma

El momento del éxtasis es relatado así (en traducción de E. Dermenghem): *Una noche de la última década del Ramadán, en una cueva del Monte Hira, no lejos de la Meca, mientras dormitaba, se produjo la infusión de la Palabra Increada en el mundo relativo, el descenso del Libro al corazón del profeta. El ser misterioso le mostró en sueños un rollo de lienzos cubierto de signos y le ordenó que los leyera... -No sé leer, dijo Mahoma. -Lee, repitió por dos veces el Ángel, poniendo la tela alrededor del cuello del durmiente. -¿Qué leeré?. -Lee, en el nombre de tu Señor, que ha creado al hombre... El elegido se recogió, consciente de que el Libro había bajado a su corazón.*

En esta visión, tan escuetamente transmitida, se aprecian algunos de los caracteres básicos del Islam, comunes al Cristianismo. La existencia de un Dios Supremo, esencialmente «distinto» del hombre (lejos, pues, de cualquier concepción panteísta). La característica de Religión revelada a través de un Libro. No obstante, hay una característica distintiva, y semejante a la mentalidad induista: la relatividad de este mundo, muy semejante a la consideración del mundo como apariencia, no auténtica realidad, propia del pensamiento indú.

LA LUCHA DE JACOB CON EL ÁNGEL

Pocos relatos hay que expresen tan claramente la agonía y la transformación personal como el relato bíblico de la lucha de Jacob con el Ángel. A primera vista incomprensible, adquiere súbita claridad si se lo considera como la descripción de un sueño místico.

«Quedóse Jacob solo, y hasta rayar la aurora estuvo luchando con él un hombre, el cual, viendo que no le podía, le dio un golpe en la articulación del muslo, y se relajó el tendón del muslo de Jacob luchando con él. El hombre dijo a Jacob: -Déjame ya que me vaya, que sale la aurora. Pero

Jacob respondió: -No te dejaré ir si no me bendices. Él le preguntó: -¿Cuál es tu nombre?. -Jacob, contestó éste. Y él le dijo: -No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios y con hombres, y has vencido. Rogóle Jacob: -Dame, por favor, a conocer tu nombre, pero él le contestó: -¿Para qué preguntas por mi nombre?; y le bendijo allí. Jacob llamó a aquel lugar Panuel, pues dijo: -He visto a Dios cara a cara y ha quedado a salvo mi vida. Salía el sol cuando pasó de Panuel e iba cojeando del muslo».

Una larga noche de lucha; noche oscura del alma que diría San Juan de la Cruz, en la que Dios o el Ángel golpea y golpea, mientras el hombre sigue ciego. La búsqueda de la Luz siempre es dolorosa. Y tiene el precio, la herida en la cadera de Jacob, señal permanente de la Transmutación personal. Cuando el contrincante bendice a Jacob, le cambia el nombre: se llamará Israel. Entre los semitas supone algo fundamental; el nombre se confunde con la persona; el cambio del mismo supone que, a partir de entonces, el patriarca será otro. Su vida tendrá otro norte. Sus caminos serán distintos. Y enseguida se lee en los capítulos del Génesis que, tras la Experiencia, Israel hace las paces con su hermano Esaú, terminando los conflictos familiares. También, después se enfrentará con sus hijos por causa de la crueldad de éstos con lo siquemitas.

Todo relato es simbólico, como en los sueños que escarban en el inconsciente. La lucha —la agonía— dura mientras persiste la oscuridad del alma; sólo la aurora, con la visión de la nueva Realidad, terminará con ella. Entonces comprende Jacob que el Adversario era un aliado, y pide su bendición. El tormento ha terminado en gozo.

Pero si meditamos sobre los avatares de los dos hermanos, Jacob y Esaú, dos gemelos tan opuestos, delicado uno, brusco y veloso el otro, imprudente y extrovertido Esaú, Jacob apegado a sus padres. Que intercambian sus destinos. Si lo meditamos, repito, veremos que, en realidad, son uno mismo. En concepción moderna son el *animus* o el *ánima* que todos llevamos dentro. La duplicidad sexual. Cada aspecto, «cada hermano», es el complemento del otro. Su lucha es la que todos mantenemos con nosotros mismos. Y la paz entre hermanos que se alcanza tras la lucha con el

Ángel es la reconciliación interior, la superación de la diferencia, el asumir la duplicidad. En consecuencia, la personalidad se acrece. La armonía entre nuestro inconsciente irracional, místico, lleno de energía pero oscuro y luminoso a la vez, con el componente racional de la vigilia. El trance místico lleva a la Unidad.

LA INICIACION EN LA BRUJERIA

En el libro de Carlos Castaneda *Viaje a Ixtlán* (Edit. Fondo de Cultura Económica, 1993) relata su iniciación en la brujería guiado por el brujo don Juan. Y en el relato de sus experiencias últimas es sorprendente el parecido con el pasaje bíblico que acabo de indicar. Su preceptor le interpela así:

«Las plantas de poder (se refiere a las alucinógenas con las que había tenido experiencias previas) son sólo una ayuda. Lo de verdad es cuando el cuerpo se da cuenta que puede ver. Sólo entonces somos capaces de saber que el mundo que contemplamos cada día no es nada más que una descripción. Mi intención ha sido mostrarte eso. Desgraciadamente, te queda muy poco tiempo antes de que el aliado te salga al paso».

Más adelante, el brujo don Genaro le cuenta a Carlos cómo fue el final de su iniciación:

«Era yo joven cuando me enfrenté por primera vez con mi aliado. Recuerdo que fue en las primeras horas de la tarde. Yo había estado en el campo desde el amanecer, iba de vuelta a mi casa. De repente, el aliado salió y se interpuso en mi camino... Tuve miedo. Un escalofrío me subió por la espalda y mi cuello se puso tenso como tabla (una situación muscular semejante a la que se puede inducir fácilmente por hipnosis).

-¿Qué pasó cuando agarró usted a su aliado, don Genaro?

-Nunca imaginé que fuera así. Fue algo, algo, algo... como nada que pueda yo decir. Después que lo agarré, empezamos a dar vueltas... pero yo no lo solté. Giramos por el aire tan rápido y tan fuerte que yo ya no veía nada. Todo era como una nube. Dimos vueltas y vueltas, y más vueltas. De repente sentí que estaba parado otra vez en el suelo. Me miré. El aliado no me había matado.

Estaba yo entero. ¡Era yo mismo! Supe entonces que había triunfado. Me puse a saltar de alegría. ¡Qué sensación! ¡Qué sensación aquella!

Es realmente sorprendente la similitud de la experiencia de don Genaro y la que tuvo Jacob. Son prácticamente idénticas y se han vivido con más de dos mil años de distancia temporal y por protagonistas pertenecientes a pueblos muy dispares (el judío semita y el indio americano). A partir de esa experiencia también don Genaro empezó a vivir en un mundo distinto, ya nunca fue el que era.

LA SURA XVIII DEL CORAN

En esta curiosísima sura se expone en forma de relatos de misterio, de manera simbólica, ese fenómeno de transformación con crecimiento personal que sufre el creyente al pasar los trances místicos. Contiene tres relatos sucesivos, de los que haré referencia a los dos primeros, el de los **siete durmientes** y el de **Chadir o Khidr**, de los que Jung hizo una interpretación enormemente interesante.

En el primero, siete jóvenes de Éfeso, en tiempos de Decio, se retiran a una caverna. Se consideraban monoteístas y huían del mundo idolátrico. Son acompañados por un perro, que quedará en el umbral, y cuyo simbolismo es oscuro. Están situados entre la derecha —oriente— y la izquierda —occidente—. Allí quedaron durmiendo. Al despertar no conocían el tiempo del sueño, que fue de trescientos nueve años.

Ellos buscaron la perfección a través de la meditación, adentrándose en la caverna de su propio interior, del yo no manifestado, y avanzan en el camino del propio conocimiento. Y su situación, entre oriente y occidente, indica el punto *medio*, el lugar simbólicamente considerado como centro del mundo, lugar de transformación y sacrificio, punto privilegiado para comunicar con Dios. Este simbolismo del punto del centro se conserva en muchas tradiciones y representaciones; así podemos recordar todas las que se refiere a la muerte de Cristo, en las que Éste está siempre *en el medio*, entre los ladrones.

Quien entra dentro de sí involucra su ser consciente con el inconsciente que estaba olvidado. Su

LOS ÉXTASIS MÍSTICOS Y SU RELACIÓN CON LOS SUEÑOS

conocimiento supone siempre transformación, aunque no siempre positiva. Cuando supone acrecentamiento se acostumbra expresarlo en forma de alargamiento de la propia vida (caso de los 7 durmientes, que permanecieron en la caverna más de 300 años; también en la Edad Moderna Paracelso consideraba que el alquimista que alcanzaba el verdadero conocimiento, la *piedra filosofal*, veía alargada su vida). O también una forma de alcanzar la inmortalidad, como se predicaba en los *misterios* de Eleusis.

En cuanto al segundo relato, expuesto resumidamente, Moisés dice a Josuá, su servidor, hijo de Nun, que caminen hasta la confluencia de los 2 mares, pues Dios le había indicado que allí encontraría al hombre más sabio de los existentes (Chadir). Al cabo de un tiempo de marcha notaron que habían perdido el pescado que llevaban consigo. El servidor da la culpa a Satanás del olvido. Milagrosamente el pescado se ha encaminado por sí solo hacia el mar. Al saberlo, Moisés ordena regresar en su busca, porque allí donde esté el pescado estará su maestro. Y, en efecto, allí lo encuentra; y le pide consejo y que le permita acompañarle. El desconocido le indica que no tendrá (Moisés) suficiente paciencia para permanecer en su compañía, mudo y sin protestar. Moisés le ruega y le promete acatamiento, por lo que seguirá en su compañía. A continuación suceden una serie de acontecimientos incomprensibles para Moisés, que protesta, con lo que moverá a disgusto a su maestro que, tras explicarle lo incomprensible, se separará de él.

Para Jung, Chadir representa la suprema Sabiduría que está en lo más profundo de nuestro interior. Moisés va acompañado de «su sombra», Josuá, que es el desdoblamiento de sí mismo, su «ánima inconsciente». Es hijo de Nun, que es nombre de pez, o, lo que es lo mismo, que es hijo de las profundidades. Es una situación semejante a todos los ejemplos de hermanos míticos (Caín y Abel, Jacob y Esaú, Rómulo y Remo, los Dioscuros...). El lugar de encuentro, el de la transformación, el de aprehensión de la Sabiduría también está en el lugar de *en medio*, entre los mares.

La pérdida del pez representa una catástrofe, la pérdida de la sabiduría profunda. Por eso Moisés

corre a reencontrarse con él. En cierta forma, su simbolismo se confunde con el de Chadir, figura que se asemeja en cierto modo a Cristo (no se olvide que la figura del pez fue un signo de identificación de los primeros cristianos). Dicha pérdida supone una disociación de la personalidad, frecuente en las neurosis. Es lo que los primitivos llamaban la *pérdida del alma* o, lo que viene a ser lo mismo, un rebajamiento del nivel mental. Moisés se siente fatigado por la *pérdida de su alma*, la falta de la libido. Es decir, el alejamiento de la *fuerza de la vida*. El reencuentro con el pez supone la reestructuración de la personalidad, el despertar a la nueva vida. Es una imagen semejante a la recuperación del *aqua permanens* de los alquimistas.

Chadir es el *sí mismo*, el nacido en la caverna, el de larga vida, que se renueva permanentemente, semejante al profeta Elías, el pez redivivo, el que como Osiris, es desmenbrado al fin del día para renacer de nuevo. Es el **hombre primordial**, mientras Moisés, hombre corriente, no podrá nunca comprender su conducta, como Job no comprendió a Yhavé. Lo que realmente renace, quiero decir lo que se mantiene como permanente, es el pez, lo olvidado, aquello situado en lo más hondo del ser, de lo desconocido. De allí surge la esencia inmortal. Es lo que maravillosamente expresó Isaías en su relato del *siervo de Dios*.

Y lo transformante se expresa como interiorización, como «nutrición». La santificación viene a través del pan en Cristo, y del vino, como también ocurrió con el culto a Dionisos. Y en la transformación está implícita la inmortalidad.

CONSIDERACIONES FINALES

He intentado hasta ahora *saber* algo sobre el estado místico y su relación con los sueños. He procurado ante todo basarme en los testimonios de los místicos, de los autores que han vivenciado esa especialísima situación espiritual, con el fin de dar poco margen a la elucubración y guiarme por los hechos. Hechos que, en este caso, no son cuantificables ni verificables a voluntad, pues son experiencias únicas y con características propias de cada personalidad; ello hace que, aunque se-

mejantes, nunca sean idénticas. Voy a resaltar ahora algunos aspectos que me parecen fundamentales, y buscaré como punto de apoyo otra cita del libro de Castaneda. En ella Don Juan le dice a Carlos:

«Hacer es lo que hace de esa roca una roca y de esa mata una mata. Hacer es lo que te hace ser tú y a mí ser yo. Ahí tienes a esa roca por ejemplo. Mirarla es hacer, pero verla es no hacer.

Esa roca es una roca por todas las cosas que tú sabes hacerle. Yo llamo a eso hacer. Un hombre de conocimiento sabe, por ejemplo, que la roca sólo es una roca o causa del hacer, y si no quiere que una roca sea una roca, lo único que tiene que hacer es no-hacer.

Cuando uno no-hace está sintiendo el mundo... ¿A quién importa que tú entiendas o no?

Estas misteriosas palabras contienen un mundo de sabiduría. Para comprenderlas hay que imaginarse la situación mental del hombre primitivo, antes que, al finalizar el Neolítico, los filósofos presocráticos (Thales, Anaxímenes, Anaximandro, Parménides) inventaran al individuo. Antes, el hombre se consideraba inmerso en la Naturaleza, como parte constituyente de la misma. La vivía pero no la comprendía. Ellos adoptaron una postura de enfrentamiento a la Naturaleza para definirla, comprenderla y, como meta final, dominarla. Para ello inventaron la tremenda palabra *ser*, sin la cual ya no sabemos hablar. Entendida como sustantivo cuando hablamos del *ser de las cosas*, y como verbo copulativo cuando decimos lo que *las cosas son*. Somos nosotros los que atribuimos a cada una determinadas cualidades. Cuando algunas de éstas separan bien a un objeto de los demás, permitiendo definirlo mejor, decimos que constituyen su *esencia*. Pero esa esencia es creación nuestra. Y las cosas en realidad no son, sino simplemente están.

Si en la abstrusa cita anterior cambiamos la palabra *hacer* por *definir*, el texto se vuelve más comprensible. Lo que pretende es considerar esa condición primera del hombre en la que todo estaba indefinido, en el que las cosas no eran, ese tiempo en el que se podía *sintir el mundo*, en palabras de don Juan. Por eso añade después: *¿qué importa que entiendas o no?*

En la situación mística, el protagonista se sumerge en una realidad total al penetrar en el inconsciente colectivo de la especie, en una visión primordial. Todo aparece entonces evidente en esa misteriosa situación de contemplación en que no tiene cabida la duda. Ningún auténtico místico ha dudado de la inexpresable realidad de su experiencia. Lo místico es esencialmente indefinible. Si pudiéramos desprendernos de nuestra cultura (del *hacer* de don Juan) y volver a la situación virgen del niño al nacer, podríamos vivenciar (*no-hacer*) el Mundo. «Sentir» la Historia completa de la Humanidad.

Y en su relación con los sueños, el estado místico es un auténtica paradoja. Como en los sueños, el místico se sumerge en el subconsciente, colectivo e individual, pero de forma *vigil*. Sueña despierto. También en este punto don Juan tiene palabras clarividentes. Al iniciado, al preparado para el éxtasis tras largos sacrificios, él lo llama guerrero, y dice así:

«-El *soñar* es real para un guerrero porque allí puede actuar con deliberación, puede escoger y rechazar; puede elegir, entre una variedad de cosas, aquéllas que llevan el poder, y luego puede manejarlas y usarlas, mientras que en el sueño común y corriente no puede actuar con deliberación.

-¿Quiere Vd. decir entonces, don Juan, que el *soñar* es real?

-Claro que es real.

¿Tan real como lo que estamos haciendo ahora?

-Si se trata de hacer comparaciones, yo diría que a lo mejor es más real. En el *soñar* tienes poder; puedes cambiar las cosas; puedes descubrir incontables hechos ocultos; puedes controlar lo que quieras. *Soñar* es igual de serio que ver morir o cualquier otra cosa en este temible y misterioso Mundo... La movida de arreglar los sueños no es sólo mirar las cosas, sino mantenerlas a la vistas. El *soñar* es real cuando uno ha logrado poner todo en foco. Entonces no hay diferencia entre lo que haces cuando duermes y lo que haces cuando no estás dormido».

El que pueda que vea, y mejor durante un sueño.

ENTREVISTA



Hijos del infinito

Tú, yo, nosotros, los que somos,
nos hemos levantado de puntillas
tras la ventana asediada por la lluvia
viendo cómo los cielos se destejen,
cómo las horas estallan lentamente
burbujas de eternidad que nos salpican.
Tú y yo no somos dos extraños
agazapados en un rincón del tiempo,
negándole a la vida su condición de instante,
negándole al Instante su condición de Eterno.
Tú y yo no somos dos extraños,
sino uno en el confín de lo diverso;
uno en este largo viaje sin cronómetros.
Insomnes de puro amor siglo tras siglo,
somos la voluntad de una esperanza,
somos esa luz que atraviesa los muros
del jardín donde agonizan los crepúsculos.
Somos los eternos incendiarios de la aurora.
Olvidemos las fechas si queremos,
olvidemos los atuendos de los nombres;
olvidemos las fechas de todos los olvidos,
sin olvidar quiénes son estos que olvidan.
Dejemos que naufrague en nuestra frente
el barco a la deriva del último diluvio,
y se pierda en los pliegues de sus dunas,
sin olvidar, no, quienes somos: somos vida.
Somos vida que late a corazón abierto
en el corazón inabarcable e infinito;
somos la vida que brota a borbotones,
la diástole de un cosmos desbordado.
¿Quién piensa vivir entre barrotes
en rutas para viajeros escleróticos?
¿Quién piensa vagar en un mapa del mundo
hecho de sueños rotos, donde nadie canta?
Oídme: somos vida, somos gentes insomnes
que florecen en la estación de lo imposible
y ríen como bárbaros en las horas malditas.
Pero no sólo hablo de estos bárbaros únicos;
hablo de mar que se despliega en las venas;
hablo de la lenta invasión del infinito.
Hablo de ser conciencia sin memoria.
¡De ser conciencia sin memoria, desplegada!
Ser, ser, sí, ser sobre todo;
ser un inmenso párpado abierto
sobre la frente arrugada de la Tierra.

PATROCINIO NAVARRO

2º PREMIO DE POESÍA «MIGUEL HERNÁNDEZ» 1998

¿Sabes que...?

Que tengo el corazón desteñido,
desteñido y remendado,
que casi paro su vuelo,
y anda lluviosamente
con no sé qué pena auestas
como queriendo advertirme
de algún fatal sortilegio
entre mi razón y él.
Yo llamo a Yaco, mi perro,
para que le abrigue el llanto,
le lama las coseduras
y con sus ojos de vida
pulse su color de nuevo...
pero ni eso resulta...
Creo que esta vez se empeña
en llamarme la atención
y... no sabe que hace tiempo
que desistí de escucharlo.

EVANGELINA LORENZO

EL RENCO: EL DESPERTAR DE UN TORERO

● Manuel SERRANO GONZÁLEZ Antonio Pérez «El Renco» se ha convertido para el mundo taurino de Elda en un referente, máxime si tenemos en cuenta que esta última temporada la ha culminado con un brillante triunfo en la prestigiosa plaza de Valencia.



Pero, además, *El Renco* toreó en Elda el día 19 de septiembre, con motivo de las fiestas patronales en honor a la Virgen de la Salud y el Cristo del Buen Suceso, junto a Genaro Ten, Juan Belmonte y Álvaro Gómez. La destacada tarde que tuvo el joven novillero local le sirvió para cortar dos orejas y rabo en su primero, y dos orejas en el segundo. Esta meritoria actuación le permitió además salir a hombros por la puerta grande de la plaza.

PREGUNTA: ¿Por qué te hiciste torero?

RESPUESTA: Porque desde que nací he vivido dentro del mundo taurino, sabes que mi padre fue rejoneador. Desde pequeño lo viví mucho.

P. ¿Cuántas corridas toreaste el año pasado?

R. En la temporada pasada fueron 28, perdí las corridas del mes de junio por la cornada que un novillo me asestó en la plaza de toros de Zamora. Si no hubiese sido por este hecho la cifra hubiese sido muy superior.

P. ¿Cuántos trofeos cortaste?

R. Creo recordar que fueron un total de 69 orejas y 10 rabos, aunque a veces se pierde la cuenta ya que tras una faena lo que te importa es preparar la siguiente y rápidamente se olvidan los premios obtenidos.

P. ¿Cuándo te gustaría tomar la alternativa?

R. La alternativa es algo que viene solo, la tomaré casi con toda seguridad la temporada que viene.

P. ¿Dónde te gustaría que fuese?

R. Quiero que sea en la plaza de Alicante y mi mayor ilusión es que sea de

PLAZA DE TOROS DE

ELDA

Organiza: PEÑA TAURINA EL RENCO • Colabora: EXOMO, AYUNTAMIENTO

SABADO 15 NOVIEMBRE 1997

Grandiosa Novillada con Picadores
CON MOTIVO DE LA ULTIMA ACTUACION DE LA TRIUNFAL TEMPORADA DE LA FIGURA DE LA NOVILLERIA

Antonio Pérez "El Renco"

6 BRAVOS NOVILLOS-TOROS, 6 D. NAZARIO IBÁÑEZ AZORIN

ANTONIO PEREZ EL RENCO

COMO UNICO ESPADA

ACOMPANADO DE SUS CORRESPONDIENTES CUADRILLAS DE PICADORES, BANDERILLEROS Y SOBRESALIENTE

LA NOVILLADA COMENZARA A LAS 4:15 DE LA TARDE

PRECIOS SUPERPOPULARES (I.V.A. incluido)

Barrera de Sombra: 2.500 ptas. • Contrabarrera de Sombra: 2.000 ptas.
Entrada General: 1.500 ptas. • Especial Jubilados y Niños: 1.000 ptas.

Nota importante: La Peña Taurina EL RENCO obsequiará con una participación de 200 ptas. para la Lotería de Navidad a todos los adquirientes de localidades.

OFICINAS BOCA S.L. • TELFS. (965) 67 72 56 - 67 74 03 • LOS SANCOS (C/JOSE)



la mano de Manzanares, un torero al que siempre he admirado.

P. ¿Qué toros te gustaría lidiar?

R. Me encantaría enfrentarme en el ruedo a un Vitorino en una plaza de primera.

P. ¿Qué piensas precisamente de esa ganadería?

R. Los vitorinos son un conjunto de todo: casta, nobleza, selección, fuerza; un toro legendario como los miuras.

P. ¿Tienes preferencia por alguna plaza?

R. La de Sevilla, la plaza de toros de la Real Maestranza de Caballería es para mí un poco como la catedral del mundo taurino.

P. ¿A qué torero admiras más?

R. Hoy por hoy el torero que más admiro es José

Mari Manzanares, sabe rematar los toros y es de una gran estética. Es un torero inmenso.

P. ¿Qué te sugiere la figura de Manolete?

R. Creo que en el mundo de los toros hay un antes y un después de Manolete. Antes se lidiaban, después se toreaban.

P. ¿Qué crees en tu opinión que aportó Manolete a la fiesta nacional?

R. Paró, templó y dominó a los toros. A partir de entonces cambió la percepción que se tenía del torero-valor por la del torero-arte.

P. ¿Qué piensas de la afición taurina eldense?

R. Aunque se han dado más festejos este año, la pega es que aún es escasa la afición y la asistencia a la plaza. pero cuando los carteles están rematados el público asiste. Si yo, como torero funciono, la plaza de toros de Elda también funcionará.

Invención de las aceras

*Para Antonio Porpetta,
en recuerdo de Belgrado.*

Pedazos de adoquines y esfinges derrotadas
van ocupando espacios en medio de rumores y de ángulos.
Han forjado silencios de almidón y bóvedas de incienso.
Pueden entemecer a guerreros gloriosos rodeados de álamos.
Analizan pantanos que yacen en jardines y miradas.
Desconocen las horas del asedio, los perfumes del viento,
la inopinada sensación de aldeas y naufragios.
Podría suceder algún milagro de regazos y auroras,
intima solución de yeso y de ansiedades.
Volverá la erosión a despreciar las calles,
a romper los jardines y ciertas lencerías
(aquellas que contienen la hermosura y un bosque
de esplendores anónimos, de súbitas gramáticas).
Torpes fotografías han rentabilizado el barro,
ordenado ventanas, infiltrando vestigios de paisajes,
melodías de cisnes viviendo apresurados
su destino de pájaros pacíficos y leves.
Luego llegan las fuentes de mármol o de esmeril,
los sitios matinales repletos de muchachas,
los espacios lacustres de frutales latentes o emigrados.
Desde los ríos vienen gaviotas malheridas
buscando su refugio en medio del cemento;
huyen de poluciones, podredumbre, cenagosas orillas.
Hay una estratagema entre los peatones
que burlan autopistas, archivos de petróleo.
Se trata de inventar aceras y parterres,
dibujar amapolas en trenes y ciudades.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

Ortigas

Queda así, el horizonte rodeado de ortigas,
tanta escasez de lluvia dejó el zacate antiguo
pero aún se ilumina el pasado y sus fuentes,
aún vive con pujanza algún olor a rosa apasionada,
una playa escogiendo sus pájaros y flores,
esa historia pacífica de jacarandas, días, naipes.
Un inquieto centauro recorría indiferente
las intensas cometas de la tarde
(por entonces vibraba algún perfume tan grato y duradero
de finales de un tiempo fenecido o distante,
del paraíso azul y pertinente, de tanta madrugada,
de tus pechos de niebla amanecida y esmeralda,
de la noche perfecta a riadas de espejos
en un noviembre abierto y jubiloso de otro año).
Hoy se abre espléndido y modélico el sol de la mañana,
ilumina los cerros, los caminos de asombro y yerbabuena,
las temuras que el tiempo fue inventando,
cualquier invernadero, el silencio brutal
que llega de palacios ruinosos, las distancias...
Debo decirte, aún, que eres la primavera, el sortilegio,
el innegable cauce de tantos infinitos, el terciopelo suave.
Mientras, lanzas de fuego van quemando conscientes
la profunda vivencia de la tarde al ver que te retiras
a tu escorial azul de Tamazucas, a la yedra furiosa
que me aparta perversa de tu mundo de espigas y milagros.
Queda, sí, el gran recuerdo de las horas magníficas,
el esplendor de ti, del sosegado mundo de las flores.
¡Sucedió, de repente, la gloria de la carne,
la hondura predilecta del amor y sus pájaros!.
Eras, más que una amante jubilosa,
esa estatua de amor y primaveras
que requiere caricias, trozos de cielo, aire.
Te convertiste entonces en sexo y paraíso,
en el límite cierto de un viaje a las ventanas.
Sólo después el límpido horizonte
pudo resucitar de todos los naufragios,
descubrir vorazmente tu intimidad de fuego,
tu nueva melodía de trenes y pasados.
Quedan en este cuarto las ortigas,
la vulnerable nada.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

HISTORIA E INVESTIGACIÓN



Canto de despedida

¡Adiós pueblo amado!
 Hasta luego pueblo extranjero.
 Adiós alma de Dios que corona el tiempo.
 Adiós tierra de amor, adiós tierra de pasión.
 Encendidas llamas de dolor cegaron mis ojos.
 Pero ya es la hora de irse, de despedirse
 de esta tierra por la cual he llorado y luchado,
 tierra que he labrado, tierra que he cultivado.
 Arcillas y rocas fatigaron mis manos.
 Y cantos, cantos lejanos de lejanos paraísos
 ornaron mi último camino para ahora deciros
 ¡oh hermanos! Es la hora de irse, de despedirse.
 Os he amado como a hermanos,
 como sangre de mi sangre, como familia de antaño,
 una hogaza de pan y un lecho blanco
 acompañaron mis sueños de príncipe enamorado.
 Ahora hay que irse, que marchar
 a otra tierra de esperanzas y de cantos enamorados
 porque no quiero ver sangre inútil
 derramarse por mis manos ni ejecutarse por mis labios,
 porque quiero veros unidos amándoos como hermanos,
 porque hermano vuestro fui con el corazón en la mano,
 y a vosotros os hablé, os grité y os lloré y os rei
 porque somos hermanos, sangre de mi sangre,
 sangre de sueños reales en el universo amado.

Y ahora hay que marchar, hay que partir
 tal como yo os había amado,
 de reales sangres de nobles alcornados,
 reyes habéis sido todos aquellos que a mi lado habéis estado,
 porque os he amado como hermanos,
 sangre de mi sangre, tierra que quema mis labios,
 piel que se conmueve de la amistad más poderosa,
 del Amor más puro que Dios nos ha otorgado.
 Adiós. Hasta luego tierra de cantos enamorados,
 que a otra tierra marchó, a otra tierra parto
 para vivir el sueño por el que tanto he trabajado,
 allá en la arcilla y en el barro, en las rocas,
 sobre las marquesinas y los adoquinados,
 sobre las maderas de los estudios preparados,
 sobre los bancos de las iglesias encumbradas,
 sobre una tierra, sangre de mi sangre, que he amado.
 Me voy, quiero que lo sepáis, venas de mis venas,
 sangre de mi sangre, quiero que lo sepáis,
 que me voy a amar a otra tierra porque estoy enamorado
 y que pórticos coronados adornan el paso de mis ojos
 despertados,
 nuestros ojos, los de mi amada a la cual he amado y amo.

RAFAEL TOMÁS ROLDÁN

SIT AL HURRA: LA ÚNICA MUJER QUE GOBERNÓ EN MARRUECOS

«Te preguntan acerca de la menstruación. Dí: Es un mal. Manteneos, pues, aparte de las mujeres durante la menstruación y no os acerquéis a ellas hasta que se hayan purificado». (Sura 2,222).

«Las mujeres tienen derechos equivalentes a sus obligaciones, conforme al uso, pero los hombres están un grado por encima de ellas. Dios es poderoso, sabio». (Sura 2,228).

«Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Dios ha dado a unos más que a otros y de los bienes que gastan. Las mujeres virtuosas son devotas y cuidan, en ausencia de sus maridos, de lo que Dios manda que cuiden. ¡Amonestad a aquéllas de quienes temáis que se rebelen, dejadlas solas en el lecho, pegadles! Si os obedecen, no os metáis más con ellas...» (Sura, 4,34).

Adriano GÓMEZ RUIZ Las anteriores citas están sacadas de *El Corán*, edición preparada en castellano por Julio Cortés y publicada por la Editora Nacional en la colección *Biblioteca de la Literatura y Pensamiento Universales*. Madrid, 1980.

Se nos antoja que en un estado confesional, islámico, ninguna oportunidad se le ha ofrecido a la mujer para disfrutar la más mínima parcela de poder político. No hay reinas ni emperatrices en el mundo musulmán, pues la vida pública casi está vedada a la creyente.

No obstante, hubo una excepción: una mujer gobernadora en toda la historia de Marruecos y nada menos que en la primera mitad del siglo XVI. Una mujer irrepetible, como el tiempo ha demostrado; ella se enfrentó sola a los poderosos enemigos

que la rodeaban y únicamente sucumbió cuando aquéllos aunaron esfuerzos para derrocarla.

Cuando en la Península Ibérica el reino nazarí tocaba a su fin ante la presión militar castellana, un guerrero granadino, alcaide de la fortaleza de Piñar (actual municipio de Granada a unos 50 kms. de la capital), ante la imposibilidad de hacer frente a los ejércitos cristianos, pasa el Estrecho acompañado por 300 caballeros musulmanes con sus familias y deudos para establecerse definitivamente en tierras africanas. Conseguido el permiso del sultán de Fez,

reconstruye la ciudad de Tetuán (arrasada por los portugueses 50 años antes) en 1485.

Este guerrero, llamado Abu Al Hassan Ali Mandari Al Garnati, encontró en tierras magrebies el total apoyo del fundador de Chef-Chaun, el emir Mulay Ali Ibn Rachid, dueño indiscutible de toda la yebala nortea y, de hecho, independiente del sultán de Fez.

Ambos guerreros se declaran los más serios enemigos de los portugueses de Ceuta, Tánger, Alcázar Seguer y Arcila, y las familias más relevantes de Tetuán se enriquecen con el fructífero mercado de esclavos.

Para estrechar más los lazos entre ambos jefes militares se concertó la boda de Al Mandari o Al Mandri con la jovencísima hija de su protector y amigo Ibn Rachid, llamada Sit Al Hurra.

Como esposa, permaneció fiel a su marido, a quien con el tiempo, por su inteligencia y dotes de mando, sustituía en las numerosas ausencias de su esposo.

PACTO CON BARBARROJA

Los investigadores difieren sobre la identidad de Al Mandri; mientras algunos defienden la existen-



El musulmán, aguerrido e indómito, es el dueño del universo. Alá lo quiso y, para demostrarlo, la razón de sus armas, su veloz y noble caballo y el horizonte casi infinito.

SIT AL HURRA: LA ÚNICA MUJER QUE GOBERNÓ EN MARRUECOS



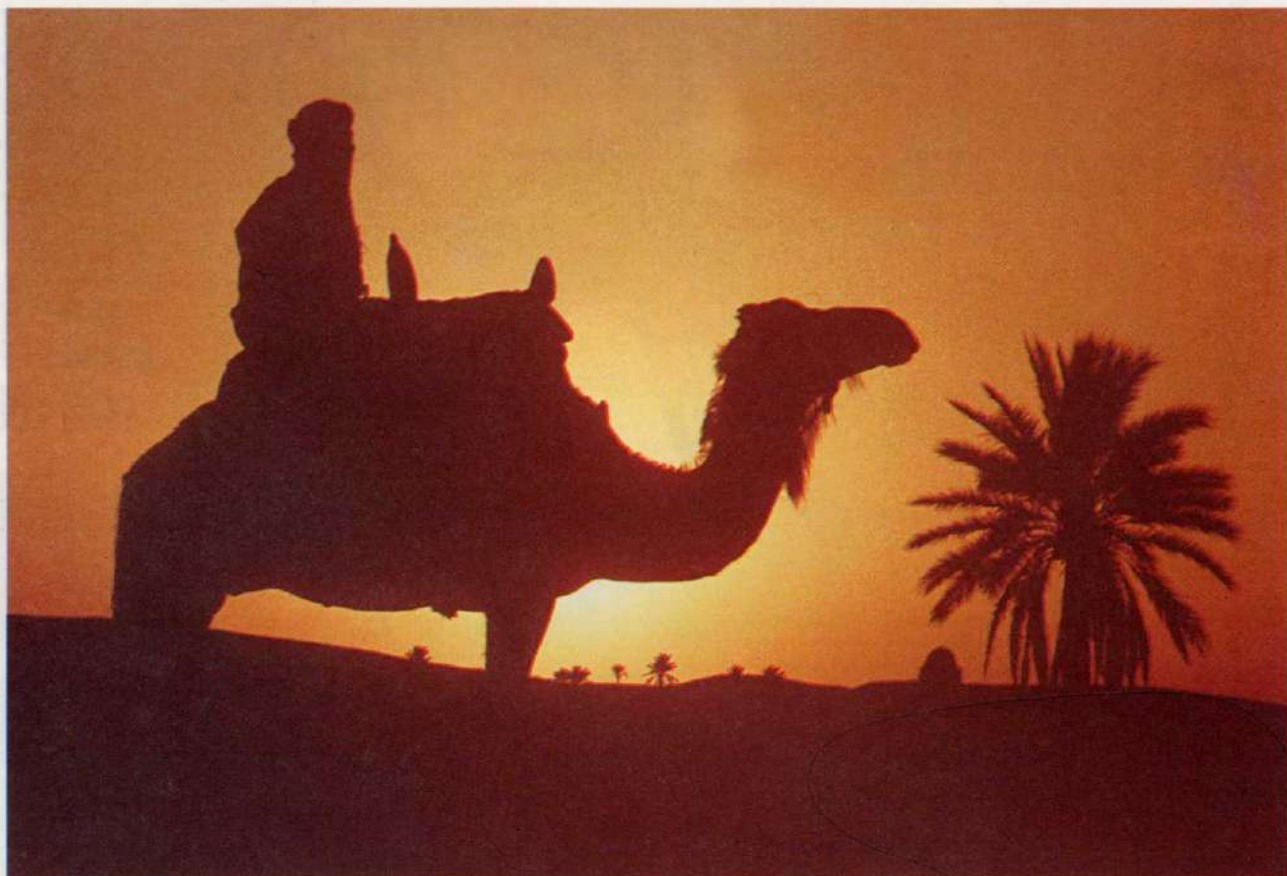
La musulmana, humillada desde siempre, cabalga sobre el también humillado y humilde pollino. No es dueña de nada. Alá lo quiso.

cia de varios personajes sucesivos con el mismo nombre (Ibn Azzuz, M.Dawd), otros atribuyen la aparición del guerrero granadino en documentos muy separados cronológicamente, a su longevidad. Lo que sí es cierto que Sit Al Hurra, bien por la ceguera y ancianidad de Al Mandri, bien por viudez, desde 1530 era la gobernadora indiscutible de Tetuán y como tal, pacta con Barbarroja en igualdad de condiciones, hace cautivos cristianos en el mar y cierra la frontera con Ceuta cuando lo cree conveniente.

Una flota formada por barcos argelinos y tetuaníes saqueó Gibraltar en 1540; el éxito de la empresa proporcionó un considerable botín y numerosos cautivos.

En los tratados de paz entre Portugal y el sultán de Fez y en la paralización de los ataques y piratería que ellos conllevan, no se incluye un compromiso de aceptar y respetar lo pactado por parte de Tetuán, que sigue ejerciendo el derecho de corso por las costas mediterráneas.

Era tal el dominio que de esta zona mantenía Sit Al Hurra, que el sultán Mulay Ahmad Al Wattassi no du-



«Alá es el más grande», grita el muecín desde lo más alto, y el eco trepidante de su oración llega lejos. El creyente sueña, en un dorado paisaje de ensueño, que el poder de su Dios es tan infinito como infinito el número de granos de arena del desierto. Sol, desierto, horizonte, sueño... todo es masculino, pues «los hombres están un grado por encima de ellas. Dios es poderoso, sabio».

da en venir a Tetuán, en 1541, y pronto el sultán volvió solo a Fez dejando a su reciente esposa como gobernadora de esta región septentrional de Marruecos.

Este matrimonio, de absoluta justificación política, proporcionó un respiro al sultanato, amenazado permanentemente por los saadies pues, al menos, se aseguraba la frontera por el norte ante las incursiones de los portugueses.

COMLOT

La protección del débil monarca no le va a servir de nada a la enérgica gobernadora de Tetuán y un

complot fraguado por su propio hermano, emir de Chef-Chauen, su yerno Admed Al Hassan y el padre de éste, que había abandonado Fez, derrocó definitivamente a Sit Al Hurra, en 1542.

Desposeída del gobierno y confiscados todos sus bienes, Sit Al Hurra se retiró a su ciudad natal, Chef-Chauen, donde vivió con amargura sus últimos días.

Es el ejemplo de esta belicosa dama chauní, que trató de igual a igual a emires árabes y gobernadores portugueses, a príncipes mulsumanes y a poderosos corsarios, el único dado en la historia de Marruecos.

ELDA CON CASTELAR

José Luis BAZÁN LÓPEZ Cuando María Antonia Ripoll llegó a Elda con sus hijos Concha y Emilio (alrededor de 1836), en España estaban ocurriendo determinados sucesos muy significativos, entre los cuales podemos destacar:

1º.- Durante la guerra carlista, Gómez inició los preparativos de una expedición, que aunque un cierto tiempo después consiguió una cadena de éxitos, se pudo demostrar que existía una incapacidad tan aparente que era difícil que ganaran la guerra.

2º.- Reinando Isabel II, había un convenio permanente entre el ejército y la burguesía para crear movimientos revolucionarios. Esta alianza estaba funcionando con resultados muy positivos.

3º.- El Consejo de la Mesta, que era una asociación que venía desarrollando sus funciones, unas veces bien u otras menos bien, perdió la mayoría de atribuciones por medio de un orden dictada el 31 de enero de 1836. A partir de ese momento se llamó, Asociación General de Ganaderos.

4º.- Los empresarios españoles se incorporaron a determinadas asociaciones para defender sus propios intereses. Esto motivó que se organizaran por gremios y, como no fue del agrado del Gobierno, en diciembre de 1936 fueron derogadas todas las posibilidades.

Con fuerte nostalgia, nuestro tribuno recordaría durante toda su vida el periodo que vivió en Elda, lugar donde acumuló una serie de experiencias que más tarde le iban a servir para diferenciar distintos ambientes. Todo esto se puede comprobar en muchas de sus epístolas dirigidas a personas de variados lugares, pero ante todo en su librito titulado *Recuerdos de Elda* o las *Fiestas de mi pueblo*. En él nos da su verdadera imagen de sinceridad,



realismo y personalidad. Para demostrar sus vivencias nos limitaremos a comentar un pequeño párrafo:

«Felices, muy felices los que nunca salisteis de ese nido, ni atravesasteis las tempestades del mun-

do. Felices, muy felices los que consagrasteis todos los días a Dios vuestras plegarias en la misma iglesia, a la familia vuestro amor en el mismo hogar, al cielo vuestra mirada en el mismo horizonte, y casi supisteis desde la infancia el santo lugar donde habían de reposar vuestros huesos. Nosotros cambiamos de hogares como de camisas, dejándolos sin escrúpulos abandonados como los avestruces dejan sus crías con el desierto, y a lo mejor nos quedamos en un abrir y cerrar de ojos, hasta sin patria, desdichados naufragos. ¡Y nos creéis felices porque oís resonar por ahí nombres antes oscuros, cuando los felices sois vosotros!. Ciertamente que no habéis visto las obras maestras de arte, pero tampoco las profanaciones de la inspiración y la servidumbre del genio; cierto que no habéis probado el licor embriagante de la gloria, pero tampoco la amargura de la calumnia; cierto que no habéis subido a las cimas vertiginosas del poder, pero tampoco rodado a los eriales donde se elevan las espinas de la envidia.»

Castelar en este texto nos da una visión muy especial de un pueblo que vive apartado de las grandes ciudades, pero que él añoraba con cierta envidia debido a su vida «primitiva» y a una tranquilidad muy lejana de los núcleos urbanos que visitó a lo largo de su dilatada vida.

Nos imaginamos al jovencísimo Emilio correteando por las calles eldenses, principalmente por la de San Roque, en la Escuela Municipal donde ejercían como maestros D. José Casiano López y D. Antonio García de Juan y marcando unas diferencias con otros condiscípulos, los cuales le llamaban el sabidillo por la trayectoria vital que demostraba. Pero pasó pronto su niñez, y para prepararle hacia su destino tuvo que «sufrir» muchas horas de trabajo. El propio Castelar en una de sus autobiografías, que escribió en tercera persona, nos dice: «Su madre le hacía leer horas y horas seguidas, habiéndole infundido tal afición a la lectura, que ha sido necesaria la edad que hoy tiene, la posición que hoy goza, para quitarle la manía de leer por las calles. (...) En Elda aprendió las primeras letras y la lengua latina. Sus traducciones llamaban la atención de los maestros, no sólo por la exactitud, sino por la elegancia y la propiedad del lenguaje. A los trece o catorce años había escrito multitud de novelas, folletos políticos, discursos históricos, meditaciones religiosas. Ninguna

de estas obras de la niñez se ha salvado. Emilio Castelar las escribía, las leía él solo, y luego las rasgaba, temeroso que los demás las leyera, pues era muy grande su timidez. Algún amigo de la infancia, que sorprendió páginas olvidadas o descuidadas, dice que se distinguían ya por la novedad de las ideas y la extraordinaria elocuencia».

Después de pasar largas temporadas en Sax, donde tuvo la suerte de recibir enseñanzas de amplio nivel de la mano de D. Pedro Valera, se fue a Alicante a estudiar Bachillerato, y en 1848, con dieciséis años, se instaló en Madrid.

Muy pocas veces vino Castelar a Elda, la última y más significativa fue un año antes de su muerte (25 de mayo de 1899) cuando ya estaba retirado de la política activa. Una tarde del mes de mayo fue recibido por las autoridades y pueblo en general. Alberto Navarro nos amplía esta visita: «Rodeado de una gran multitud visitó algunas casas de amigos y desde la situada junto adonde antes estaba situado Correos, en la calle Nueva frente a la de Colón, en la casa que fue almacén de la Viuda de Norberto Rosas, se dirigió a la Iglesia parroquial, donde oró ante el altar de los Dolores. Celebrándose entonces las Flores de mayo, y en el templo cantó la célebre diva Milagritos Gorgé, entonces en la plenitud de su arte».

Elda se ha portado muy bien con D. Emilio y una prueba magnífica fueron los esfuerzos de unos eldenses que, a mediados de la década de los años veinte, tuvieron la idea de erigir un monumento al gran tribuno en unos terrenos que la Sociedad *El Progreso* poseía. Se organizó una Comisión para que se encargara de dar ideas con vistas al tema económico, aunque hasta el año 1932 no se inauguró el monumento. Estas personas no dieron tregua a todos los eldenses que, gracias a sus aportaciones, consiguieron levantar una bella estatua, encima de un pedestal, que continúa presidiendo nuestra Plaza Castelar.

La primera piedra la colocó, el 16 de enero de 1932, el Presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora, y a partir de esa fecha los esfuerzos y sacrificios de la Comisión se incrementaron hasta el 7 de septiembre del mismo año. Fue un día grande. Aquel miércoles, Elda tenía un aspecto de fiesta, todos los edificios públicos y las viviendas lucían unas colgaduras con los colores nacionales. Una entidad

tan carismática como el Casino había realizado un verdadero alarde de iluminación adornando con cientos de bombillas la fachada y el jardín, debido a que las Fiestas estaban dedicadas a Castelar por cumplirse el Centenario de su nacimiento. La Comisión organizadora, previamente, había cursado invitaciones a distintos personajes como D. Marcelino Domingo, que por cierto, la noche anterior al acontecimiento comunicó que problemas parlamentarios le impedían asistir, por lo que enviaría en representación del Gobierno a D. Fernando Valera, Director General del Ministerio de Agricultura.

Marcelino Domingo fue profesor de primera enseñanza y además periodista. Durante las elecciones de 1914 fue elegido diputado y quince años después fundó el partido radical-socialista. Se convirtió en uno de los mayores conspiradores durante la dictadura de Primo de Rivera. Fue Ministro de Instrucción Pública y, cierto tiempo después, se encargó de la cartera de Agricultura, Comercio e Industria. En nuestra ciudad contaba con grandes simpatías por lo cual tenía numerosos seguidores de su partido.

El periódico *El Luchador de Alicante* (6 de septiembre de 1932) publicó el programa de actos que estaba previsto para el día siguiente:

- A las 8,30 de la mañana la inauguración del monumento a D. Emilio Castelar.
- A las 2 de la tarde, el banquete en el Teatro Cervantes.
- Por la tarde, a las 4, la inauguración del Grupo Escolar.



- A las 10 de la noche el Certamen Literario.

Para que asistieran el Director General, Sr. Valera, y sus acompañantes tuvieron que modificar el horario de los actos. El único personaje que llegó el día anterior fue D. Miguel de Unamuno, que sería el mantenedor del certamen literario. De tal manera que lo primero a celebrar fue la comida en el Teatro Cervantes, donde asistieron los representantes del Gobierno, autoridades municipales, periodistas y todos los componentes de la Comisión organizadora. A los postres dirigieron la palabra: José Capilla, y el Director General de Prisiones, D. Vicente Sol, persona muy querida en Elda.

Después del banquete todos los asistentes se dirigieron hacia la plaza donde estaba ubicado el monumento a Castelar. Una vez allí, acompañados de numerosos eldenses, se dio lectura al acta de entrega del monumento al Ayuntamiento. El alcalde D. Aquilino Bañón, descubrió la estatua mientras la Banda de Música interpretaba el Himno Nacional. Una fuerte ovación estuvo dirigida a la espléndida obra del escultor D. Florentino del Pilar y a continuación D. Ángel Vera presentó a D. Fernando Valera, el cual pronunció un discurso que versó completamente sobre la figura del ilustre tribuno. Para finalizar este trabajo es necesario que valoremos la iniciativa de nuestra Mancomunidad, por la programación de determinados actos y publicaciones que se van a desarrollar con motivo del centenario de la muerte de D. Emilio Castelar sucedida el 25 de mayo de 1899.

TRAS LAS HUELLAS

Ramón CANDELAS ORGILÉS Uno no puede olvidar sus raíces zapateras.

Remedando al cantor El Pali, que en unas sevillanas preciosas, le pide a su madre que no le riña porque quiere ser costalero, podría decir:

Madre no me riñas más / por querer ser zapatero / Zapatero fue mi padre/
y zapatero mi abuelo / Madre no me riñas más/ por querer ser zapatero.

Ni mi madre me riñó, ni llegué a ser zapatero, explicarlo ahora no viene al caso, pero es verdad que siempre me he sentido zapatero. Donde quiera veo una tienda de zapatos, allí que me paro, no digamos si se trata de máquinas o utensilios; cualquier artículo, revista, fotografía o recorte de periódico, al momento, distrae mi atención.

No es de extrañar que, un día, visitando el Santuario de la Virgen de las Virtudes en Villena y al encontrarme con un San Crispín, se activaran mis vibraciones zapateras. Efectivamente, una vez dentro del templo, a mano izquierda y pasando el baptisterio, encontramos un singular recinto, al que llaman los villeneros «El cuartico de los Milagros». Y es que allí existe un verdadero revoltijo de exvotos: cuadros, fotografías, cartas, escritos, poe-



sías, lazos, mil recuerdos y testimonios de comulgantes, de novias, de soldados, de comparsas; y, cómo no, las habituales manos, piernas, cabezas, ojos y corazones de cera. Pues, entre este batiburrillo del sentimiento y la fe, se mezclan, como en una almoneda, diversas imágenes, entre las que, para mí, destacó un San Crispín, difuminándose todas las demás.

San Crispín, ya saben, era zapatero; y era, allá por la Edad Media, Patrón del Gremio de Zapateros, siendo recuperado, como tal, después de la Guerra Civil de 1936, aunque no hubiera gremios o se llamaran de otra manera. En Elda, se construyó la ermita y empezaron a realizarse la romería y los festejos para el día del Santo, el 25 de

HISTORIA E INVESTIGACIÓN



Antigua ermita de Las Cruces, Villena.

octubre. Ahora se le dedican las Fallas, pero en otras fechas, dada nuestra proclividad a darle vueltas al calendario.

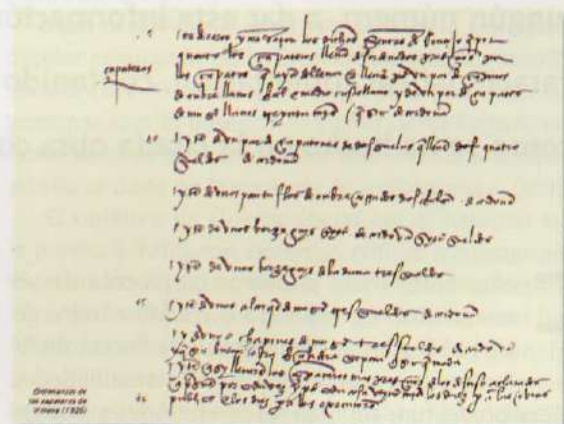
Era de esperar que Villena, pueblo también zapatero, tuviera su San Crispín. Así es, en efecto. En esta ocasión, el Santo está solo, no le acompaña su hermano en el martirio, San Crispiniano. De pie, con su delantal de cuero, con una mano empuña la cuchilla y con la otra sostiene la palma del martirio que le llevó al Cielo. A ese cielo eleva la mirada su rostro noble y barbado; a su lado una pequeña mesa completa los atributos del santo: zapatos terminados y a medio hacer. Parece que acabe de rondar una planta y se levante en iluminada oración.

Pero, ¿cómo es que el santo zapatero llega hasta aquí?, a un santuario Mariano. Bueno, pues parece ser que el Santo tenía también su ermita, que por cierto era antiquísima, y muchos la hemos visto encima del túnel de la autovía, en Villena. Con su vetustez, las obras bajo su sustento terminaron por derribarla. No hemos encontrado testimonios de que la ermita estuviera dedicada a San Crispín, se la conoce como «De los Pasos» porque en ella se guardaban también los pasos de Semana Santa, que se bajaban al pueblo para las celebraciones y procesiones; otro sí, se la conoce como ermita de *Las Cruces*, por las que exitían en su explanada, finalizando un Vía-crucis, que subía a este gólgota villenero. Pero D. José Abellán, cura de las Virtudes, nos da

testimonio de que la ermita está bajo la advocación de San Crispín.

Seguimos buceando en textos de la ciudad hermana, por cuanto, por similitud, nos pueden servir para trazar el bosquejo histórico de la nuestra. Y aparece, en el libro *Historia de Villena* de García Soler, eminente arqueólogo e historiador de ella, un capítulo dedicado: *Contratos de aprendizaje en el siglo XVI*, y encontramos una referencia a un «contrato de aprendizaje de un zapatero» que dice así: *Mencionamos el celebrado en 1588 entre en matrimonio y el hermano de la mujer, que era maestro zapatero, el cual se obligó a recibir, criar y avezar en el oficio a un niño de diez y nueve meses, hijo de aquéllos, y a tenerlo en su poder hasta que cumpliera los dieciséis años, a cuyo tiempo le daría vestidos nuevos y los aparejos necesarios para ejercer su oficio. Los padres se obligaban tan sólo a no reclamar al muchacho todos aquellos años salvo en el caso de comprobados malos tratos por parte del maestro.*

Merece adentrarse en el estudio de este párrafo, por las consideraciones históricas, económicas, laborales y sociales que de se derivan, pero ello lo dejo a personas más cualificadas. Igualmente la empresa de estudiar y profundizar en el documento, que junto al mismo se publica sobre *Ordenanzas de los zapateros de Villena (1525)*.



Ordenanzas de los zapateros de Villena.

UN NUEVO TÍTULO EN LA PRENSA PERIÓDICA DE ELDA: GUERRA SOCIAL

● Alberto NAVARRO PASTOR Una de las aspiraciones que animaban mi trabajo sobre la prensa periódica eldense, publicado el pasado año en una excelente edición del Instituto Gil-Albert de la Diputación Provincial de Alicante, dentro de su serie *Historia de la prensa alicantina*, era, además de dejar constancia de la riqueza y variedad de títulos y contenidos de la prensa periódica editada en nuestra ciudad, la de invitar a quienes poseyeran periódicos eldenses no conocidos o tuvieran noticia de la existencia de otros títulos no incluidos por el autor o ejemplares de otros de los que únicamente se conoce el título, pero de los que no ha llegado a nosotros ningún número, a dar esta información, que nos haría conocer sus características, orientación, contenido y colaboradores, fijando estos datos, como se ha hecho en la citada obra con todos los que ha sido posible.

Felizmente, ahora podemos dar cuenta de un nuevo título que añadir a la crecida nómina de los publicados, el llamado *Guerra Social*, de filiación anarquista, gracias a la amabilidad y atención del fundador del Museo de Artes y Oficios de Monóvar, don José María Román Amat, quien, entre su copioso fondo etnológico, bibliográfico,

histórico, industrial y otros de una variada riqueza y rareza, posee fondos documentales y hemerográficos referidos especialmente a Monóvar y sus poblaciones limítrofes, que en el caso de Elda son singularmente importantes, entre los cuales figuran varios ejemplares de este raro periódico semanal eldense, publicado en 1915/16 y del que hasta ahora

sólo se conocía una alusión a su posible existencia contenida en la obra *El anarquismo en Alicante. 1868-1945*, de Francisco Moreno Sáez -escritor alicantino, coordinador de la citada serie de la prensa de Alicante- en cuya página 37, refiriéndose a la pretensión de los grupos anarquistas de nuestra provincia de editar periódicos para dar mayor difusión a sus ideas, leemos que se proyectaban varios y que «...en Elda se habla de *Guerra Social*...».

Ahora, gracias a esta deferencia del señor Román, podemos dar cuenta de este nuevo título, que es el precursor de los periódicos ácratas publicados en Elda muchos años antes que *Proa* (1931-32 y 1935), *Nuevo Rumbo* (1937) y *Al Margen* (1937-38).

Guerra Social apareció el 12 de diciembre de 1915, impreso en los talleres Tip, de Manuel Vidal, de Monóvar, en formato 41 por 28 cms. y cuatro páginas divididas en cuatro columnas de 6 cms. medidas que no varían en ninguno de los cinco números conocidos, cuyas fechas son 12, 19 y 26 de diciembre de 1915 y 2 y 9 de enero de 1916. Se desconoce si se interrumpió la publicación después del número 5, pero es posible fuera así al no figurar ninguno más en la colección del Museo, de la misma población que la imprenta donde se hizo la tirada del semanario.

Otros datos característicos son su dirección, que se fija en un Centro Obrero del que no se da la calle de su ubicación. El precio no se indica para el ejemplar suelto pero sí para la suscripción por un trimestre, fijada en 1 peseta para España y 1'50 para el extranjero.

No se dan nombres de su dirección ni redacción, pero por lo que se deja entender en un artículo pa-



rece que los responsables de una y otra serían los profesores de Escuelas Racionalistas Emilio C. Carbó y Antonio Loredó, a los que parece que se aludió despectivamente como «dos locos de Barcelona» en una hoja volante impresa en Elda criticando la conferencia dada por éstos en el Teatro Castelar el 10 de octubre de 1915 en defensa y propaganda de la labor de las escuelas racionalistas, calificando la hoja a estas enseñanzas de «tabernarias». (Art. *Ellos y nosotros*, G.S., nº 1).

Para responder a estas acusaciones la Comisión escolar encargada de la Escuela Racionalista insertó la nota *Una invitación y un ruego* para que todas las personas que lo desearan visitaran dicha Escuela en horas de clase para comprobar que la enseñanza que en ella se daba no tenía nada de «tabernaria». (nº1)

El objetivo de *Guerra Social* era el habitual en la prensa ácrata, con violentas críticas a cuestiones diversas como la carnicería que estaba teniendo lugar en los frentes en que combatían entonces los Aliados contra los Imperios Centrales, la religión, la sociedad de clases, la autoridad, la pena de muerte, la burguesía, la propiedad, la patria, y demás «plagas» -según el ideario anarquista- de la sociedad constituida.

Escuela Moderna de Elda

Modernísimo Material
de Enseñanza

EDUCACIÓN RACIONAL
y CIENTÍFICA de la INFANCIA

Inspección de higiene todos los días

Esta Escuela ha desterrado en absoluto los premios y los castigos.
El premio genera frecuentemente malas pasiones. El castigo nunca
los siempre.

Los dos obstaculizan el desenvolvimiento del ser moral.

Distribución del tiempo y del trabajo

MANANA.—Entrada a las 8 y Salida a las 12		TARDE.—Entrada a las 2. Salida a las 5	
LUNES...	Escritura, Lectura, Aritmética.	Labores, Escritura, Lectura, Física.	
MARTES...	Escritura, Lectura, Zoología.	Labores, Aritmética, Lectura de poemas, Geografía.	
MIÉRCOLES...	Dibujo, Francés, Geometría.	Trabajos Manuales, Historia, Química.	
JUEVES...	Escritura, Ritoria, Vocabulario.	Pausas escolares, Recreaciones.	
VIERNES...	Escritura, Lectura, Aritmética.	Escritura, Lectura, Francés.	
SÁBADO...	Escritura, Lectura, Gramática.	Labores, Botánica, Aritmética, Trabajos manuales.	

NOTAS.—Toda clase durará de 30 a 45 minutos.—Todos los alumnos obtendrán la enseñanza de las asignaturas, de conformidad con el cuadro anterior, sin otra diferencia que la extensión y profundidad en la materia según la edad y el desarrollo intelectual.—Entre clase y clase habrá un pequeño descanso recreo.

El anarquismo estaba en aquella época muy extendido entre la clase obrera de Elda y existían grupos activos como «Los invencibles» y «Un tren en marcha», así como sociedades obreras que en número de tres constituían el Centro Obrero, la más importante de las cuales era la Sociedad de Zapateros La Racional. El semanario recoge en sus páginas parte de esta actividad al informar de las intervenciones de sus propagandistas en poblaciones cercanas como Petrel, Sax, Villena, Salinas, Monóvar y otras, haciendo proselitismo de sus ideales.

Uno de los aspectos más importantes de este proselitismo eran las Escuelas Racionalistas, siguiendo las directrices de La Escuela Moderna fundada por Ferrer Guardia. En Elda se constituyó una de estas Escuelas, por cuyo profesorado pasaron, en sus distintas épocas, Antonia Maymón, José Alberola, Emilio y Eusebio C. Carbó, Vicente Galindo Fontaura, Fortunato Barthe y otros.

Guerra Social informa detalladamente sobre esta Escuela que funcionaba en Elda en el anuncio que reproducimos junto a estas líneas, con detalle de asignaturas, horarios y método, aunque no indica la ubicación de esta Escuela Moderna. También anuncia otra Escuela Normal Racionalista por correspondencia (nº5), con la peculiaridad de que se indica solamente su localización en una calle, Niña Guapa, 7, bajo derecha, que no creemos haya existido nunca en Elda, por lo que suponemos sería de alguna

otra población de la comarca que no se cita.

Probablemente como elogiosa demostración de la calidad de la enseñanza dada por la Escuela Moderna de Elda, el semanario publica dos largos artículos de un alumno de dicha escuela, Emiliano Bellot, de 12 años de edad, en los que se ocupa, dentro de la más pura ortodoxia

anarquista, de los temas *La Patria* (nº3) y *Las guerras* (nº5).

El cuadro de colaboradores de *Guerra Social* es corto, pues además de los citados Antonio Loredó y Emilio C. Carbó solo podemos citar a Alfredo Calderón, Eloy Trapet (que polemiza con *El Reformista* al igual que el que utiliza el seudónimo *Hobbes*), Eduardo G. Gilimón, F. Pí y Arsuaga, Juan Calahorra, Antonia Maymón y Vicente Gil, escudándose los demás en seudónimos como *Lucrecio*, *L. de la Acracia*, *Dyonisios* y otros y completando el contenido de los números con trabajos o pensamientos de conocidos teóricos o de escritores cuyas frases coinciden con sus postulados. En este último aspecto es de señalar la alusión a una frase de Azorín publicada en *ABC*: «Los pueblos marchan hacia un objetivo de justicia y libertad por encima de todos los políticos y a pesar de todos los políticos».

Dentro de su concreción de objetivos, limitando sus textos con exclusividad a la difusión de las doctrinas libertarias, *Guerra Social* aporta un nuevo enfoque documental de la presencia de estas ideas entre la clase obrera eldense en aquel año de 1915, del cual hasta ahora únicamente teníamos noticia periodística por los varios semanarios publicados - *Liberal de Elda*, *El Reformista*, *La Semana* y *Cultura y Progreso* - que presentaban una visión muy diferente de la situación social que se vivía, tanto en Elda como en varias poblaciones cercanas, la que ofrece *Guerra Social*.

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I

Francisco SUSARTE MOLINA

Antes de exponer el tema que nos ocupa quiero hacer un preámbulo a fin de ambientarnos con las costumbres que había hacia el s. XVI respecto a bodas y partos, época en la vamos a centrar los acontecimientos.

En cuanto a las **bodas** se refiere diré que, desde muy antiguo, se concertaban a voluntad de los padres. No importaba la opinión de los hijos y todavía menos si era una hija la que se iba a casar. En la aristocracia, además de por el padre, el matrimonio podía ser dispuesto por el rey.

La mujer podía contraer matrimonio legalmente a partir de los doce años (cuando tenía la menstruación se consideraba apta para consumarlo) y el varón a partir de los catorce. Cuanto de más alta alcurnia era la familia más precozmente solía concertarse el matrimonio, llegando incluso a fijarse desde el nacimiento de la persona si la conveniencia así lo aconsejaba.

Como el interés era lo primordial en un matrimonio, las bodas entre personas de distinto rango social eran raras. La endogamia gremial era lo habitual, sobre todo en la realeza, donde casarse por amor era considerado signo de plebeyez; de ahí que si alguna vez un matrimonio real se celebraba por amor (como lo fue el de Alfonso XII con María de las Mercedes) fuese acogido por el pueblo con gran entusiasmo.

De hecho, el matrimonio era sólo una «capa jurídica», por cuanto los intereses económicos, políti-

cos o de Estado eran los que prevalecían. Detrás de un matrimonio real, la mayoría de las veces, había una calculada estrategia, un tira y afloja entre novio-novia-dote.

Los reyes condideraban a las naciones como propiedades particulares, por lo que las bodas se hacían buscando alianzas que ampliaran su poder o sellaran la paz entre países. Además, siempre que era posible, concertaban un segundo matrimonio entre ambas familias para reforzar el acuerdo. No será hasta la llegada de las constituciones democráticas (hace alrededor de siglo y medio) cuando los matrimonios reales pierdan su importancia en este sentido.

El primer paso para la boda eran *los desposorios*, o *promesa de matrimonio futuro* como los definió el pontífice Nicolás I, en los que, después de negociar ambas partes, se fijaban las condiciones y dote que debía aportar cada contrayente. Todo lo acordado quedaba reflejado y firmado en unas escrituras públicas llamadas capitulaciones.

Después de la firma de las capitulaciones y hasta la boda estaba, podríamos decir, el periodo de noviazgo. Durante el mismo, los futuros contrayentes, que la mayoría de las veces ni se conocían, no se veían ni tenían comunicación excepto por alguna carta o algún retrato en el que el pintor de turno procuraba «sacarle» favorecido disimulándole los defectos físicos.

Posteriormente a los desposorios se hacía la *entrega de la novia* y, más tarde, se celebraba la ceremonia religiosa o *misa de velación*, que revestía gran solemnidad por cuanto con ella se distinguían las bodas cristianas de las de otros ritos. El prelado oficiaba la santa misa, bendecía los anillos, hacía la *velación* (consistente en poner un velo sobre los hombros del marido y la cabeza de la mujer en señal de sumisión) y daba la bendición a los novios. A continuación se entregaban las arras, alhajas y vestidos con los que ocasionalmente, como dote complementaria a la estipulada en las capitulaciones, el novio obsequiaba en ese día a su esposa. La novia podía aportar algunos objetos de uso personal (el axuar) que, caso de enviudar, volvía a recuperar íntegramente. No ocurría lo mismo con lo entregado por el novio que, aunque enviudara, ya no se lo devolvían.

A la ceremonia religiosa seguía la *fiesta nupcial*, o sea, más o menos lo mismo que se hace hoy día. El derroche en festejos era considerable, tanto en las bodas reales como en las demás, cosa nada extraña si tenemos en cuenta lo dada que siempre ha sido la gente a la ostentación. En ocasiones, la fiesta duraba tantos días, el número de invitados era tan grande y el despilfarro tal, que llegaron a dictarse órdenes encaminadas a frenar el gasto. Así por ejemplo, en el siglo XV se limitó el número de invitados a cinco varones y cinco hembras por parte de cada contrayente (aparte de los padres y padrinos), se fijó en sesenta maravedís el gasto que podía hacerse en vestidos y se redujo el jolgorio a un máximo de dos días.

Referente al **parto**, conviene tener en cuenta que siempre ha estado considerado como un hecho muy importante en la vida de la mujer por cuanto de riesgo y repercusión social entrañaba; y si la parturienta era una reina, la trascendencia todavía era mayor.

Todo monarca, al subir al trono, tenía como obligación dar al reino un heredero. De ello dependía la sucesión de la corona. Por eso, pese al riesgo que corrían las soberanas en los partos, era preciso que tuvieran hijos; cuantos más mejor, pues la mortalidad infantil era muy elevada.

Pero se había de estar seguro que el recién nacido era hijo de la reina. Por ello, aunque la asistencia

a los partos estaba prohibida a los hombres, las reinas habían de dar a luz en presencia de personas que ostentaran cargos oficiales para que pudieran testificar la legitimidad de los recién nacidos. Se evitaba así que pudieran repetirse situaciones como la ocurrida a doña María de Portugal, esposa de Alfonso XI de Castilla:

Resulta que, en 1334, cuando doña María estaba a punto de dar a luz, temerosa de las iras de su marido que había amenazado con matarla si no le daba un varón, ante la posibilidad de que pudiera tener una niña, preparó la sustitución de su «posible hija» por el hijo que una judía acababa de tener. Pese a que el cambio no llegó a efectuarse, pues doña María tuvo un varón (el que luego sería Pedro I *el Cruel*), las dudas y sospechas siempre estuvieron presentes para muchos. Éste fue el motivo de que Pedro I, además de temido, fuese odiado por ser considerado hijo de judíos. Enrique de Trastámara (hermanastro de Pedro) siempre mantuvo la idea de que el cambio se hizo; y hasta tal punto lo creyó que cuando años después le dio muerte (1369) lo hizo llamándole *hijo de puta judío*.

A raíz de este suceso se impuso la norma de que en todos los partos reales hubiera testigos oficiales. Costumbre que se mantuvo hasta hace muy poco si bien, con el paso de los años, los testigos, en vez de esperar en la misma habitación de la parturienta, lo hacían en una sala contigua.

Tampoco debemos olvidar que no podemos enjuiciar la asistencia obstétrica de antaño en función de los conocimientos científicos actuales, sino que hemos de hacerlo en relación con las circunstancias de cada época pues, durante mucho tiempo, la obstetricia no constituyó ciencia propiamente dicha sino que fue una colección de confusas nociones sugeridas por la experiencia: las mujeres daban a luz ayudadas por sus madres o por ancianas experimentadas (*matronas*). Eso sí, conscientes del riesgo que entrañaba el parto, tanto para la madre como para el niño, invocaban fervorosamente a los santos y se rodeaban de toda clase de amuletos al efecto.

Las *matronas* estuvieron asistiendo en los partos a las mujeres durante siglos debido a que, según decía Carbón en 1541, *el sabio colegio de médicos determinó, por honestidad, que fuese la mujer el ministro para ayudar a las necesidades que suelen a*

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I

las preñadas acaecer en el tiempo de su preñez y parto; y bien informadas de su arte intenten a semejantes cosas socorrer.

El parto estaba considerado un acontecimiento dramático. Superar el trance de dar a luz y sobrevivir a un puerperio no era nada fácil, máxime si tenemos en cuenta los remedios que utilizaban, como por ejemplo, *aplicar a la natura de la madre boñigas secas y pulverizadas para ayudar a la expulsión del feto, o estiércol de caballo crudo o cocido en vinagre, o telas de arañas, o arañas quebrantadas, aplicándolo en las partes vergonzosas de la mujer* para detener la hemorragia puerperal. Con razón dice Garrison en su *Historia de la Medicina*, que *en un parto normal la mujer podía tener esperanza de salvarse si no sucumbía víctima de la fiebre puerperal o de la eclampsia. Pero un parto difícil era cruel y mortal casi de necesidad*. Por eso, reinas y personas de alto nivel social, cuando se aproximaba la fecha de dar a luz, hacían testamento. Asimismo, pasada la cuarentena (algo más de un mes después del parto), tiempo que se consideraba necesario para conseguir la *purificación*, la madre acudía a *misa de parida* (o de purificación) para dar gracias a Dios por haber sobrevivido.

Si todo había transcurrido bien la familia distinguía a la matrona con el privilegio de sacar de casa al recién nacido y llevarlo a la iglesia para bautizar, como si fuese su segunda madre (de ahí el nombre de *madrina* o *comadre*). Luego, como es natural, le reservaban un lugar prefente en el banquete.

Con el paso del tiempo, los conceptos científicos fueron cambiando pero, en el aspecto obstétrico, lo hicieron de forma muy lenta. Durante muchos siglos, *por pudor y por decencia*, la asistencia a los partos siguió reservada exclusivamente a las mujeres. Y, tan rigurosamente estaba vedada esta misión a los hombres, aun siendo médicos, que por no haber hecho caso a esta prohibición al doctor Wert, de Hamburgo, en el año 1522, le costó la vida. Resulta que dicho doctor, para ver un parto no tuvo mejor idea que vestirse de mujer. Disfrazado así entró en el aposento donde una parturienta se encontraba a

punto de dar a luz, pero la mala fortuna quiso que lo descubrieran. Cara pagó su audacia pues fue juzgado, condenado y quemado en la hoguera.

La asistencia a los partos por médicos empezó en España a principios de siglo XVIII. Fue doña María Luisa Gabriela de Saboya (primera esposa de Felipe V) en 1707, quien introdujo esta «moda francesa».

La lactancia, por entonces, solía hacerla una nodriza, sobre todo en las familias acomodadas. La madre no debía amamantar, decían, porque *queda muy alterada y aparejada para calentura*. Cuanto más pudiente era la familia más nodrizas solían tener y más prolongada era la lactancia. Uno de los empleos que daba de comer a muchas familias era, precisamente, el de ama de cría.

Desde Alfonso X (segunda Partida, Título VII, Ley III) la elección del ama de cría se hacía siguiendo unas determinadas normas pues había de ser *honesta de costumbres, de buena crianza y genio templado, que no haya servido en el oficio de criar, sea limpia y curiosa, que no beba vino ni licores...* y, como se creía que a través de la leche podían transmitirse cualidades morales y espirituales al niño, estaba prohibido que moras y judías amamantaran a hijos de madres cristianas.

Hecha esta introducción entraré en el tema.

A comienzos del año 1500 vinieron al mundo el príncipe Carlos y la princesa Isabel, de cuyo matrimonio e historia obstétrica vamos a ocuparnos. Hablar de boda entraña tener antes que hablar de novios. Así que veamos quienes fueron éstos.

La princesa **Isabel** era hija del rey de Portugal Manuel I *el Afortunado* y su segunda esposa, la infanta María de Aragón (tercera hija de los Reyes Católicos¹). Nació en el palacio Real de Lisboa un miércoles, 23 de octubre de 1503, entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Pasó sus primeros años junto a su madre que, como buena hija de *los Reyes Católicos*, se encargó de educarla, enseñarle a hilar, coser, bordar y darle una formación religiosa. Pero doña María murió al dar a luz a Eduardo, por lo que Isabel tuvo que ha-

NOTAS:

1. La primera esposa de Manuel I fue Isabel, la hija mayor de los Reyes Católicos.



La princesa Isabel de Portugal.

cer de madre para con sus hermanos pese a que sólo tenía catorce años. Su padre, viudo ya dos veces, volvió a casarse con terceras nupcias (1519) con su prima Leonor, hija de Juana la Loca.

Al morir Manuel I de Portugal (13. XII.1521) su viuda, doña Leonor, preparó las bases para el matrimonio entre su prima e hijastra, la princesa Isabel de Portugal, con su primo el príncipe Carlos de España.

Isabel, desde su juventud, despuntó una gran belleza que fue acentuándose con el paso de los años. Tenía un cuerpo esbelto y elegante, dulces y lánguidos ojos, cabello rubio y abundante, piel blanca y suave, cara ovalada y labios delgados. Según testimonios de la época, además de una de las mujeres más hermosas del mundo, era muy culta, amante de la música, el arte y la poesía (fue mecenas de Garcilaso de la Vega y de Juan Boscán). Moralmente se decía que era mansa y retraída más de

lo que fuera menester, honesta, callada, devota, discreta y no entrometida. Sin embargo, gustaba vestir con suntuosidad, como lo hiciera su madre y su abuela Isabel la Católica.

El príncipe Carlos era el primogénito de Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Irrumpió en el mundo de una forma poco habitual. Resulta que, estando ya doña Juana en muy avanzado estado de gestación, quiso asistir a una fiesta de gala que se celebraba en el castillo de Gante, tal vez movida más por los celos y por el deseo de vigilar a su marido que por ganas de fiesta. Entrada la noche, y en mitad del sarao, se sintió indispuesta. Al parecer, rompió bolsa y se retiró al excusado; mas como tardara en salir, sus damas, preocupadas, entraron a ver qué le pasaba, llevándose la gran sorpresa al encontrarla en pleno periodo expulsivo. Tan avanzado estaba el parto que fue imposible trasladarla a otro lugar. Fue realmente un parto muy rápido. Así, el 24 de febrero de 1500, a las tres y media de la madrugada, en un retrete, vino al mundo el príncipe Carlos.

Don Carlos era de carácter taciturno, solitario, religiosamente muy devoto, mal estudiante y muy dado a los torneos y a la caza. Le gustaba mucho la cerveza (introdujo en España su uso), el *pernil curado* (como se llamaba por entonces al jamón serrano), las ostras, las *suplicaciones* (los actuales barquillos), las naranjas y, especialmente, el melón. Físicamente no era muy alto pero sí bien proporcionado, frente espaciosa, mirada penetrante, nariz aguilena, y tan pronunciado prognatismo que parecía que tuviese la mandíbula postiza y le obligaba a llevar la boca abierta. Tal vez por esto, y a sugerencia de la emperatriz, de casado se dejó una barba ancha y corta para disimular el defecto. Al respecto, se cuenta que un rústico infanzón de Calatayud, con ocasión de una visita que hizo el rey a esa ciudad, se le acercó y le dijo: *Mi señor, cerrad la boca, que las moscas de este reino son muy traviesas...*

A sus veinticinco años don Carlos estaba soltero y sin compromiso, aunque no le faltaban novias pues era pretendido por casi todas las princesas europeas, ya solteras o viudas. Políticamente interesaba que contrajera matrimonio pero, como España estaba empobrecida a causa de tantas guerras, una boda con un buen apoyo económico era lo más

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I



El príncipe Carlos.

aconsejable. Con este criterio, teniendo en cuenta que Portugal era una de las naciones más ricas de Europa, la infanta portuguesa, además de ser muy guapa, era el mejor partido que se podía encontrar. Y, por si fuera poco, era la candidata propuesta por su prima Leonor.

En tal sentido, en la primavera de 1525, se iniciaron las negociaciones con Juan III, hermano de la novia, si bien no se cerraron hasta varios meses después debido a la discusión sobre la dotación económica de Isabel. Por fin la operación se ultimó con el acuerdo de que doña Isabel aportaría 900.000 doblas castellanas de oro y el emperador sólo 300.000 (cantidad que conseguiría hipotecando las ciudades de Úbeda, Baeza y Andújar).

Pero, aun así, no había dinero en la corona española para hacer frente a ese gasto, por lo que se concertó otro matrimonio: el de Juan III (sucesor de Manuel I a la corona portuguesa) con la infanta Catalina (la hermana menor de don Carlos, la hija póstuma de *Felipe el Hermoso*). De esta forma se estipuló «una rebaja» en la dote, quedando la negociación definitivamente cerrada con la aportación de doña Isabel de 660.332 doblas de oro (cifra astronómica en aquella época²) y nada por parte de don Carlos. Vamos, una operación «redonda» para las arcas españolas.

Ultimados los acuerdos financieros se firmaron las capitulaciones (17. X.1525) y, pocos días después (1. XI.1525), previa presentación y lectura de la dispensa papal, el cardenal Salviatti (en representación del papa) celebró el matrimonio por poderes en el palacio de Almeirim, ricamente decorado para esta ocasión con tapices de oro y seda. Don Carlos estuvo representado por Carlos Porpeto Laxao.

Después de la boda, doña Isabel, ya emperatriz de España, se acercó hasta los reyes de Portugal (su hermano Juan y su cuñada Catalina) y, de rodillas, los besó. A continuación comenzó el sarao, que ella presidió sentada entre los reyes portugueses bajo un rico dosel de terciopelo. Acabado el acto enviaron a don Carlos una misiva notificándole que ya estaba casado. Cuando él recibió la noticia se puso tan contento que mandó circular a todas las ciudades del reino comunicando la buena nueva.

Hasta el 30 de enero de 1526 el cortejo luso no salió de Almeirim camino de España para hacer la entrega de doña Isabel a los españoles. Vino acompañada por sus hermanos, los infantes don Luis y don Fernando, y por el duque de Braganza. La comitiva portuguesa llegó a Elvas, lugar fijado para el encuentro, el 4 de febrero, unos días antes que la española. En esos días de espera doña Isabel fue agasajada con grandes fiestas celebradas en su honor.

El séquito español, al mando de don Pedro de Meneses, marqués de Villarreal, salió de Toledo el 2 de enero y tardó una semana en llegar al lugar de la

NOTAS:

2. Actualizada el año 1998 equivaldría a unos 9.000 millones de pesetas.

cita. Lo integraban muchos caballeros, entre los que estaban don Fernando de Aragón, duque de Calabria; don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; los duques de Medina-Sidonia y de Béjar; y los condes de Aguilar, de Benalcázar y de Monterrey.

Reunidas las comitivas se presentaron las credenciales por parte de unos y otros, procediéndose a la entrega de la princesa portuguesa. El acto tuvo lugar el domingo día 7 de febrero de 1526, cerca de Elvas y Badajoz, en mitad del puente sobre el río Caya. El infante don Luis cedió las bridas de la mula sobre la que viajaba su hermana Isabel al duque de Calabria; y, flanqueada a su derecha por éste y el marqués de Villarreal, y a su izquierda por el de Béjar y el arzobispo de Toledo, emprendió el camino a su nueva tierra.

La comitiva se dirigió a Sevilla sin prisas, pues don Carlos así lo había dispuesto para que le diese tiempo de acabar las negociaciones que mantenía con Francisco I de Francia. Por cuantas ciudades pasaba, doña Isabel era acogida con fiestas y grandes muestras de entusiasmo. Así llegaron a Cantillana, *distante de Sevilla cinco leguas*, donde esperaron unos días para dar lugar a que la capital hispalense se preparara para el recibimiento. El 3 de marzo, bajo el clamor popular, doña Isabel entró en una Sevilla magníficamente engalanada; se albergó en el Alcázar y, durante la semana que tardó en llegar su marido, se celebraron grandes fiestas.

Don Carlos, tan pronto como acabó las negociaciones con Francisco I (21.II.1526), marchó a Sevilla al encuentro de su mujer. Entró en la ciudad a caballo, siendo objeto de un caluroso recibimiento (10.III.1526). Fue en primer lugar a la Catedral para dar gracias a Dios por el feliz término del viaje y de allí marchó al Alcázar, donde le esperaba la emperatriz. Oviedo, cronista de la época, narró así los hechos: *...cuando entró en el Alcázar eran ya dos horas de la noche, e entró con muchas hachas. E cuando llegó al aposento de la Emperatriz e se vieron, la Emperatriz se hincó de rodillas e porfió mucho porque le besara la mano. El Emperador se abajó mucho a la levantar, abrazándola, e la besó e la tomó por la mano e se entraron en otra cámara e se sentaron. E después que un cuarto de hora estuvieron allí, con muchos grandes, el Emperador se pasó a su aposento e se quitó la ropa de camino que traía,*

e se vistió muy ricamente... con un sayón de terciopelo con tiras de brocado por todas partes. Después, Carlos e Isabel cenaron en privado en sus aposentos. El tenía veintiséis años y ella veintidós.

La ceremonia de ratificación tuvo lugar aquella misma noche (ya día 11 de marzo de 1526) en la sala de la Linterna del Alcázar (hoy salón de Embajadores). Ofició la misa el arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca, y fueron padrinos de boda el duque de Calabria y la condesa de Haro, camarera mayor de doña Isabel. Decía Oviedo que *estuvieron en la misa muy pocos caballeros; porque fue cosa no pensada sino así fecha de improviso aunque astutamente*, tal vez queriendo decir que, de esta manera, don Carlos evitaba la comisión de control de la consumación del matrimonio. Acabada la misa los novios se retiraron a sus habitaciones y *...en tanto que el Emperador estaba en su cámara, se acostó la Emperatriz, e desde que fue acostada, pasó el Emperador a consumir el matrimonio como católico príncipe*. Una vez consumado, don Carlos enseñó a la asamblea las sábanas del lecho nupcial, como era ritual.

Al día siguiente, con gran alegría, comenzaron las fiestas nupciales pero la muerte de la hermana de don Carlos, Isabel, reina de Dinamarca, obligó a suspenderlas. Se reanudaron el 15 de abril, una vez finalizados los días de luto oficial, y continuaron hasta el 18 de mayo, fecha en que los recién casados emprendieron viaje de novios a Granada. La ciudad gustó tanto a la emperatriz que su marido, por complacerla y con la idea de algún día instalar allí definitivamente la corte, inició la construcción dentro del recinto de la Alhambra del, todavía inacabado, *Palacio de Carlos V*. Además, y como obsequio a ella, mandó plantar en los jardines de *Lindaraja* unas flores persas hasta entonces desconocidas en España: los claveles.

Los reyes se mostraban muy felices y, según las crónicas, *...están en la cama hasta las diez y las once; y cuando están juntos, aunque esté todo el mundo presente, no miran a nadie y no hacen otra cosa que hablar y reír entre sí*. La luna de miel se prolongó durante nueve meses. Lo que en principio se planificó como un matrimonio por interés, se transformó en un verdadero amor. El matrimonio se mantuvo siempre unido y muy bien avenido.

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I



Carlos I e Isabel de Portugal.

Cuando el 10 de diciembre de 1526 dieron por terminada su luna de miel y marcharon a Valladolid, la reina, o mejor dicho, la emperatriz³, como quería doña Isabel que la llamaran, estaba embarazada de tres meses. Por tal motivo, el viaje lo hizo en una litera llevada a hombros. Llegaron a la ciudad del Pisuerga el 24 de enero de 1527, instalándose en el palacio de don Bernardino Pimentel. A primeros de mayo, ante la proximidad del parto, doña Isabel hizo testamento (como era habitual en aquella época en estas circunstancias) y se dispuso para afrontarlo.

El parto se inició a mediodía del 20 de mayo de 1527. Fue lento y laborioso, pues terminó en la tarde del día siguiente. Cuentan los cronistas de la época que el valor de la emperatriz era tal que, pese a los muchos dolores que sufría, no se quejó ni una sola vez; con el rostro cubierto, aguantó con dignidad y serenidad pues, decía: *Me consuela la esperanza de parir un príncipe para los pueblos, causa de alegría y no de tristeza.*

Estuvo asistida, como lo estaría en todos sus partos, por su partera mayor doña Quirce de Toledo que, consciente de lo mal que lo estaba pasando, le instaba a que gritara para desahogarse. Doña Isabel no sólo se negó a hacer tal cosa sino que, además, pidió que apagarán las velas de los candelabros del aposento para que si hacía algún gesto incontrolado no pudiera ser advertido por los cortesanos, que preceptivamente presenciaban el acontecimiento, evitando así que su dignidad pudiese verse menoscabada. Al fin, a las 16 h. del 21 de mayo de 1527, vino al mundo un infante.

Un mes después (25.VI.1527), en la iglesia de San Pablo de Valladolid, este niño fue bautizado. La comadrona sacó al recién nacido de casa y lo llevó en brazos hasta la iglesia. Allí lo recogió el duque de Frías, doña Quirce quedó a su derecha; a la izquierda se colocó el duque de Alba, detrás los padrinos, después de ellos seguía la nodriza, María Sarmiento; y por último, ordenados según su categoría, los no-

NOTAS:

3. Era emperatriz por ser la mujer del emperador de Alemania; pero no era reina porque doña Juana la Loca, propietaria del reino, suegra y tía suya, aun vivía recluida en Tordesillas.



Felipe II.

bles de la Corte. El arzobispo Alonso de Fonseca celebró la ceremonia, imponiéndole al recién nacido el nombre de **Felipe** en memoria de su abuelo paterno. Después hubo un gran banquete.

Doña Isabel se levantó por vez primera después del parto el 12 de junio, oyó *misa de parida* y presidió las justas y festejos que se celebraron en su honor.

Cuando el príncipe Felipe aún no había cumplido un año de edad fue jurado heredero del trono por las Cortes de Madrid (19.IV.1528). Sería el futuro Felipe II.

Don Carlos viajaba continuamente por sus territorios europeos y doña Isabel, como antaño su

abuela Isabel *la Católica*, hacía otro tanto por España. La corte iba de un lado para otro: Madrid, Valladolid, Sevilla, Toledo, Burgos... En uno de esos desplazamientos, a principios de 1528, en Valladolid, venía al mundo su segundo hijo: el infante Juan, muerto a poco de nacer.

En tanto don Carlos estaba en las Cortes de Monzón tratando de conseguir dinero, la emperatriz daba a luz por tercera vez. El hecho ocurrió en Madrid, tal vez el 21 de junio de 1528⁴, siendo fruto del mismo una niña muy prematura a la que llamaron **María**⁵ en memoria de su abuela materna.

Pocos días después del alumbramiento, doña Isabel tuvo unas calenturas que los médicos de cámara Zurita de Alfaro y Villalobos atribuyeron a los calores del verano (aunque en realidad eran debidas al paludismo). La trataron dándole a beber las aguas de la fuente de San Isidro. Por tal motivo, la emperatriz, en agradecimiento al santo, mandó construir una ermita en la pradera del Manzanares. Posteriormente le repitieron otros episodios febriles que, al igual que el anterior, remitieron con las mismas aguas.

También en Madrid nació el infante don **Fernando**, sin que tampoco haya acuerdo entre los historiadores de la fecha en que ocurrió. Pudo haber sido el 21 de noviembre de 1529 pues, en la carta que los dichos doctores de cámara enviaron al rey (que en esta ocasión se encontraba en Bolonia), le decían: *A veynte y uno del presente, a la una hora después de la media noche, comenzó a sentir la emperatriz los dolores del parto que venían no muy espesos y grandes, y entonces vino aquella agua que suele preceder a los buenos partos. Estos dolores procedieron así remisos hasta las siete de la mañana y en esta hora se comenzaron a esforçar y menudear, y luego sintió la comadre que el parto estaba en las manos y que la criatura venía bien encaminada sin tropieços ni dificultades como suele haver en estos partos. Su Mag. parió al punto de las ocho y purgó*

NOTAS:

4. Según el padre Flórez, en el año 1528 vinieron al mundo los infantes Juan, María y Fernando, cosa imposible puesto que no fueron trillizos. Por eso hay discrepancias respecto a las fechas del nacimiento de estos tres infantes.

5. María casó con su primo hermano Maximiliano II de Alemania. Tuvo catorce hijos y terminó sus días como monja en el monasterio de las Descalzas Reales. Murió en 1603.

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I



María de Austria.

muy bien todo lo necesario y quedó, a Dios gracias, tan buena como si fuera otra la que había parido. Nació un infante grande y gordo y hermoso, con una voz tan formada y unos ojos tan abiertos como si fuese de tres meses nacido.

El emperador conoció la noticia probablemente el 8 de diciembre, es decir, dieciocho días después del nacimiento, pero no llegó a conocer a su hijo porque el príncipe murió a los siete meses (13.VII.1530) y don Carlos no llegó a España hasta el 28 de abril de 1533. (Desembarcó en Barcelona, en una escuadra al mando del almirante Andrea Doria. Fueron a recibirlo sus hijos, Felipe y María, y su mujer, que tuvo un nuevo brote febril).

Tras ese regreso, don Carlos estuvo con su mujer poco más de un año, lo suficiente para dejarla otra vez embarazada; y, una vez más, cuando llegó el momento decisivo, él estaba ausente (en esta ocasión en la guerra de Túnez). El parto tuvo lugar sin complicaciones el 24 de junio de 1535, en Madrid, en el palacio de don Alonso Gutiérrez, tesorero del emperador. A la recién nacida la bautizaron con el nombre de **Juana**⁶ en honor al santo del día y a su abuela paterna. Don Carlos no supo que le había aumentado la familia hasta el diez de julio.

Acabada la guerra con Túnez, el emperador volvió a Valladolid. Allí estuvo durante algo más de un año y, ni que decir tiene, volvió a dejar embarazada a doña Isabel. Y, no sólo la dejó embarazada sino también sola, por cuanto en agosto de 1537 se marchó otra vez y no regresó hasta agosto del año siguiente. Don Juan de Zúñiga decía que *...aunque su Magestad desea ir con el emperador para las Cortes de Aragón, no sé si se lo estorvará la preñez, aunque más creo que sí estorvará, porque va mucho en guardar este preñado...*

El parto tuvo lugar en Valladolid (19.X.1537) dos meses después de haberse marchado don Carlos. En esta ocasión en casa de su secretario, don Francisco de los Cobos. El recién nacido se llamó **Juan** (en memoria de su hermano fallecido) y también murió muy pronto (a los cinco meses), por lo que su padre tampoco llegó a conocerlo.

Ante los continuos viajes de don Carlos, los gastos que ocasionaban las guerras y el derroche de la corte, la presión impositiva no tenía más remedio que ser alta, mal vista y muy criticada por el pueblo. De poco había servido la orden dada por los Reyes Católicos para frenar la ostentación. Por eso, Carlos I promulgó una nueva pragmática (1534) prohibiendo a todos sus vasallos *de cualquier condición y cualidad o preeminencia o dignidad que fuesen, exceptuando su persona, la de su Magestad la emperatriz su mujer e infantes sus hijos, fuesen osados de traer o vestir brocados ... ni echar guarniciones*

NOTAS: 6. La infanta doña Juana fue, posteriormente, la fundadora de la Orden de las Descalzas Reales de Santa Clara. Murió en 1573.



Juana de Austria.

en las dichas ropas ni en otra cosa, de hilo de oro ni de plata ni hilado ni tirado, ni pudiesen traer bordado ni recamado de seda ni cosa hecha en bastidor. La pena por incumplimiento de tal disposición podía llegar a ser de cinco años de destierro; y para el sastre, jubetero o guardicionero que hubiese hecho la prenda se le advertía la primera vez y sería condenado a galeras para el resto de su vida si era reincidente. No obstante, hubieron excepciones para el uso de ropas lujosas: primero para con los caballeros y nobles cuando iban a la guerra, después aunque no fueran. Y así, poco a poco, las ordenanzas fueron relajándose y terminaron por ser totalmente inútiles⁷.

El malestar popular ante la mala marcha de la economía era tal que, en noviembre de ese 1537, se convocaron Cortes para rogar a don Carlos que no abandonara más el territorio español, que suspendiera las guerras y moderara los gastos. Él lo comprendió y aceptó, pero las necesidades de dinero eran tan acuciantes que no hubo más remedio que crear un nuevo impuesto, la *sísa*, consistente en disminuir la pesada de algunos artículos, generalmente los comestibles, pero pagando por ellos como si el peso fuese completo.

Del encrispamiento del pueblo por el gasto de la corte se cuenta que, un día que don Carlos participaba en una partida de caza y abatía un venado, para transportarlo pidió ayuda a un viejo leñador que había por allí. El pobre hombre, ignorando quién era la persona que se lo pedía, se negó a ello alegando que no tenía fuerzas para eso y añadiéndole que lo hiciera él que era joven. El emperador, divertido, pidió que le dijera cuál era, a su juicio, el mejor y el peor rey que había tenido España; a lo cual respondió el campesino: *El mejor, Fernando el Católico, que en gloria esté; y el peor, éste que tenemos, que se va unas veces a Italia, otras a Alemania y otras a Flandes, dejando a su mujer y sus hijos, pero llevándose todo el dinero de España. Y, con llevar todo lo que montan sus rentas y los grandes tesoros que llegan de las Indias, no se contenta, sino que echa nuevos tributos a los pobres leñadores que nos tiene arruinados*. Don Carlos, pensativo, dio unas monedas al viejo y se alejó; pero cuando un miembro de la escolta dijo al leñador quién era la persona con la que había estado hablando, este le contestó: *¡Lástima no haber sabido que era el rey, porque de haberlo sabido le hubiera hablado más claro!*.

Después de un año de ausencia el emperador regresó a Toledo (9.VIII.1538), lo que supuso para doña Isabel una nueva gestación. Se calculó su final para bien entrado el verano de 1539, por lo que don Carlos, confiado en que aún faltaba tiempo para el acontecimiento, marchó a Madrid con su hijo Felipe para hacerle una evaluación de su prepara-

NOTAS:

7. Esta permisividad en la utilización de ropas de gala en los combates ha supuesto que los trajes militares hayan mantenido su lujo y ornato hasta hoy.

DE LA BODA Y PARTOS DE ISABEL DE PORTUGAL, ESPOSA DE CARLOS I

ción cultural. Pero sucedió que, unos días después de haberse marchado, doña Isabel tuvo un nuevo episodio febril (*las tercianas malignas* que padecía). Bien por esto o por otro motivo lo cierto es que, precedido de una profusa hemorragia, se desencadenó el parto antes de lo previsto y el 21 de abril de 1539 nació un niño muerto. Cronistas de la época dijeron que el niño llevaba muerto algunos días antes de nacer pero, por si acaso, le administraron el agua de socorro en la misma alcoba, imponiéndole el nombre de **Fernando** (como su tercer hijo, muerto a los siete meses).

Tras el alumbramiento, el estado de la emperatriz empeoraba por momentos. Doña Quirce de Toledo, su partera, consciente de sus limitaciones y ante la alarmante situación, le insistía reiteradamente para que permitiese entrar a los médicos, Ruiz y Ontiveros Saavedra, que esperaban al otro lado de la puerta de la cámara. Llamaron también a Villalobos y Laguna, los más prestigiosos médicos de la época, pero doña Isabel, bien por pudor o llevada de un sentido fatalista, se negó tajantemente a ello diciendo: *Si Dios quiere curarme lo hará sin necesidad de médicos; y si tengo que morir es inútil su intervención*. Después de casi tres semanas de sufrimiento, doña Isabel expiraba en Toledo, en la madrugada del 1 de mayo de 1539, a los treinta y seis años de edad. La infección puerperal fue la causa de su muerte.

Don Carlos, que había sido avisado de la gravedad de su mujer, volvió de Madrid apresuradamente, pero cuando llegó la infortunada emperatriz ya había muerto. Era tanto lo que la quería y tan grande el dolor que le causó su muerte, que no quiso ver su cadáver para *conservar viva la imagen de aquel bello rostro que tanto había amado*. La muerte de la emperatriz supuso un duro golpe no sólo para él sino también para el pueblo que tanto la quería.

Sus restos, siguiendo la costumbre instituida por Isabel la Católica, fueron trasladados a Granada para darles sepultura en la catedral. La organización del fúnebre cortejo se encomendó a don Francisco de Borja, duque de Gandía, Caballerizo Mayor de la emperatriz, hombre de confianza y enamorado en secreto de ella, asumiendo la presidencia del mismo el príncipe don Felipe, que iba a cumplir doce años.

Preparada la comitiva, se cerró el ataúd con llave, llave que guardó el duque en señal de que se

hacía depositario del cadáver hasta su entrega al final de su destino. El féretro, muy sencillo y cubierto con un paño bordado con las armas del emperador, fue transportado a hombros por diez servidores que se turnaban cada determinado tiempo. A medida que pasaban los días la fetidez que emanaba el cadáver era tan insoportable que los porteadores aligeraban la marcha cuanto podían, pues notaban menos el cansancio que las ganas de llegar a su destino.

Ya en Granada, el duque de Gandía abrió el féretro para hacer la protocolaria entrega del cadáver a los clérigos que habían de darle sepultura. Pero, al destapar el ataúd, el estado de descomposición y el hedor que despedían los restos eran tales que todos retrocedieron ante el macabro espectáculo, desmayándose más de uno. Cuando los religiosos, como era preceptivo, preguntaron al duque si ése era el cadáver de doña Isabel de Portugal, éste les respondió: *Jurar que es Su Majestad no puedo, pero juro que su cadáver se puso aquí*; y, al parecer, añadió la conocida frase: *Nunca más serviré a señores que se puedan morir*. Después de esto el duque de Gandía se consagró a Dios, ingresó en la Compañía de Jesús y en 1671 fue canonizado: sería San Francisco de Borja.

Carlos I abdicó en su hijo Felipe (16.I.1556) y se retiró al monasterio de Yuste, acompañado de su cervecero, Erik van der Trehen, y de su médico, Luis Lobera de Ávila. Realmente, no fue al monasterio sino a un palacete que se hizo construir junto a él. En ningún momento hizo vida monástica, ni siquiera recogida ni penitencial, y muchísimo menos llevó hábito. Eso sí, vistió de luto para el resto de sus días y, fiel a su difunta esposa, no quiso volverse a casar pese a que no había cumplido los cuarenta años y sobrevivió a su mujer casi veinte.

En su residencia junto al monasterio esperó el final de sus días, comiendo desafortadamente, pues no podía estar más de dos horas sin yantar. Su voraz apetito y la gota obligaron a su médico ponerle a dieta⁸. En Yuste pasaba el tiempo rodeado de libros y entreteniéndose con su magnífica colección de relojes (que él mismo cuidaba y reparaba) de los que en cierta ocasión, contemplándolos, comentó: *Yo, que he aunado diez pueblos, no soy capaz de que*

estos relojes, a los que doy cuerda cada día, den a la vez la misma hora. En la madrugada del 21 de septiembre de 1558, con el crucifijo que había pertenecido a su mujer apretado entre sus manos, murió don Carlos. Fue sepultado en el monasterio.

En 1574 sus restos fueron trasladados de Yuste al Monasterio de El Escorial, al igual que hicieron con los de doña Isabel desde Granada (en Granada sólo quedó el primitivo ataúd de su amante esposa). Desde entonces, los dos reposan en El Escorial.

Cuando muchos años después de su muerte los ciudadanos de Gante pensaron erigir una estatua a don Carlos, como reconocimiento a sus glorias, hubo quién propuso grabar en el pedestal de la misma la siguiente inscripción:

*Il naquít dans la merd,
Il vécut dans la sang,
Il mourot dans la bièr.*

*(Nació en la mierda,
Vivió en la sangre y
Murió en la cerveza.*

BIBLIOGRAFÍA

- AYUSO ARROYO, P. P.: *Mujeres con Historia* (1994)
- BARBERÁ, C.: *Juana la Loca*. (Planeta. Barcelona, 1992)
- BERNIS, C.: *Indumentaria española en tiempos de Carlos V*. (Consejo Superior de investigaciones Científicas. Madrid, 1962)
- CALDERÓN, E.: *Las bodas de los Reyes de España*. (Cirene. Madrid 1993)
- CARBÓN, D.: *Libro del arte de las comadres o madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*. (Mallorca, 1541) Transcripción de F. SUSARTE. (Universidad de Alicante, 1995)
- CASAS GASPAS, E.: *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*. (Madrid, 1947)
- DÍAZ PLAJA, F.: *La vida cotidiana en la España del siglo de Oro*. (Edad. Madrid, 1994)
- FISAS, C.: *Historias de las reinas de España*. (Planeta. Barcelona, 1991)
- FRITSCH, E.: *Sobre la fiebre puerperal y el tratamiento local de la misma*. (Monografías clínicas, 1881)
- GARCÍA CÁRCEL, R.: *Las esculturas del Siglo de Oro*. (Historia 16. Madrid, 1989)
- GONZÁLEZ CREMONA, J.M.: *El trono amargo*. (Planeta. Barcelona, 1992)
- GONZÁLEZ-DORIA, G.: *Las reinas de España*. (Bitacora. Madrid, 1989)
- GONZÁLEZ SEVILLA, M^a E.: *A la mesa con los reyes de España*. (Temas de hoy. Madrid, 1998)
- HERVIEUX.: *Enfermedades puerperales consecutivas al parto*. (Madrid 1879)
- JUNCEDA AVELLO, E.: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*. (Temas de hoy. Madrid 1992)
- LOSADA MÉNDEZ, J.: *La sanidad en la época del descubrimiento de América*. (Fundación Rey Alfonso XIII. Madrid, 1994)
- NÉSTOR LUJÁN.: *La vida cotidiana del Siglo de Oro español*. (Editorial Planeta. Barcelona, 1992)
- PHILIPPEAU.: *Manual de Obstetricia y de Ginecología, para su uso de los prácticos y de las matronas*. (Budapest, 1902)
- SÁNCHEZ ARCAS. R.: *El parto a través de los tiempos*. (Madrid, 1995)
- SARASUA, C.: *Criados, nodrizas y amos*. (Siglo XXI. Madrid, 1994)
- VICENS VIVES, J.: *Historias de España y América social y económica*. (Barcelona, 1972)
- VIDAL SALES, J. A.: *Crónica íntima de las reinas de España*. (Planeta. Barcelona, 1993)
- VILADOT, G.: *Juana la Loca*. (Salvat. Barcelona, 1995)
- VOLTES, M^a J. y P.: *Madres y niños en la Historia de España*. (Planeta. Barcelona, 1989)

NOTAS:

8. La dieta consistía en lo siguiente: para desayunar, un tazón de caldo de ave con leche y azúcar; para almorzar le hacían veinte platos diferentes; merendaba con pescado o marisco; y cenaba asados, empanadas, conservas, frutas y pasteles. Además, y para ayudarle a soportar el hambre, entre comida y comida se le permitía tomar jamón y dulces.

GÉNESIS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL DE ELDA

Consuelo POVEDA

Es objeto del presente artículo relatar someramente, pues un estudio profundo sería objeto de una monografía más elaborada, la historia de la Biblioteca de Padre Manjón. El pretexto no es otro que su próximo cincuentenario, concretamente en el año 2002, y para celebrarlo nos parecía oportuno recordar, no sin cierta ironía, su instalación «provisional» en lo que fuera el salón de actos de Las Escuelas Nacionales. Para efectuar el trabajo recurrimos tanto a fuentes orales (Don Alberto Navarro Pastor), como a las escritas (la publicación de esta época, la revista de periodicidad trimestral *Dahellos*).

La revista *Dahellos* en su número 3 fechado en marzo de 1950, en su sección *Consultorio Funambulesco del Duende del Monastil*, duende que encarnaba las opiniones de don Juan Mardona, unas veces, y de Alberto Navarro, otras, aludía a un artículo publicado en el Semanario *Idella* de 1926 en el que se daba cuenta de la concesión a Elda de una Biblioteca Popular. Y a modo de mofa «*El Duende*» opinaba que con libros como «*El Coyote*» y el de «*Efectos impagados*», los eldenses ya tenían suficiente. En el número de septiembre, y en la misma sección aparecía un poema sobre el asunto, que por su frescura reproducimos en la página siguiente.

Lo cierto es que la redacción de *Dahellos*, era consciente de la gran importancia de que Elda contase con una biblioteca pues la ciudad, con el transcurrir del tiempo, se había convertido en un núcleo industrial de gran movimiento en la que unos cuantos

empezaron a notar la falta de una biblioteca pública donde encontrar material de estudio y consulta los estudiantes, deleite los aficionados y un ambiente grato y culto todos. Así que la publicación se complacía en servir de portavoz, condensando la opinión de los eldenses en la de tres personas que, tanto por sus méritos personales como por la posición que ocupaban, representaban dignamente la de todos. Y, con la intención de que su voz fuese escuchada por el Ayuntamiento, la revista *Dahellos* planteó una serie de cuestiones a don Joaquín Campos Fernández, director del Grupo Escolar, a doña Dolores Maestre, directora de las Escuela Graduada de Niñas y a don Juan Terrades, ex-director de las Escuelas Nacionales Graduadas. Y en el número de diciembre de 1950, apareció en la revista *Dahellos* una encuesta pro-biblioteca pública municipal en la que podemos apreciar una colaboración entusiasta a dicho proyecto. Sin



¡Una billoteca!

Tía Salú, ¿no ha visto
imprentas en Dahellos
que ponen que dicen
que quieren ponernos
una billoteca
pa' los que lemos,
pa' que nos destruya
y nos desasneemos,
leyendo novelas
sin pagar un céntimo?

¡Qué ganas tenía
que algún impretero
se ocupara en cosas
dignas de este pueblo!

Allí habrá Coyotes
por cientos y cientos,
chistes baturricos,
cuentos y tebeos,
novelas de amores,
de crimen, de miedo,
novelas de esas
de la casa Pueyo,
que traen turbulencias
de asaltos negros
y caras que asustan
cuando nos dormimos,
y novelas grandes,
las de a real cá pliego,
de esas que te sacan,
cuando vas leyendo,

cá lágrima asina,
gorda como un gñevo.
¡Qué ideas han tenido!
¡Qué argullo pa' un pueblo
truer tanta cencia
pa' los que lemos!

El amo e mi fábrica,
que es hombre muy párito,
que se lee un Covote
en minuto y medio,
dice que a este paso
tos somos talentos;
¡porque hay que afijarse
lo que deprendemos
los grandes y chicos
leyendo, leyendo.
Yo, aunque de corria
no puedo leerlo,
a mi poco a poco
todo lo comprendo,
y por la letura
me quito hasta el sueño.

Por eso te digo,
Salú, que me alegro
que estos que a empujones
redartan Dahellos
se halgan proponio
que nos deslustremos,
que nos destruyamos,
que nos desasneemos.
¡No digan que en Elda
seamos alfabetos!

EL DUENDE DEL MONASTIL

embargo, todavía estaba por resolver un aspecto muy importante, la buena acogida o no del Consistorio, que era en definitiva el que tenía la última palabra. De modo que los redactores de *Dahellos* elaboraron un preciso informe en el que documentaban la necesidad de una biblioteca que fue remitido al Alcalde. Pieza fundamental de este engranaje fue la figura del Secretario Municipal, don Fernando Gil Merlo, a quien solicitaron concertar una entrevista con la primera autoridad municipal. Ésta no se hizo esperar, acordándose que se realizaría a principios del mes de enero de 1951, pero una indisposición física, causada por la gripe, del Alcalde, impidió que ésta se consumase hasta el día 12 de este año, fecha en la que una Comisión formada por don Joaquín Campos, don José Sedano, don Juan Madrona y don Alberto Navarro, acompañados por el señor Secretario Muni-

cipal, fue recibida por don José Martínez González, alcalde de la ciudad, quien mostró una acogida favorable a la iniciativa, asegurando que no pasaría mucho tiempo hasta que la misma se debatiera en Pleno. Y así fue: el 20 de abril del mismo año, se aprobó, por acuerdo plenario, la creación de la biblioteca.

Mientras tanto, la revista *Dahellos* no cejaba en su empeño y en el número del mes de marzo de 1951, coincidiendo con la proximidad del Día del Libro, 23 de abril, uno de sus asiduos redactores, *Pigmalión*, o sea don Juan Madrona, destacó que les hubiese gustado haber inaugurado la biblioteca para esa fecha. Sin embargo, y como dice el dicho popular, «las cosas de palacio van despacio». Todavía tuvieron que esperar que llegase el día 8 de junio para avanzar un paso hacia adelante con la constitución de la Junta Rectora de la Biblioteca Pública Municipal en el despacho del Alcalde, a las 19 h. de ese día. Dicha Junta estuvo formada del siguiente modo:

Presidente D. Maximiliano Aguado Bernabé.

Vicepresidente D. José Sedano Serna.

Tesorero D. Antonio Tamayo Maestre.

Secretario D. Alberto Navarro Pastor.

Bibliotecario D. Joaquín Campos Fernández.

Vocales: D. Antonio Porpeta Clérigo, D. Federico Jover Cerdá, D. José María Pons García y D. Juan Madrona Ibáñez.

En la Junta había representación de las entidades civiles, eclesiásticas y culturales de la ciudad, tales como Iglesia, Falange, CNS y Sociedad Cultural Casino Eldense.

Pronto comenzaron a trabajar, y de esa reunión surgió el acuerdo de que Alberto Navarro continuase los contactos necesarios con bibliotecarios de otros municipios, tales como Elche, Játiva y Burjasot en el desarrollo diario y la Escuela de Bibliotecarios de Barcelona para los aspectos más especializados y llevar a cabo un cambio de impresiones sobre algunos aspectos fundamentales, tales como el Reglamento que se adaptara a las necesidades y características de nuestra ciudad, así como también se plantearon cuestiones relacionadas con la partida presupuestaria destinada a la compra de libros y con la gratificación del encargado de la biblioteca. A lo que el Alcalde adujo que ese pri-

GÉNESIS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL DE ELDA

mer año la biblioteca no dispondría ni de partida ni gratificación. A pesar de estos escollos, los ánimos siguieron «*in crescendo*» puesto que los donativos bibliográficos fueron cuantiosos desde los comienzos, donativos que puntualmente aparecían reseñados en las páginas de la revista *Dahellos*. Sin embargo, los promotores sabían que ésa no podía ni debía ser la base de sustento de la futura biblioteca. De modo que, contando con el beneplácito de la administración municipal, se dispusieron a tramitar la documentación administrativa necesaria al órgano nacional correspondiente, el Servicio Nacional de Lectura, para la consecución del lote fundacional y la recepción de los sucesivos lotes con que este Servicio dotaba periódicamente a las bibliotecas, que fue remitido el día 4 de julio de ese mismo año y dirigido al Sr. Bodonau, director general de Archivos y Bibliotecas.

Con el verano ya avanzado, sólo quedaba esperar la acogida que obtendría el deseo local por parte de las altas instancias nacionales. Mientras tanto, los donativos de libros no cesaban, hasta el punto que en *Dahellos* ya no relacionaban los títulos, sólo aludían a los benefactores que los donaban. Por otra parte, había comenzado a gestionarse la compra del mobiliario destinado a equipar la biblioteca. Y después de algún tiempo, el 16 de noviembre de 1951, Paquito Vera, eldense afincado en Madrid por motivos profesionales y figura peculiar donde las haya, pues era algo así como «el cónsul de Elda en la capital de España», siempre dispuesto a colaborar con sus lejanos paisanos, comunicó mediante telegrama que se había aprobado el envío del Lote Fundacional de Libros con destino a la biblioteca de nuestra ciudad. Y a primeros de año, el 10 de enero de 1952, de nuevo Paquito Vera comunicaba que el envío de libros había salido de Madrid a través de la agencia de transportes Navarro. Como hemos dicho, las gestiones de compra de mobiliario ya habían dado comienzo, escogiendo el trabajo del carpintero Diego Serna, al que le fueron encargadas cuatro librerías de 2'40 x 2'20 y 28 cm. de ancho y cuatro mesas-pupitre de 2'40, con un coste total de 6.800 pts. Queremos destacar que en el contrato de compra se había especificado que el mobiliario debía obrar en poder del Ayuntamiento el día 15 de abril, descontándose por cada día de demora el 1% de la cantidad acordada.

Estando el Lote Fundacional de Libros en camino y dado el carácter del contrato (imaginamos que el carpintero trabajaría a destajo), sólo les quedaba fijar fecha de inauguración. Pero ésta todavía se hizo esperar un poco, pues aunque la pretensión, según la revista *Dahellos*, era que se inaugurase con proximidad a las fiestas de Moros y Cristianos, fecha en la que se contaba con 1.167 volúmenes, que por cierto se estaban preparando adecuadamente para su puesta en circulación, confeccionando los consiguientes catálogos o ficheros: alfabético de autores, sistemático de materias, fichero de artículos de revistas y sección bibliográfica local.

Pasaron las fiestas de Moros y Cristianos y volvieron a fijar fecha de apertura para el día 10 de septiembre. La revista *Dahellos*, en su número de septiembre, anticipó algunos datos acerca de los servicios que iba a prestar la biblioteca y forma de utilizarlos, especificando la gratuidad del servicio y explicando la organización de los catálogos-ficheros para facilitar las búsquedas a los potenciales usuarios.

Y por fin el día llegó. Tal y como estaba previsto el día 10 de septiembre de 1952 fue inaugurada esta institución con gran solemnidad asistiendo como mandaban los cánones, las autoridades civiles y eclesiásticas, dando así comienzo a la actividad de esta anhelada obra.

Para finalizar destacaremos que la ubicación provisional de la biblioteca en el salón de actos de las Escuelas Nacionales no fue del agrado de alguno de los componentes de la Junta de la Biblioteca, si bien es cierto que tampoco existía alternativa alguna, pues don Federico Jover vaticinó su carácter provisional-permanente, como si hubiese vislumbrado el futuro a través de una bola de cristal. Pues después de transcurridos casi cincuenta años la biblioteca sigue ocupando el salón de actos del actual colegio público Padre Manjón, si bien ahora mas deteriorada en su infraestructura, con escasez de espacio y un largo etcétera de despropósitos. Y, como hace cincuenta años, nuestra ciudad sigue mereciendo una gran biblioteca dado el notable aumento de usuarios de las cuatro ya existentes.

Pero no caigamos en el desánimo, no quepa el pesimismo en nuestros anhelos y quizás, con un poco de paciencia, algún día la Biblioteca Central Municipal sea una realidad.

REAL CÉDULA DE S.M. EL REY CARLOS III, SOBRE EL GREMIO DE ZAPATEROS

● Antonio PORPETTA ROMÁN Una vez terminada la presentación de esta grabación de mis poemas, y como segunda parte de este acto, déjenme que les sorprenda un poco hablándoles de un tema que no tiene nada que ver con la literatura ni con la poesía. Voy a referirme durante unos minutos, y por las razones que luego les revelaré, a un rey de España, uno de los reyes más simpáticos y «progresistas» de nuestra historia moderna.

Voy a hablarles de Carlos III, hijo de Felipe V, aquel primer monarca de la casa de Borbón por el que nuestros antepasados eldenses tan heroicamente lucharon y concedió a Elda el título de «fidelísima» y el privilegio de añadir una flor de lis a nuestro escudo en su memoria.

Carlos III, nacido en 1716, se convirtió a los 18 años, y por cesión de su padre, en rey de los territorios italianos denominados las Dos Sicilias. Después de 25 años de floreciente reinado en Nápoles, vino a España en 1759 para suceder a su hermano Fernando VI, muerto tras una temporada de locura y de melancolía. Contaba entonces el nuevo rey 43 años de edad, y el Marqués de Lozoya lo retrata como: «de inteligencia menos que mediana, testarudo

y tenacísimo en sus conceptos de la política y de la vida. Severísimo consigo mismo y bondadoso e indulgente con los demás. De recta conciencia y exacto cumplidor de sus deberes». Permanecería en el trono hasta su fallecimiento en diciembre de 1788, a sus 73 años y tras 29 de regir los designios hispánicos.

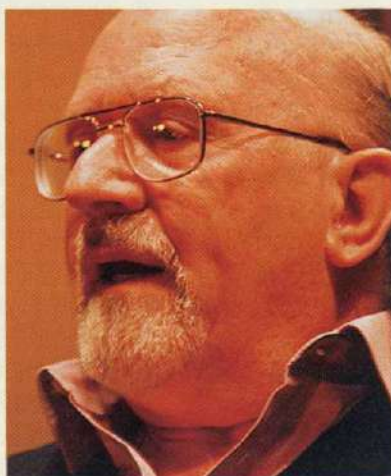
Carlos III comienza su reinado en pleno auge de lo que se ha dado en llamar «el despotismo ilustrado», movimiento renovador de una España anclada en el pasado, polvorienta en sus tradiciones seculares, que implicaba una apertura a las ideas europeas -ideas enciclopedistas de impulso a las artes, las ciencias y las técnicas, en parte precursoras de algunas de las que años después tomarían carta de na-

HISTORIA E INVESTIGACIÓN

turalidad con la Revolución Francesa de 1789, que tanto cambió la historia del mundo- para conseguir una modernización de nuestro país y una «puesta al día» de nuestras instituciones y de su anquilosado funcionamiento, procurando avances en la economía, en agricultura, en la industria, en la educación, en la cultura, es decir, en el mejoramiento general de la vida de los ciudadanos.

Para desarrollar sus ideas y propósitos, se enfrentaba el nuevo rey con graves problemas y trabas considerables. Por una parte, la inmensidad del imperio español de la época, con sus enormes dificultades para su control y organización económico-administrativa. No olvidemos que aquel imperio estaba formado nada más y nada menos que por gran parte de lo que hoy son los Estados Unidos (concretamente, territorios tan extensos como la Luisiana, California, Arizona, Nuevo Méjico, Tejas y La Florida); todo ello junto a Méjico entero; toda la América Central y la del Sur, excepto Brasil; Cuba, Puerto Rico, la parte española de Santo Domingo; y los archipiélagos de Oceanía.

Por otra parte, una estructura social anticuada e inamovible, poco proclive a cambios y redistribuciones, formada, de arriba a abajo, por: en primer lugar, una clase privilegiada (alto clero y alta nobleza), con sus exclusivos intereses y privilegios económicos y su ingente acumulación de tierras y de riqueza; en segundo lugar, la burguesía, formada por comerciantes e industriales con sus agrupaciones de mercaderes y sus cinco Gremios Mayores (joyeros, pañeros, lenceros, drogueros y especieros), formada por las clases medias: comerciantes menores, hidalgos, párrocos, funcionarios, propietarios rurales y profesionales liberales; en tercer lugar, los artesanos y labradores, formando estos últimos una extensa masa campesina caracterizada por su apego a viejas costumbres y a viejos sistemas de trabajo, y por su pobreza, tanto cultural como económica; y en cuarto lugar, las clases inferiores en las que, además de los esclavos, mendigos y gitanos, algunos historia-



Antonio Porpetta.

Foto: J. Cruces

dores especialistas en esta época incluyen a las gentes dedicadas a oficios manuales denominados «viles» o que inspiraban aversión, entre otros: taberneros, caldereros, peleteros, amoladores, esquiladores, carniceros, curtidores, herreros, sastres, carpinteros y ... zapateros. Enseguida veremos esto de los «oficios viles», pero adelantaremos que esta última clase social tenía absolutamente vetadas las posibilidades de acceder a la hidalguía ni a ningún otro privilegio nobiliario, y no podía ejercer cargos públicos ni empleos municipales de ningún tipo, según establecían muy

antiguas disposiciones legales.

Y junto a todo esto, algo que hay que valorar en su auténtico significado y que arrastraba de siglos anteriores: un culto superlativo al honor y un concepto peyorativo del trabajo, considerado como «deshonra legal», fruto a su vez de la mentalidad hidalga, cuyas ocupaciones específicas venían siendo, inmemorialmente, «iglesia, ejército, mar o casa real».

A pesar de todos estos inconvenientes, Carlos III, con la ayuda de personajes tan valiosos -verdaderos técnicos en sus respectivas especialidades- como Ricardo Wall, Esquilache, el marqués de la Ensenada, el conde de Aranda, el marqués de Grimaldi, Floridablanca, Olavide, Campomanes, Jovellanos, etc., nombres todos ellos a los que tanto debe la España moderna, consiguió buena parte de sus aspiraciones y reformas y pudo dar un giro de 180 grados a muy diversos aspectos económicos y sociales de nuestro país. Para su labor de modernización, el rey se impuso desde el primer momento tres tareas fundamentales, a cual más difícil: limitar el poder de la Iglesia (recuerden ustedes la expulsión de los jesuitas) y limitar el poder de los Gremios, pero conservando todo lo útil que esos tres estamentos pudieran aportar al bien común.

Entre otras muchas consecuciones de su reinado, podemos citar: los avances de la enseñanza primaria (la educación nacional empezó a ser considerada, por vez primera, como un servicio público), la

fundación de Colegios de Medicina y Cirugía, Escuelas de Veterinaria, Jardines Botánicos, Escuelas de Ingenieros, Escuela de Comercio, Sociedades Científicas, Museos, Gabinetes de Estudio; las grandes mejoras en la urbanización de ciudades, villas y aldeas; la implantación de nuevas industrias; la racionalización de cultivos y de explotaciones ganaderas; las repoblaciones de tierras con colonos españoles y extranjeros; la expansión económica; el reformismo gubernamental; la fundación del Banco de San Carlos, precedente del Banco de España; la creación, finalmente, de las Sociedades Económicas de Amigos del País, con objeto, según indicaban sus Estatutos, de «fomentar, perfeccionar y adelantar la Agricultura, la Economía rústica, las Ciencias y artes y todo cuanto se dirige inmediatamente a la conservación, alivio y conveniencia de la especie humana», sociedades que tantas aportaciones realizaron y tanto colaboraron al desarrollo de las ideas «ilustradas».

No vamos a juzgar aquí otros aspectos del reinado de Carlos III -que tuvo también, como es natural, sus errores y fracasos, por no hablar, por ejemplo, de su política exterior, en la que, con frecuencia, no anduvo muy acertado-, pero sí diremos que todas esas consecuciones, y citamos aquí de nuevo al

marqués de Lozoya, «crearon un clima de convivencia en ideales comunes y esfuerzos colectivos, cuya eficacia se prolongó, de manera más esporádica, a lo largo del siglo XIX». No es mal resumen para una España deteriorada por los vientos de la historia, que había perdido su antiguo europeísmo, y que ahora intentaba un acercamiento a la modernidad recobrando la fe en sí misma y en sus posibilidades, aunque, con el paso del tiempo, todavía le aguardaban muchas penurias, muchos retrocesos y muchos sufrimientos de toda índole.

Nos hemos referido antes a los «oficios viles» y al «concepto peyorativo del trabajo», ideas que tienen bastantes puntos en común, como enseguida vamos a ver. Para ello, no hay que olvidar la perspectiva histórica: no podemos juzgar actitudes o mentalidades de hace más de 200 años con nuestra actual visión de las cosas, después de tantas evoluciones sociales y políticas que han tenido lugar en el mundo desde entonces.

El hecho es que en España, y durante varios siglos, hubo una auténtica obsesión por la hidalguía y por lo que se denominaba «limpieza de sangre», fraguada a lo largo de tantos años de Reconquista y luego de convivencia entre cristianos -como casta superior- y moriscos y judíos -como razas inferiores

REAL CEDULA DE S. M.

Y SEÑORES DEL CONSEJO,

POR LA QUAL SE DECLARA, QUE NO SOLO el Oficio de Curtidor, sino tambien los demas Artes y Oficios de Herrero, Sastre, Zapatero, Carpintero y otros á este modo, son honestos y honrados; y que el uso de ellos no envilece la familia; ni la persona del que los exerce, ni la habilidad para obtener los empleos municipales de la República en que están acreditados los Artesanos ó Menestrales que los ejercen; con lo demás que se expresa.



EN MADRID.

En la Imprenta de DON PEDRO MARIN.

DON CARLOS, POR LA GRACIA DE DIOS, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos-Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Cádiz, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeirias, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra-firme del Mar Océano; Archiduque de Austria; Duque de Borgoña, de Brabante y de Milan; Conde de Alsacia, de Flandes, Tirol y Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina, &c. A los del mi Consejo, Presidente y Oidores de mis Audiencias y Chancillerías, Alcaldes, Alguaciles de mi Casa y Corte, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes Mayores y Ordinarios, así de Realengo, como de Señorio, Abadesgos y Ordenes, Directores é Individuos de las Sociedades Económicas establecidas, y que se establecieron en estos Reynos, y demas Jueces, Ministros y personas de qualquier calidad, estado y condition que sean, tanto á los que ahora son, como á los que serán de aqui adelante, á quienes lo contenido en esta mi Real Cédula toca ó tocar pueda en qualquier manera: Subed, que por la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid con motivo de una memoria presentada en ella, se hizo una representacion al mi Consejo en primero de Agosto del año pasado de mil setecientos ochenta y uno,

A 2

ma-

manifestando el infeliz estado en que se hallan los Curtidores del Reyno de Galicia en medio de sus muchas fatigas; la buena disposicion que tienen para ejercer el curtidor uniéndole con la labranza; los muchos socorros que les ofrece este ramo: que sin embargo de ello es generalmente abandonado este oficio en el mismo Reyno, en donde no se hace Comercio alguno activo de los Curtidores, pues la mayor parte de las pieles que se gastan en el estran curtidias de otros Países, despojando así á aquél del dinero que es tan necesario: que no pende esto de ociosidad de los naturales, sino del desprecio en que se tienen las Artes é industria, porque su genio es sumamente laborioso, y no perdonan fatiga alguna para asegurar su subsistencia, deduciéndose claramente que las verdaderas causas de donde procede el abandono de los Curtidores son del error comun, producido de que por las Constituciones Gremiales, Estatutos de las Hermandades, Comendades, ó Cuerpos se excluye como viles á los que profesan el oficio de Curtidor, y á sus descendientes, y por tanto dexan de aplicar á sus hijos á su mismo oficio por no incurrir en la nota é infamia en que están, de lo qual disminua su ruina; y que teniendo la Provincia de Galicia las mejores proporciones para fomentar este ramo de Comercio con el que se logrará dar ocupacion á sus naturales, y evitará la extraccion de crecidos caudales que se sacan por los Curtidores, la habia parecido conveniente ponerlo en noticia del mi Consejo para que, removiendo los obstáculos que han embarazado su progreso y adelantamiento, me comitiese seriamente declarar, que á los Curtidores, Zurzadores, y demas Artesanos de qualquier oficio que sean, se tengan en la clase de personas honradas, y que sus

off-

Y con este propósito -que hemos de calificar como auténticamente revolucionario para su época, pues rompía con moldes secularmente establecidos y aceptados- dictó su Real Cédula de 18 de marzo de 1783 por la cual se declaraba, y cito textualmente, *que no sólo el Oficio de Curtidor, sino también las demás Artes y Oficios de Herrero, Sastre, Zapatero, Carpintero y otros a este modo, son honestos y honrados; y que el uso de ellos no envilece la familia, ni la persona del que los ejerce, ni las inhabilita para obtener los empleos municipales de la República en que estén vecindados los Artesanos que los ejerciten*

Es decir que, a partir de ese momento, y gracias a esa real disposición, quienes ejercieran esos oficios -entre los que, como han visto, figura específicamente el de zapatero- podrían aspirar a la hidalguía, podrían ejercer cargos de gobierno municipal (reservados hasta entonces a nobles e hidalgos) y obtenían por y para siempre carta legal de ciudadanos con todos los derechos correspondientes a su estado y condición. E incluso los hidalgos que en lo sucesivo pasaran e ejercerlos -no todos los hidalgos eran potentados, ni mucho menos- no perderían su carta de hidalguía, a diferencia de lo que antes ocurría. Una Real Cédula que establece, por tanto, un avance social importantísimo al que todos los historiadores se refieren destacando su carácter fundamental, como rompedor de viejos prejuicios, de viejas tradiciones superadas, de viejas injusticias. Nos imaginamos que el buen Carlos III tuvo que enfrentarse a muchas presiones y vencer muchas resistencias hasta llegar a la firma de esa disposición.

¿En qué podía afectar a la Elda de entonces el contenido de esa Real Cédula? Desde luego, no de un modo general: la mayoría de los 3.500 habitantes que, según nos dice Alberto Navarro en su insuperable *Historia de Elda*, componían su población hacia finales del siglo XVIII, se dedicaban a la agricultura, vivían, más o menos directamente, de la tierra. Existirían, como es lógico, gentes dedicadas a esos oficios «viles», tan necesarios para la vida cotidiana; y a todos esos artesanos, a título individual, sí les afectaría, y de manera enormemente positiva, la «liberación» legal que suponía el decreto del Rey. Recordemos que la industria del zapato no se inició hasta mediados del siglo XIX, y no alcanzó un desarrollo digamos «organizado» hasta

finales de ese siglo y comienzos del actual.

Pero a pesar de todo, si los zapateros «de silla» son los antecesores de quienes trabajan en nuestras actuales y modernas fábricas de calzado -y así ha quedado reconocido en el monumento que recientemente, y con toda justicia, se les ha dedicado-, aquellos «zapateros» del siglo XVIII vienen a ser a su vez los abuelos de esos antecesores, los lejanos pioneros de lo que con el tiempo iba a constituir el *modus vivendi* general de nuestro pueblo. Creo que, por sentido de agradecimiento histórico, Elda, pueblo zapatero por excelencia, no puede olvidarlos ni puede olvidar que por esa Real Cédula de 18 de marzo de 1783, firmada por un Rey justo y bienintencionado, los zapateros obtuvieron para siempre y de manera expresa una dignidad ciudadana de la que nunca debieron carecer.

Después de este largo comentario, casi una «mini-conferencia-», muchos de ustedes estarán pensando: «El poeta se nos ha vuelto loco; cómo se ve que los años no pasan en balde: ha empezado presentándonos un Compact Disc con una grabación de sus poemas, y acaba hablándonos de Carlos III, de su reinado, de su política social, de una Real Cédula... ¡Qué cosas!».

Pues no, todavía no me he vuelto loco, aunque todo se andará. Sucede, sencillamente, y por eso esta larga introducción, que yo tengo un ejemplar, auténtico y original, perfectamente conservado, de esa Real Cédula de 18 de marzo de 1783. Aquí está. Y sucede también que he pensado que su destino mejor era mi pueblo, para que en él permanezca y se guarde, como testimonio de un tiempo pasado, de una situación quizás incomprensible pero real, de una dignificación del trabajo humano concretada en la figura, tan entrañable para todos nosotros, del viejo zapatero.

Este documento, con sus 215 años de antigüedad, cuyo valor material no es tanto como su significado histórico y su aportación sentimental a una parte importante de nuestra lejana memoria, junto al hecho de haber sido expresamente buscado y conseguido por mí para este fin ... deja de ser mío en este mismo instante para ser propiedad del pueblo de Elda, a quien, en la persona de su Alcalde, como principal representante, hago entrega y quien decidirá, con su mejor criterio, su destino definitivo.

El Megalitismo en Andalucía Occidental

LOS DÓLMENES DE EL POZUELO-ZALAMEA LA REAL (HUELVA)

● Manuel DOMÍNGUEZ CORNEJO Desde finales del Neolítico se produce en la
● Antonio DOMÍNGUEZ PÉREZ DE LEÓN península ibérica, y también en otros
puntos de Europa, un fenómeno cultural de gran envergadura por la cantidad de
yacimientos arqueológicos que ha legado. Nos estamos refiriendo al megalitismo.

Se conoce con este nombre al conjunto de enterramientos colectivos realizados en sepulcros cuyo denominador común es el haber sido contruidos con enormes piedras o losas; de ahí su denominación: (mega=grande, litos=piedras). Son los comúnmente conocidos como «dólmenes».

La provincia de Huelva, por su situación dentro del sudoeste peninsular, va a ser el solar sobre el que va a originarse con gran profusión el fenómeno dolménico con unas especiales características que lo van a dotar de unas señas de identidad propias y bien diferenciadas. Hallamos en esta provincia dos fases en el proceso de construcción de dólmenes que son los que van a evolucionar hacia los distintos tipos que posteriormente vamos a encontrar. Una primera *facies* claramente neolítica, en la que los monumentos funerarios son de galería y en los que se utilizan ortostatos (grandes piedras) tanto en el

perímetro como en la cubierta y una segunda *facies* calconítica en la que podemos encontrar sepulcros de falsa cúpula. Entre ambas fases y como nexo de unión entre ellas encontraremos numerosas hibridaciones y variaciones.

En una zona de la provincia de Huelva que en una buena parte coincide con el actual término municipal de Zalamea la Real confluyen una serie de factores que propician una especial profusión de yacimientos megalíticos -sólo en Zalamea se han localizado hasta el momento 49 sepulcros-. En general todos ellos responden a las características comunes del resto de la provincia. Sin embargo, en un área pequeña de este término se producen unas condiciones que dan lugar a un tipo de enterramiento que es exclusivo de este lugar no dándose en ningún otro de Huelva ni de la península. Son los Dólmenes de El Pozuelo.



Dolmen nº 7.



Vista de una de las cámaras del dolmen nº 7.

Se trata de un conjunto de 13 dólmenes que recibieron ese nombre por hallarse en las proximidades de esa aldea de Zalamea y que desde su descubrimiento por Cerdán en 1945 despertó el interés de la comunidad científica por varios motivos, entre ellos las características constructivas, por su distribución y relación entre ellos y por su proximidad con la mina prehistórica de Chinflón. Todos ellos, excepto

los números 10, 11 y 12, se encuentran en un relativo buen estado de conservación, pudiéndose apreciar el túmulo y la distribución de sus cámaras.

La primera de sus especiales características es el diseño de su construcción. En la mayoría de ellos se aúnan en el mismo túmulo más de una cámara que no responde a una estructura determinada, siendo su distribución irregular y el número de ellas aleatorio, encuadrándose en el tipo del dolmen de galería en forma de V con varias cámaras anexas. Es el caso de los dólmenes 1, 2, 3, 5, 6, 7, 12 y 13. La peculiaridad de estos monumentos consiste en que a la cámara se le fue añadiendo otras, partiendo desde el corredor, según las necesidades del pueblo que los construyó. Aunque éste es el tipo más común encontrado en el área única, caso del 8 y 9, así como un gran dolmen de galería única con piedra de sostén central, el número 4. Todos estos dólmenes se encuentran concentrados en tres grupos. El primero de ellos formado por los números 1, 2, 3 y 4; el segundo grupo lo constituyen los números 5, 6, 7, 8 y 9 y el tercero, los números 11, 12 y 13.

Las primeras preguntas que cabe hacerse después de todo lo expuesto en relación con el fenómeno megalítico en general y con los dólmenes de El Pozuelo en particular son: ¿Cómo vivían los pueblos que construyeron este tipo de sepulcro? ¿Cuál era su organización? ¿Qué creencias les llevó a realizar tales manifestaciones funerarias?

Por lo que podemos deducir de todo lo estudiado, estamos asistiendo al primer gran cambio en la estructura social y religiosa de la prehistoria en Zalamea. A finales del Neolítico, la religión y los rituales religiosos, entre los que ocupan un destacado lugar



Dolmen nº 1.



Hachas y azuelas halladas en los dólmenes de El Pozuelo.

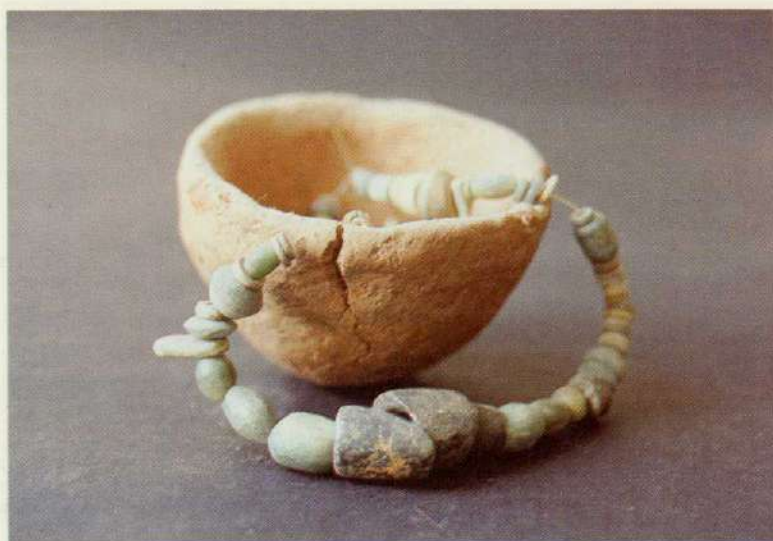
los funerarios, toman relevancia como un factor fundamental en la organización y la estructura social de aquellos pobladores. Nos encontramos por primera vez en nuestra historia con un monumento funerario cuya significación va más allá de esa función, un lugar en torno al cual se concentran una serie de manifestaciones religiosas que lo convierten en un símbolo emblemático para el pueblo que lo

construye. No es un lugar levantado con una finalidad exclusivamente funeraria; se trata de un monumento religioso en el que la inhumación es un elemento más de las creencias que llevaron a sus constructores a levantarlo. Por establecer una comparación, encontramos un paralelo, salvando las distancias y con las diferencias lógicas que establece el tiempo y las distintas creencias, en nuestras iglesias de la Edad Media y Moderna, en las que además de ser lugares en los que se rinde culto a Dios y se celebran ceremonias religiosas, se entierran en su interior los cadáveres de los creyentes.

En lo que respecta a su organización, al no haberse excavado ningún *hábitat* de los que utilizaron estos pobladores, los únicos elementos de los que podemos deducir nuestras conclusiones son: el lugar de habitabilidad, la ubicación y disposición de los enterramientos y el propio monumento megalítico, así como el ajuar funerario encontrado.

Probablemente se trata de grupos poblacionales dispersos que ocupan y aprovechan zonas fértiles y que, en el caso de El Pozuelo, estarían situados al norte de los enterramientos. Desconocemos la relación que pudiera existir entre estos grupos poblacionales, que a su vez estarían divididos en clanes familiares. Estos clanes familiares estarían sujetos a una unidad superior en la que

unos de los elementos o factor común serían los cultos religiosos o funerarios. Cada grupo dispone de un lugar que podemos denominar sagrado, en el que construyen sus monumentos funerarios, lugar que se constituye como marca territorial e identificativa de dicho grupo. En él, es muy posible que cada dolmen correspondiese a un clan determinado; el número de ellos estaría en relación directa con la densidad de ca-



Cerámica y collar de cuentas. Ajuar funerario de los dólmenes de El Pozuelo.



Placas de esquisto representando ídolos. Dólmenes de El Pozuelo.

da grupo poblacional, así pues el número de clanes que lo componen determinaría el número de dólmenes, y el de personas que forman el clan el tamaño y envergadura del monumento funerario. Dentro de cada clan se extrae una organización social en la que uno de sus miembros ostentaría una jefatura sobre el resto tal como se desprende del hallazgo de un bastón de mando en el dolmen número 4. Igualmente se

deduce la existencia de una figura que ocuparía un liderazgo religioso común a todos ellos. En determinados momentos claves para la vida de estos grupos, los clanes se aglutinarían en torno a esta figura como podrían ser en algún tipo de manifestación religiosa o cultural como la construcción de un dolmen.

La economía de estos grupos en general y de los clanes en particular se basaría en una agricultura de subsistencia y en una ganadería pastoril que quizá tuviese mayor relevancia, aprovechando las especies autóctonas, como podrían ser cerdos y cabras principalmente. Así mismo, la caza y la recolección de frutos silvestres ocuparían un papel destacado. Hay otro elemento más que no debemos olvidar: se trata de la minería, que tendría un papel significativo, no tanto porque las actividades mineras supongan un aspecto fundamental de su economía sino por las implicaciones sociales y culturales que conlleva. Presumiblemente estos pobladores no eran metalúrgicos, las actividades mineras suponían tan sólo una actividad complementaria que realizaban en determinadas épocas del año inducidos por otros pueblos con los que comerciaban pero que viene a explicar la concentración poblacional en esta zona así como su continuidad en el tiempo. Probablemente el clan no ocuparía de manera permanente un lugar, sino que realizaría unos desplazamientos, que si bien eran limitados, vendrían

impuestos por el agotamiento de los recursos de los lugares que habitaban.

Fruto de su propia importancia, del interés que despierta en la comunidad científica y en un amplio sector de la comunidad local ha sido la elaboración de un proyecto para la creación de un parque megalítico que dé aprovechamiento turístico y cultural a estos yacimientos.



El siglo del las siglas

Algún día, en los manuales
informáticos de la Historia,
seremos el siglo de las siglas
(el S de las SS)
poblado por unos jibaros
que ocultaban sus masacres
reduciendo las palabras.

Un nuevo orden

Bastaría simplemente
con coger una pistola
-de agua, claro-
y atracar un banco
-de semen, desde luego-
para clonizar -con blanco
guante, por supuesto-
un Nuevo Mundo
de presos inter pares.
Un Dorado, sin falsas
esperanzas genitales.
Como hicieran tantas veces
nuestros más ilustres antepasados.

Sin Título

Para graduarse
todo alumno deberá,
como mínimo, saber:
Sumar su mar.
Restar sin retar
para multiplicar
su baladí
visión.

Metaencuesta

Aunque era muy fácil la pregunta
-¿es para usted fiable alguna encuesta?-
el sociólogo, desquiciado, apunta:
el cien por cien, ni sabe ni contesta.

Poemizador automático

Cuando llegue
a los dos puntos
fije
su mirada
en el objeto más pequeño
de su alrededor.
Reflexione.
Y escriba
su mensaje
en tetrástrofos monorrimos
para así saber
que usted
también existe.

RAFAEL CARCELÉN GARCÍA

CINCO POEMAS DEL LIBRO INÉDITO: *SIN RECETA MÉDICA*

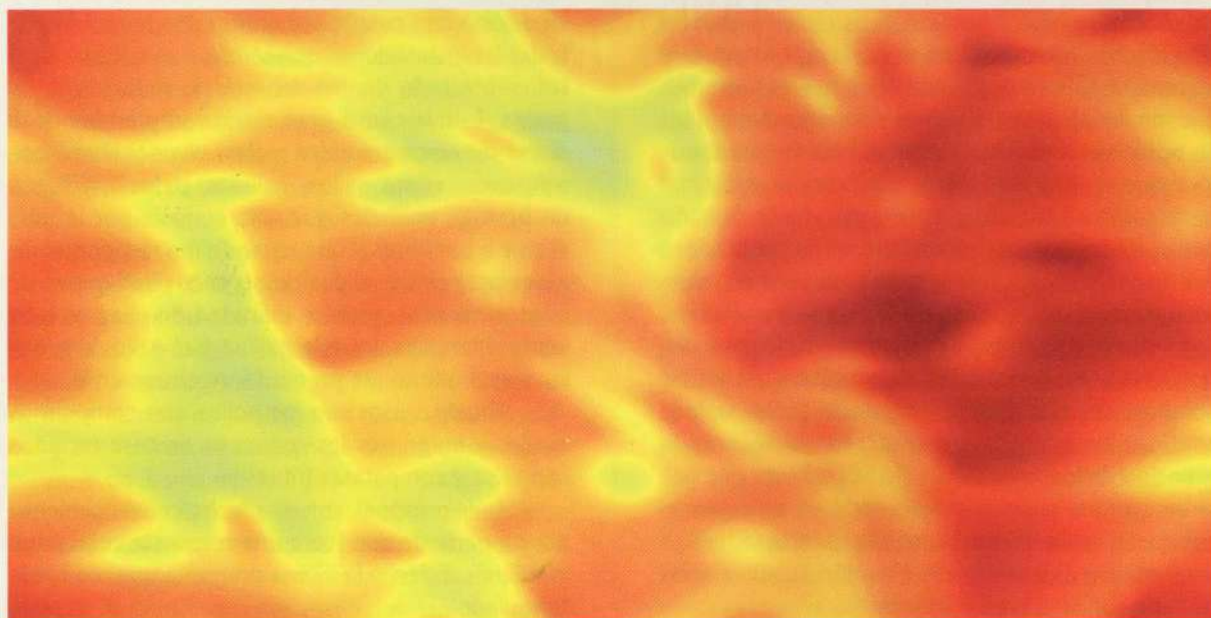
INCENDIO

Vicente ALARCÓN JUAN

Ha pasado un cierto tiempo. Nos encontramos en pleno verano y nunca mejor dicho, están haciendo días de un calor bochornoso y para más desgracia incrementado con un aluvión de incendios forestales.

En un semicírculo cerrado en sus extremos por las orillas del mar Mediterráneo, en el cual nuestra ciudad Elda está casi ocupando el centro, nuestros bosques arden. Por suerte, ya que no somos muy ricos en estos dones que la naturaleza ofrece, no se queman todas las arboledas, pero sí un gran porcentaje de las mismas y algunas otras zonas separadas por muchos kilómetros de distancia. En una palabra, hay bosques y matorrales que-

mándose por toda la Comunidad Valenciana y parte de las de Murcia y Albacete. Algunos pueblos han tenido que ser desalojados, incluso corren rumores de que se han producido muertes. Yo, entrada la noche, estoy ante el televisor sentado en mi butacón pegado al balcón, escuchando la narración y la visión de tales catástrofes y al mismo tiempo sufriendolas. Pues, mirando a través del amplio ventanal abierto hacia los montes, percibo en la lejanía



como un resplandor rojizo; es más, casi, rodeándome veo y noto palpablemente que el aire que respiro está recalentado, poblado de minúsculas cenizas, mezclados con ellas diversos olores a quemado y humos que la enturbian como si fuera una neblina falsa, provocándome tal angustia y sofoco que por unos momentos me encuentro molesto y creo asfixiarme. Cierro los ojos ante tal espectáculo intentando reponerme y cuando los abro mi mirada queda fija sobre el ídolo que tengo colgado en la pared. Al lado de él está el esenciero de barro con el frasquito de esencia que compré en aquella reciente «Semana Ecológica». ¿Quién iba a pensar entonces que ocurrirían con tal intensidad y cantidad tantos incendios? Por mi mente pasa la idea de ambientar el salón estrenando el esenciero. Vierto de la botellita un poco de esencia en la parte destinada a ella, en la otra enciendo con el mechero la velita. Cuando la llama se consolidó, coloqué encima la parte móvil del esenciero con la esencia y me dispuse pensativa y pacientemente a esperar su resultado. Mi mirada se quedó clavada en el ídolo y mi cabeza recordó el momento y las circunstancias de su compra. Fui dejando volar mi imaginación, mientras iba sintiendo que a mi alrededor se creaba un entorno que sustituía agradablemente al que anteriormente estuvo a punto de ponerme enfermo. Era delicioso, se desprendían unos efluvios y fragancias que impregnaban la habitación con unos olores y aromas refrescantes. Mi respiración se hacía más tranquila y placentera ante estos vivificantes y suaves perfumes que me llenaban de tal calma y sosiego que, influido por la visión del ídolo, este estado me predispuso a que el acto anterior de purificación ambiental fuese como ofrecimiento ritual pagano a un extraño y misterioso Dios representado, en la habitación, por una talla de madera y pedirle que por su intercesión aplacase los fuegos y los vientos malignos, convirtiese estos últimos en favorables, nos mandase lluvias y ayudados con los esfuerzos y afanes de hombres de buena voluntad, entre todos, unidos por una última súplica desesperada, consiguiéramos la extinción de los incendios... No sé las horas que pasaron, porque cuando me desperté ya había amanecido. La velita del esenciero y la esencia se habían consumido y a pesar de ello el ambiente aún estaba cargado con su aroma y frescor.

Quiero creer que por dicha ofrenda o sacrificio incruento a un Dios desconocido, lo fue asimismo para el Dios en el que yo creo, aunque en aquella noche mágica en un principio no pensé en Él. Luego, al despertarme por la mañana sí lo hice partícipe único de mi homenaje y de mi deseo de que los trágicos incendios que nos causaban tantas pérdidas, sinsabores y desgracias desaparecieran lo antes posible. Así ocurrió unos pocos días después de que guardabosques, bomberos y voluntarios, trabajando intensamente con grandes esfuerzos, lo consiguieran. Quiero creer que por mis súplicas y peticiones, unidas seguramente a las plegarias y rezos de muchas personas más, dejaron de ser noticia los incendios.

Unos días más tarde, comentando con mi nieto, un chavalín de cinco años inteligente y despierto como el que más, lo referente al cuidado que debíamos observar cuando vamos de excursión al monte para evitar que se queme, se deteriore o ensucie, me recordó que de nuestra visita en la semana ecológica guardaba los libritos y folletos que repartían con consejos para cuidar la naturaleza. Entre ellos había algunos referentes a las normas que se tenían que realizar para salvaguardar los árboles y plantas que pudieran existir en los montes. Los leería con atención y haría caso de sus recomendaciones. Me acordé cómo se maravilló y emocionó con cuanto vio en nuestro recorrido por todas las instalaciones que se ofrecían a los visitantes, sobre todo dentro del modelo reducido de la granja. Ésta le causó gran alegría sorprendiéndose al ver de cerca animales reales, vivos y libres, correteando, como gallos, gallinas, patos... y hasta un borrico; animales que sólo conocía por la tele, el cine o sus libros y que, cuando iba respondiendo a sus preguntas salidas de su curiosidad y sed de conocimientos, y entre infinidad de ellas, le hice ver la diferencia entre la gallina y el gallo, al señalar a este último me preguntó ingenuamente:

- Abuelo, ¿esos son los pollos que compramos asados y luego nos los comemos en casa rociados con salsa y con patatas fritas?

- Sí, -le respondí, con no mucho convencimiento por mi parte de que fuera una respuesta con la que quedara satisfecha la última pregunta que me había formulado.

¿DÓNDE ENTERRARÍAN EL DEDO CORTADO DEL TÍO HUGO?

● José Luis BAZÁN LÓPEZ Bien sabe Dios cuán accidentado había sido el peregrinaje, cuántos suelos había cubierto aquella vieja alfombra que permanecía enrollada e inútil en el hall de la casa de Claudiano: no había habitación de tamaño suficiente para ella y cortarla le parecía a su nuevo heredero un crimen.

Recordaba Claudiano haberla pisado por última vez, durante los años cincuenta, cuando descansaba sobre el salón-comedor del piso de la madrileña calle Postas donde pasó sus postreras brevedades su tío Hugo, a quien había correspondido la sudicha en una de las innumerables partijas hereditarias que, misteriosamente y desde geografías y apellidos diversísimos, habían convertido la casa de Postas en lóbrega almoneda de la gloria antigua. Tal era la prodigalidad de las hijuelas que una muchedumbre de muebles descabalados inundaba el hogar reduciendo el espacio habitable a escasas cavernas practicadas en su espesura. Buen número de habitaciones habían sido clausuradas y convertidas en almacén de chirimbolos y armatostes. Y un aroma rancio a polvo inevitable «*pregnaba*» el domicilio. El pasillo que debía abrir camino hacia los aposentos interiores estaba prácticamente cegado por una irregular ristra de antigüedades, armarios de limoncillo, bargeños, arcones, escritorios, tapices y retra-

tos de monos próceres con marcos de «*orificia*» o labrados en «*papier-marché*». Una librería isabelina ceñía con plumiza majestad el recodo final, mostrando una vetusta colección de la enciclopedia Espasa.

Claudiano tenía ocho años cuando, las tardes de los jueves, visitaba con su madre el oscuro museo de sus tíos. Invariablemente, tras atravesar la jungla del pasillo, Rósula, la mamá de Claudiano, llegaba al salón-comedor protestando con risas nerviosas por el moratón canalla que, a buen seguro, le saldría a causa del porrazo que se acababa de propinar contra la cantonera del bargeño enemigo. Con la excepción de don Hugo y su esposa, Bibiana, dos cominos consumidos por la edad, los visitantes, si querían salir indemnes de la aventura, debían atravesar el alevoso pasillo de canto y con rigurosa concentración.

En el salón-comedor, invariablemente, don Hugo les recibía con una cortés sonrisa desde su silla. Claudiano se esforzaba en recordarlo de pie, pero no podía.

Don Hugo siempre estuvo así, como una antigüedad más, depositado en una silla labrada, de respaldo de terciopelo, frente a una mesa de nogal enorme, sembrada de papeles, cortaplumas, tinteros, plumiers y otros objetos de escritorio. Trabajando. Escribiendo siempre, minuciosamente. Deslizándose por el filo del cartabón (apoyado sobre la hipotenusa de la escuadra), un lápiz faber blando iba trazando paralelas rigurosamente equidistantes sobre el blanco papel de barba. Luego, primero «a lapícer» tenue y más tarde ciñendo el plumín sobre el débil garabato a carboncillo que servía de guía, iba rellenando las hojas con su tembloroso pulso de elegante caligrafía. Don Hugo era el último monje amanuense y había empeñado sus postreros años en una obra ingente, incatalogable, que había de coronar su vida. Con la perseverancia que caracteriza la devoción auténtica, cada seis meses su fina silueta de hidalgo viejo concluía un nuevo volumen que era delicadamente encuadernado a la holandesa o media pasta, con lomera bermeja, forro de tela y guardas de fantasía.

En aquellas largas veladas de los jueves debía mantenerse el niño sobre el duro asiento de una silla de palo de rosa, en respetuoso silencio mientras, acabado el té, los mayores jugaban a los naipes. Regularmente era el pinacle su distracción favorita. Pero si Rósula intervenía en la partida, los ancianos anfitriones condescendían a la canasta o el tresillo dada la incapacidad y origen humilde de la mamá de Claudiano para más distinguidos pasatiempos. Sólo pasados algunos meses, cuando se consideró prudente y conforme a su desarrollo develar al sobrino los secretos de las cartas se incorporó a Claudiano a la timba, eligiendo para la ocasión un juego de menor ambición y señorío: el julepe. Pero entre tanto, mientras ese honor no fue concedido, el mequetrefe era aherrojado sobre la silla con admoniciones de buen comportamiento y un puñado de cuartillas en blanco para que con la escuadra y el cartabón se entretuviese en el ejercicio de las rectas paralelas. Tal vez la china tortura de aquellas horas forzó a Claudiano a la ocurrencia de presentarse un buen día con un montoncito de fichas bajo el brazo. En las escasas líneas de aquellas pequeñas cartulinas, con letra enorme y desigual, había comenzado el crio, ante la inquietud de la madre, su primera novela y, consecuentemente, sus eternos problemas. *Claudianito en el internado*, que así se titulaban las cartulinas, era una cruenta y sombría

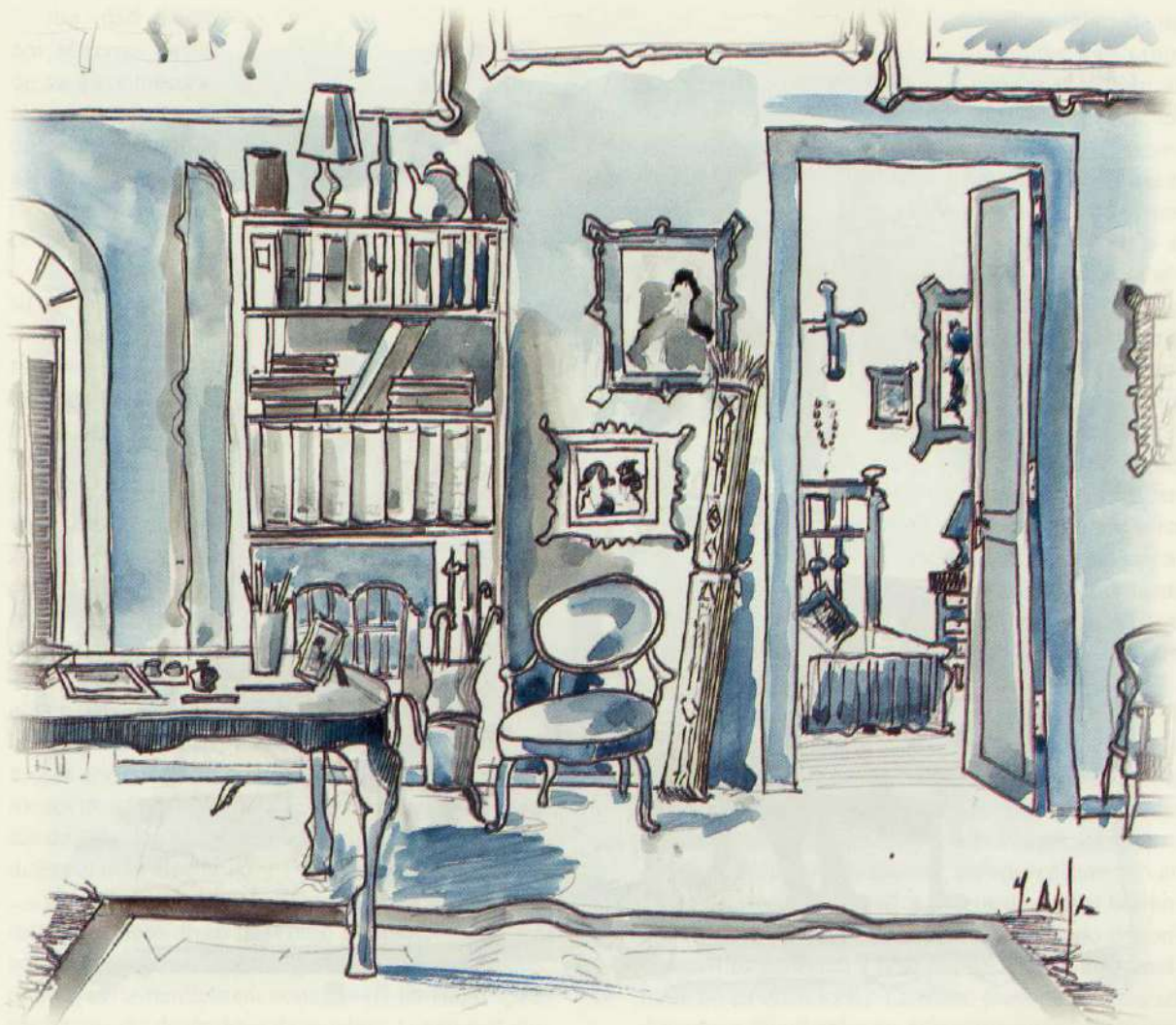
narración de colegio, preñada de crímenes grotescos, sórdidos, y charcos de sangre infantil que teñían de púrpura la inmaculada nieve de un paisaje imposible. Traviesos chiquillos de prietas y pícaras carnes arañadas por la maleza en su corretear excesivo y su alegría culpable, víctimas de la tentación del juego, encontraban merecida muerte en los tenebrosos bosques que rodeaban el internado a manos de víboras justicieras o tueritos y sucios vagabundos, ex presidiarios que cortaban mendrugos con navaja cabritería y masticaban ruidosamente sin cerrar la boca, sin urbanidad alguna, semiocultos en frondosidades prohibidas. Don Hugo posaba a Claudiano sobre sus rodillas y leía en voz alta, con fervor fingido, pero suficiente, las fichas rellenas por el niño desde el último jueves. Acabada su lectura corregía la desigual inclinación de las «tes», discurría sobre la inutilidad de ese palo horizontal que quería adornar, con singular ordinariez, el rabo de las «qus», alababa los adelantos sintácticos y cálamo corriente de la criatura y le enseñaba tres o cuatro palabras nuevas, tales como «alcatifa», «linaje» o, incluso, «televisión». Luego, mientras ellos echaban una mano de tresillo, Claudiano de enfrascaba en la continuación de su terrorífica novela tomando el lápiz entre sus dedos del único correcto modo, «erguido» sobre la silla de palo de rosa y sin poner los codos sobre la mesa.

(Años más tarde, ya hombrecito, espoleado intelectualmente por la Escuela Lingüística de «Copenagüe» y los formalistas rusos, Claudiano publicaba en una revista especializada una aproximación semiológica al código heráldico cuyo título rezaba: *Signo, Historia y Clase Social: el Blasón, un sistema simbólico de doble articulación. Jerarquía y Democracia en el Lenguaje*. El estúpido trabajo alcanzó notable éxito en los círculos estructuralistas franceses y fue ampliamente reseñado por Roland Barthes en la revista *Tel Quel*).

Claudianito aguardó desde entonces las vespertinas visitas de los jueves con mal disimulada ansiedad. Pero el magisterio del hidalgo no había de durar mucho tiempo. Dos semanas después el rumbo de las veladas cambió súbitamente.

Hacia temporadas que don Hugo venía quejándose de un callo caprichoso y mal educado que reclamaba pertinazmente su atención desde el dedo meñique del pie izquierdo. No había alpargatas ni calcetines que socavaran la moral de la rozadura. Ni la *gilette* que, sobre el juanete, manipulaba regularmente doña Bibiana

¿DÓNDE ENTERRARÍAN EL DEDO CORTADO DEL TÍO HUGO?



lograba liquidar el infame huésped: no bien extraía, enteriza, la dureza, dejando un cráter, profundo y ventilado, que hacía las delicias del viejo, el espolón se apresuraba a multiplicarse, realojándose con presteza en el recién deshabitado domicilio. Y así, una vez, callo va y callo viene, las esperanzas de don Hugo de acabar con tan antojadizo inquilino por medios pacíficos se esfumaron.

Así las cosas, sin mediar aviso, se presentó don Hugo en la consulta de su pedicuro. Con enardecido discurso explicó al galeno, larga y apasionadamente, la magnitud de su dolencia, lo prolongado de la batalla, la duración del asedio, la insidiosidad de aquella porquería

sinvergüenza, tumor inmundo, excrecencia tegumental indigna de un hidalgo, buba de vagabundo, infame turba de nocturnos ácaros.

Era ya necesidad imperiosa acabar para siempre, sin perder un segundo, con aquella plaga, ojo de gallo de pelea, raza enemiga. No estaba don Hugo dispuesto a morir, como correspondía a su abolengo y edad, de una pulmonía, sin derrotar antes en justa lid el escozor lacerante del maldito callo sin modales ni urbanidad. Por lo tanto, si la medicina, como ya se había demostrado, no acertaba a encontrar remedio civilizado, había que recurrir -concluyó don Hugo- a taxativos procedimientos: «Se corta el dedo y Santas Pascuas».



Le escuchó el doctor con asombrada atención, intentó moderar su encendido ánimo, convencer al paciente de lo insensato de su determinación, lograr una tregua, negarse en redondo al desafuero... Nada. Inútil. Tanto calor puso don Hugo en sus consideraciones, con tanta habilidad practicaba la controversia, tanta gracia le hizo al médico el anciano que no sólo accedió a la operación, sino que prometió efectuarla en riguroso secreto, ya que doña Bibiana, si fuera consultada, opondría su tenaz sentido común al desaguizado.

En la clínica del Rúber, el mismo día que ingresaba cadáver Tyrone Power (según doña Bibiana, el

«hombre más guapo del mundo», que, a la sazón, rodaba en las afueras de Madrid *Salomón y la Reina de Saba* cuando le sobrevino el infarto), pasó a mejor vida el dedo meñique de don Hugo. La intervención se desarrolló sin complicaciones y, felizmente, pocos días después, don Hugo se incorporó a las partidas de tresillo de los jueves luciendo en su pie izquierdo un denso vendaje. Con alegre indignación contaba doña Bibiana a las visitas el disparate acaecido mientras don Hugo escuchaba sus protestas con sorna orgullosa. Y una y otra vez, con voz entera, repetía el caballero: «Muerto el perro se acabó la rabia».

Iba don Hugo por el tomo XXVIII de su inconmesurable hológrafo cuando una fementida gangrena lo dejó pajarito en menos que canta un gallo.

De la mano de su madre fue conducido Claudiano al pisito de sus tíos la mañana de un martes. Iba el niño en silencio, alarmado y perplejo: no era jueves, ni había almorzado... Media hoja del portal estaba cerrada y, en el vestí-

bulo, provecos y severos varones rubricaban un pliego abierto sobre la mesita que habitualmente servía para el té de las cinco y media. Arriba, mezclada con la turbamulta de muebles, una contrita exposición de luctuosas ancianas hizo difícil el paso hasta el salón-comedor donde se hallaba la viuda. Pasaron unos minutos de afligidos murmullos antes de que el padre condujera al niño al obitorio.

Cuando Claudiano vio descansando en su ataúd al rostro anguloso de su tío, como tallado en mármol, y con un pañuelo anudado sosteniendo sus mandíbulas, quedó fuertemente impresionado: «El tío Hugo -pensó- ha muerto de un dolor de muelas». Luego oyó musitar a su padre: «Es un féretro de niño». Y, en efecto, el tío Hugo estaba tan consumido que había necesitado un ataúd infantil para evitar holguras que hicieran bailar sus huesos en el interior de las tablas. Y, como el alma de los niños, la suya ¿iría a parar al limbo, porque San Pedro, sin duda se confundiría?. «De recién nacido su primera cuna fue una caja de zapatos donde se criaban los gusanos de seda -comentó la viuda-; siempre fue retaco mi Hugo».

Sacar la caja de allí y atravesar el atiborrado pasillo fue tarea impropia y fatigosa. El armazón amenazaba descuajeringarse de un momento a otro y doña Bibiana, muy entera, vigilaba las evoluciones de los empleados de pompas fúnebres, no fueran a desca-



carillar alguna de las reliquias que tanto amaba el extinto. El honorable anciano, aún muerto, se resistía a abandonar el museo. Hubo que sacar el perchero al descansillo de la escalera para evitar un desaguisado. Aquello, más que un entierro, pareció una mudanza...

Esa misma tarde, tras el sepelio, la viuda repartió entre los familiares más cercanos las obras completas de su difunto

marido. A Claudiano le correspondieron los tomos VII y VIII del ingente códice.

Luego, cuando llegó la hora de retirarse, hubo una commoción: el niño se había esfumado. Lo buscaron por todos los rincones de la casa; bajaron, incluso, al piso de la vecina; preguntaron al portero... Nada, cosa de magia, se había esfumado. Tan inexplicable era su desaparición que doña Bibiana, siempre célebre aun en mitad del duelo, se atrevió a sugerir, en broma horrenda, que a lo mejor la criatura se había colado de rondón dentro del ataúd y se lo habían llevado a la sepultura con su querido tío. La chaza provocó primero un espantoso alipori entre los asistentes, luego risitas nerviosas, finalmente convulsas carcajadas que nadie podía detener. Sólo Rósula -el corazón de una madre delira de amor- dio por buena la sospecha, rompiendo a llorar. Únicamente satisfizo al niño regalar señales de su presencia: estaba allí mismo, recogido silenciosamente, yuso la mesa, suso la alfombra, repasando el tomo VII de *Los mejores artículos de ABC*.

«¿Dónde enterrarían el dedo cortado del tío Hugo?», se preguntó Claudiano, pensativo, observando la inútil alfombra enrollada en medio del hall. Y una vez más se dijo a sí mismo que debía hacer un esfuerzo por encontrar cuanto antes el momento de bajar al sótano aquel molesto y enorme fardo que deslucía la entrada de su casita.

ADIÓS SR. SIGLO

● Carmen GUARINOS MAESTRE **Es cierto, que cuando un amigo se va de nuestro lado, el alma se resiente. Triste realidad que hay que aceptar, porque las despedidas siempre angustian...**

Pero a nuestro siglo, no le diremos adiós... Aunque el clásico diga: «que el pasado es un equipaje que se debe dejar en el camino», a nuestro siglo, que inexorable se marcha, no podemos con él ser tan ingratos; han habido tantos trozos de vida, con alegría y también con desvelos, que estos hechos tan profundos, hará nos sea difícil olvidarlo. Nuestro pasado tendrá que persistir.

La existencia, está estrechamente unida a una serie larga de ilusiones: unas, ya realizadas, y otras, que quedaron en solo esperanzas.

Quizás en el próximo veintiuno, que se acerca, podamos realizar muchas de ellas y disfrutar de los bellos proyectos que soñamos ayer... Así que, el recibimiento al misterioso desconocido, tiene que ser con toda solemnidad.

Hay que comprender, que el ser humano juega un papel muy importante en el mundo; es el eje de su funcionamiento, pero no podemos suprimir sus muchos defectos. ¿Podrá ser posible, que nos traiga el nuevo siglo, un grado tal de perfección que nos sintamos aliviados de los males que nos enturbian nuestros días? Con un mucho de fantasía, creamos que en el próximo siglo encontremos las soluciones oportunas y nos den una gran lección. Muy arriesgado es vaticinar nuestro futuro, pero nuestro afán de paz y comprensión nos empujarán hacia esas metas. Por eso creo, que es conveniente recibir con gran alegría al nuevo visitante; hemos de atenderle como el invitado que viene de lejos, por primera vez a nuestra casa y hay que impresionarlo con un estupendo «menú» de simpatía y cariño.

¿Sabremos superarnos, para no cometer los mismos errores que hicimos en este siglo? Nos interesa, por egoísmo, no perder día, hora, minuto, si siendo mejores, hacemos un mundo más feliz.

No quiero ser pesimista, pero observo, que no podemos derrochar nuestro tiempo en divagaciones, mejor

aprovechemos con ilusión los momentos que nos ofrezca el siglo venidero.

Sin duda, el tiempo es nuestro mayor enemigo, se interpone, y no te da espacio para recrearte cuando la vida te sonríe; y tiene cierta gracia, porque cuando quieres que acelere su marcha, se para en seco. Si hacemos historia lo comprobaremos: cuando eres joven, las horas se deslizan con una lentitud desesperante, tienes prisa para realizar tus sueños... Sin embargo, cuando se avanza en la vida, no hay forma que disminuya su ritmo.

Es equivocado vivir este mundo con nostalgias; si está constituido para la renovación y el progreso, debemos prepararnos para ello y caminar hacia esa línea.

Estoy un poco inquieta y nerviosa, con la llegada de este nuevo amigo. Lo encuentro para mí, unas veces muy lejos, casi inalcanzable, y otras lo veo a la vuelta de la esquina con sus grandes inventos y sus increíbles descubrimientos... ¿Llegaré a tiempo? Esa es mi duda y mi inquietud. Es alucinante, y a la vez un demostrado talento; que no sea concreta nuestra marcha de esta vida tan estupenda, porque si fuese de otra manera, me saldría de la cola, para tratar de conocer lo que puede ser el siglo que viene. Tengo la sensación, no ha corrido el tiempo; sino, que es algo personalizado que nos visitará como por arte de magia, venido si no del cielo, de tierras lejanas, y que trata de enseñarnos a vivir mejor.

A lo mejor, os parecen extrañas mis apreciaciones y absurdos mis puntos de vista sobre el tema que nos ocupa. No es nada raro que nos apene perder el siglo de toda nuestra vida, tan conocido y amado, y que sintamos una desvelada curiosidad por los días que se avecinan. Lo ideal sería, que trajese un enorme cargamento de felicidad para repartirla entre todos, sin distinción. ¡Así lo esperamos!

ESTO HA CAMBIADO MUCHO

Antonio PORPETTA

-Pues mire usted, ¿qué quiere que le diga? Esto ya es otra cosa, esto ha cambiado mucho, pero que mucho...

Si hubiera visto usted aquel ciervo... aquel ciervo, tan gallardo y tan distinguido, qué porte, qué clase, qué señorío... Aparecía en el jardín, por allá, junto a los macizos de rosas, y era como si todo se iluminara, como si todo adquiriera una belleza distinta, inesperada. Sin perder la armonía de sus andares, erguida la cabeza, con su gran cuerna dorada de sol, se iba acercando a la casa, despacito, despacito. No era vanidoso, no, ni mucho menos, qué va... pero si era como un niño... En cuanto cruzaba la puerta, se iba directamente a la sala, donde ya sabía que le estaban esperando los tres elefantes pequeñitos, sus amigos preferidos...

Bueno, los elefantes no es que fueran pequeños por edad, es que eran enanos, no habían crecido, ni creo que crecieran ya. Me hubiera gustado mucho conocer a sus padres, pero no tuve ocasión: aparecieron un buen día por el sendero, cantando una especie de mazurka o algo así, tan felices, tan libres de prejuicios, y se quedaron conmigo. Yo creía que para siempre, pero ya ve, no puede uno hacerse ilusiones...

Qué grupo tan divertido, el ciervo, grandote y, en el fondo, bastante tímido, y los tres elefantes, revoltosos, dicharacheros, infatigables en sus juegos... La de trompadas que le daban, cómo corrían detrás de él, cómo de escondían barritando desde los más ocultos rincones: entre las faldas de la mesa camilla, detrás del televisor, debajo de mi sillón... Era un espectáculo increíble. Y no digo nada, cuando en sus carreras y persecuciones, todos se tropezaban con la hiena, y caían al suelo con estrépito, y gritos, y risas... La hiena es que tenía una risa contagiosa: tan pronto como veía al ciervo jugando con

los tres elefantitos, empezaba con sus carcajadas y todo el mundo acababa riendo que te ríe. Hasta el ciervo, que no era partidario de jolgorios ni desmadres, soltaba alguna risotada desde allá arriba, la barra de las cortinas, su lugar de observación preferido. Lo que digo, era una risa contagiosa la de aquella bendita hiena. Debía ser muy feliz, siempre tan alegre...

Pues ya ve usted, cómo son las cosas: ahora ni ciervo, ni elefantitos, ni hiena... ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Dónde se habrán metido? No sé...

De todas formas, para divertidos, divertidos, aunque en plan intelectual, los mirlos. No es que vieran cada día, no: se dejaban caer de cuando en cuando, aunque siempre disfrazados de bardos y juglares, a la manera medieval, con sus calzas, sus jubones, sus caperuzas... y cómo entonaban. Todavía me acuerdo de aquella coplilla:

*Es pequeño el grano de la buena pimienta;
pero más que la nuez conortá é más calyenta:
así dueña pequeña, sy todo amor consienta,
non há plaser del mundo qu' en ella non se sienta.*

Había que ver qué visajes, qué muecas, qué ojos en blanco, cómo tañían sus rabeles, cómo bailaban... Es que parecían profesionales, de verdad. Y no caían nunca en la ordinareiz ni en lo chabacano, no, jamás: cantaban eso sí, con mucha picardía, siempre cosas de clásicos castellanos, pero eran unos mirlos que sabían estar, a pesar de su carácter desenfadado y bromista. Cuando daban por terminada su actuación, hala, recogían sus cosas y echaban a volar. Era un grupo verdaderamente simpático, con el que se pasaban unas veladas de locura...



Hace tiempo que no vienen... Cualquier día aparecen otra vez, ahí, en las ramas del olmo viejo, como antes...

No crea que quiero presumir, pero la verdad es que yo era un padre para todos, un confidente, el mejor de los amigos. La de problemas y problemas que yo he escuchado y he ayudado a solucionar. El

colibrí, por ejemplo: Se me ponía en el hombro, se acercaba a mi oído, y podía estar horas y horas contándome sus tribulaciones... No, no voy a cometer la indiscreción de comentárselas a usted, mi mucho menos. Eran casi siempre problemas personales, algunos muy íntimos. Tenga en cuenta que hay mucha soledad por ahí, y hoy en día tener alguien que

escuche y comprenda, es un tesoro. El colibrí sabía que sus confidencias siempre serían sagradas para mí, y por ello me abría su alma de par en par: dificultades familiares, problemas de vivienda (no acababa de hacerse con un nido que le gustara de verdad, que se acoplara a sus necesidades), discusiones con los chicos... En fin, que el pobre se desahogaba conmigo y eso le hacía mucho bien. Y no crea, a pesar de ser tan chiquitín, tan poquita cosa, tenía su orgullo, incluso su mal genio. Había que ver cómo se ponía cuando el guepardo, que yo pienso que siempre le había tenido algo de envidia, no sé por qué, le llamaba despectivamente «pájaro mosca». Lo que soltaba el colibrí por ese pico... Yo procuraba poner paz, porque sabía que todo eran bromas, pero es que tenía muy poca correa, se irritaba con facilidad. Todo lo que tenía de bonito -era como una joya que volara- lo tenía de mala leche... ¿Dónde estará? ¿Y el guepardo, que también tantas veces me había pedido consejo, adónde habrá ido...?

A la que echo de menos, ya ve, con lo feúcha y antipática que parecía, es a la iguana. En cuanto caía la tarde, ya estaba junto a mí, con la correa en la boca, dándome con la patita, para que la sacara de paseo. Todas, todas las tardes, lo mismo. Cuando veía que yo me levantaba, se ponía a dar saltos de alegría de satisfacción, y se iba directamente a la puerta, a esperarme. Era una iguana muy agradecida, muy cariñosa. Se empeñaba en dormir conmigo, en la cama, allí bien acurrucadita, a los pies. Pero roncaba mucho -seguramente soñaba con selvas y manglares, digo yo- y siempre terminaba sacándola al pasillo, o colocándola, completamente dormida, en la alfombra del comedor, con los demás. Nunca se quejaba: yo creo que comprendía que con esos ronquidos no podía dormir junto a mí... Pues ya ve, cómo cambian las cosas: si volviera, hasta con ronquidos y todo la dejaría dormir en mi cama... Ya le digo, la echo mucho de menos...

Como al rinoceronte. Todavía recuerdo el susto que nos dio el día que lo descubrimos en el porche, tan tranquilo, tomando el fresco, y poniéndose ciego de membrillos. De mis membrillos, claro, que entonces estaban en su punto justo de madurez y el orangután me los iba a recoger para hacer dulce aquella misma tarde. Lo hubiera matado. Pero era tan inocente, tan torpón, tan incapaz de una mal-

dad, que había que quererle a la fuerza. Pero eso no significaba que yo le consintiera todo, ni mucho menos. El día que le sorprendí afilándose el cuerno en la pared del cuarto de estar, todo perdido de yeso, unos desconchones tremendos, que se veían los ladrillos y casi la habitación de al lado, tuve que ponerme serio y plantearle las cosas con crudeza: o utilizaba para esos menesteres el rallador de la cocina y la piedra pómez o, sintiéndolo mucho, tendría que marcharse de casa. Como era de buen fondo, lo comprendió bien y a partir de entonces fue un modelo de comportamiento y de delicadeza en su trato con los otros. Acabamos siendo grandes amigos... Hasta que desapareció...

También desaparecieron las gaviotas. Era un matrimonio ejemplar, siempre dispuestas a echar una mano y a sacrificarse por todos. Habían venido del Mediterráneo, de una isla griega, me parece, y aquí se quedaron, tan contentas. Había que ver las exhibiciones aeronáuticas que hacían los domingos por la mañana: qué despegues, qué rizos, qué evoluciones, qué caídas en picado, para remontar cuando ya estaban casi a ras de tierra... Les tomé mucho, mucho cariño. Eran la alegría de esta casa. Eran... Ya ve usted... Ahora...

Lo mismo que el centauro y su centaura... ¿Cómo? ¿Que no hay centauros? ¿Entonces? Pues hubiera jurado que eran también matrimonio. Bien, es lo mismo: una pareja encantadora, afable, educadísima. Yo creo que eran universitarios: cómo conocían el mundo clásico y cómo dominaban la mitología... Es que lo sabían todo, todo, sobre mitología. Las noches de invierno, junto al fuego, oyéndoles contar sus historias de dioses, animales fabulosos, héroes, nereidas, tritones, qué se yo, eran inolvidables. Qué pena: ya no se repetirán. ¿Por qué se habrán marchado? ¿Por qué? ¿Por qué? Es la misma pregunta que me hago cuando pienso en todos los demás: los halcones, las nutrias, los delfines...

Esto ya es otra cosa... Esto ha cambiado mucho, mucho... Sí, de acuerdo, el médico ya me dio el alta. Todos me encuentran estupendamente, todos me dicen que cuánto he mejorado, el magnífico aspecto que tengo, lo bien que estoy ahora...

Y nadie se da cuenta de que yo, sí, estaré muy bien, tendré muy buen aspecto... pero me he quedado solo, completamente solo...

DESCONOCIDOS

● Maritza JOSIMCHEVICH Vinieron a la hora de un claro crepúsculo a podar el césped. La hierba se pone tan verde, que parecería ser un enorme cantero.

Todos son muy altos, tienen incluso más de dos metros. Sus máquinas repiquetean sin parar. Los observo de lejos, desde una piedra. No denotan haberme notado. De grandes bolsas de plástico sacan de repente unos aparatos en forma arriñonada, y con ellos empiezan a pulverizar el pasto, incluso allí donde hay maíz.

Inquieta, me levanto de la piedra, me acerco a ellos y les pregunto: -¿Por qué hacen eso, por qué pulverizan con este veneno?

-Así tiene que ser, para que sea fértil- contestan tranquilamente sin interrumpir su faena.

-Esta tierra ya lo es, no lo necesita- digo.

Ellos convienen conmigo: -Sí esta es la tierra más rica del mundo- lo dicen con toda tranquilidad, pero no dejan de pulverizar.

Me giro y les doy la espalda porque no puedo mirar cómo se muere la hierba. Me agacho. Introduzco los dedos de la mano derecha en la tierra. Les pregunto: -¿Quiénes son estos altarios? ¿Acaso saben, y es por eso que pulverizan, o bien pulverizan porque no saben?.

La tierra empieza a mordirme los dedos.

-¿También tú, alma de mi alma?- exclamo con tristeza, sin reproches, y retiro apaciguadamente mis dedos ensangrentados. Veo tres huecos en el suelo y oigo el ruido de la efervescencia, una especie de burbujeo. Al instante, la tierra empieza a vomitar a través de ellos; es algo que se parece a una densa cal blanca, con grumitos. Me pongo de pie. Llevo la mano derecha a la cabeza. Estiro los dedos cual abanico en tanto me giro hacia el horizonte. La sangre fluye de las yemas a la palma, de la palma al brazo, del brazo al seno, al estómago, desciende por la cadera, baja por la pierna, gotea, se adentra por esa cosa blanca de la tierra. Miro abajo, mi pie derecho, y me doy cuenta de que lo blanco perfora con lo rojo un cráter rosado. Desde ahí oigo el susurro del viento más antiguo:

-Por esta puerta no puede entrar ningún desconocido.

BIOGRAFÍA:

• **MARITZA YOSIMCHEVICH** nació en Belgrado en 1946. Terminó la escuela primaria, el liceo y la Facultad de Filología (departamento de Lengua y Literatura Inglesas; Lengua Española) en la Universidad de Belgrado.

Efectuó estancias de estudio en EE.UU., Colombia, Panamá y México.

Tras haberse afirmado como traductora literaria (Fuentes, Arenas, Vargas Llosa, Gallegos, etc.), se giró hacia su verdadera vocación literaria, la labor narrativa y novelesca. La primera selección de cuentos, titulada *El escorpión sabía*, apareció en 1989 y suscitó evaluaciones muy favorables entre los críticos literarios, los cuales estimaron que se trataba de una escritora de expresión madura, rica capacidad de invención y sugestiva tendencia hacia lo fantástico y esotérico. En su segundo libro, *El hostel del Señor* (1991), la autora transforma la inspiración esotérica en un consistente tejido literario que de paso somete a una sátira implacable a la sociedad de consumo actual. El tercer libro, la novela *El fondo en la cima del mundo* constituye un paso adelante tanto por lo que se refiere al enriquecimiento de la estructura novelesca, como por lo que toca al ahondamiento de los contenidos esotéricos, el número de personajes y la densidad de sus destinos. Es una novela que en forma imperceptible para el lector, pero también para los protagonistas, poco a poco va modificando la base real de la existencia humana, trasladándola a un plano esotérico en el que, si bien de un modo material y palpable, por medio de los símbolos de este mundo, se van delineando los destinos espirituales y ultraterrenales de los protagonistas.

En la actualidad Maritza Yosimchevich vive en Belgrado con sus dos hijos. Está escribiendo su cuarto libro (cuentos y relatos), y en calidad de redactor dirige varias bibliotecas de la Editorial DBR Publishing.

(Traducción del serbio: Silvia Monrós-Stojakovic)

PARA ERIZARSE

Lydia SANCHIS PÉREZ **Mi bisabuela pelaba los erizos de campo así: zas, zas, casi sin mirar. Los cocinaba como si fuesen cochinillos, y su marido siempre repetía plato. Y de postre... sandía, como el día anterior, y el otro, y el otro...**

En una mano la media luna roja, sonriente y pecosa (en la otra, la escopeta de la sal), la mirada gatuna escapándose por el ventanuco de la precaria cabaña y escarbando en la noche, mi bisabuelo cuidaba su campo de sandías en sazón, quizá ya demasiado tiempo.

Se aflojó el cinturón y salió a estirar un rato las piernas. Bajo una luna llena, el bancal de sandías exhibía sus enormes vientres vegetales, como lunas verdes, como huevos de luna, como lunas de agua.

Miró la luna y se relajó: «Demasiada luz, no creo que hoy se atrevan».

Pero no podía confiarse en exceso. En la tremenda canícula del verano, el sandiar era una irresistible tentación. Se arrodilló y le dio unas palmadas a una sandía, que ofició de tambor y dio la nota correcta: «Esta cae mañana».

Bajo la mirada ciclópea de la luna, la sandía lo regó de reflejos de agua, la piel tersa y satinada, a punto de estallar. «Más suave que piel de mujer —pensó— pero no tanto como la de su Asuncionica».

Se aflojó un poco más el cinturón. «Realmente le hacía a uno bien comerse un erizo de vez en cuando después de dos semanas de gachas —con la digestión en marcha, sus pensamientos rodaban lentamente—; en invierno les ponía de cebo un plato de leche. Es lo que más les gusta. Aquí no tenía, pero, con el calor, no desdían, en absoluto, darse un atracón de sandía. El que le había cocinado hoy su Asunción lo había atrapado así, dentro del vientre de la sandía, como un feto extraño y espinoso. Era una hembra enorme, preñada, de las que dan para el almuerzo y la cena».

Se acercó en dos zancadas al vientre siniestrado. Lentamente le vino a la boca un regusto de bilis. Se sentía raro esta noche. La luna, desmesurada, descubría, con descaro, un espectáculo de fecondidad desaforada.

«Joder, si hasta el erizo estaba preñado...» Y allí los tenía a ellos. Todavía no eran viejos, pero ya iban perdiendo la esperanza. Mira que él la había catado bien... y la seguía catando, pero ya ves. ¿Y para qué quería uno deslomarse trabajando como un burro?

Le vino la imagen de sus sobrinos, el Tomaso y el Sansón. Soltó un bufido y, con un amago de rabia incontenible, pateó el vientre, lechoso de luna, que reventó en sangre vegetal, dulce y pegajosa. El aire mismo se adensaba, líquido y caliente. Un rumor se adueñó de sus oídos, como si millares de erizos estuvieran royendo millares de sandías. Se sintió impotente y gritó en la noche.

—*¡Estoy hasta los mismísimos... de ver tantas barrigas. Mañana temprano nos vamos pal pueblo!* —Y se marcó un corte de mangas.

A las tantas de la noche, incapaz de soportarlo más, despertó a su mujer:

—*¡Asunción, Asunción, despierta!: ¡Que no puedo dormir!*

—*A mí no me vengas con ésas. No habrás trabajado hoy bastante. ¡Déjame dormir!*

Pero tampoco ella logró volver a conciliar el sueño, como si las palabras de su marido hubiesen actuado como alguna suerte de conjuro. Es más, le pareció estar más despierta que nunca.

La luna, que entraba por el ventanuco, se derramaba sobre los pobres enseres y los dotaba de una belleza mágica. Pronto constataron que sus propios ojos habían alcanzado una rara penetración.

Cuando se cansaron de contemplar las maravillas de la habitación hechizada por la luna, entablaron conversaciones que a la luz del día no hubiesen podido soñar.

Al segundo día de no dormir sus conversaciones se hicieron tan agudas que aprendieron a cortar la mantequilla con las palabras.

Al tercer día, las palabras adquirieron tanto poder que empezaron a crear las imágenes que sugerían. Fue entonces cuando empezaron a soñar despiertos a cualquier hora del día. Y muy pronto dejó de producirles extrañeza el ver superponerse, sobre el monótono paisaje cotidiano, sus más delirantes fantasías.

Al cumplirse una semana, cada cual empezó a vislumbrar los sueños del otro. Al principio muy tenuemente, pero luego con una claridad desconcertante. En ese mismo instante comenzaron los líos.

A los diez días, Asunción había visto de todo, pero cuando una mujer bella, joven y de ojos reidores bajó de la carreta y se abrazó a su marido, no pudo aguantarse más:

—¿Y ésta? ¿Quién es?!

Pero era ella, años atrás. Reconoció el vestido, porque se lo había cosido ella misma, pero nada más.

—Yo siempre te veo así —le dijo él.

Por primera vez en muchos años, lloró Asunción.

Muchas de sus amigas hubieran dicho que de alegría y la hubieran felicitado por su buena suerte. Pero lloraba porque allí mismo la golpeó la evidencia de que él no la amaba en absoluto. A ella, a la ella de ahora, ni siquiera la veía.

A los quince días él vio a una niña refrescándose los pies en el agua cantarina de la acequia.

—¿Y ésta quién es?

—Es mi hija —rió Asunción.

—¡Pues será tu hija, pero no la mía!

Eso la molestó lo indecible, por eso, cuando Asunción vio caer a sus pies a un pajarito y, a contraluz, alcanzó a vislumbrar al mocosito, con el tirachinas aún en la mano, estalló en cólera...

—¡Ah, no! ¡Será tu hijo pero no es mi hijo!

Y fue innecesariamente dura:

—*¡Si hasta le has puesto las orejas de tu abuelo Pascual, y el chicharrón de nariz de tu tía Honoria!*

Después del encontronazo pasaron dos días sin dirigirse la palabra, y sus pensamientos empezaron a concentrarse y a reconcentrarse, hasta que llegaron a pesar tanto que acabaron por conformar una losa que cegó el camino a los sueños.

Siguieron despiertos y activos pero sin siquiera un mal sueño que llevarse a los ojos. Al principio fue un alivio, pero pronto empezaron a estar malhumorados incluso sin motivo. Lo que no era el caso, porque la situación se estaba volviendo insostenible.

A todo esto venía a añadirse otro misterio. A la par que los sueños se esfumaban, llevándose al chaval, mi bisabuelo se dio cuenta de que la imagen de su mujer empezaba a perder nitidez; como si también ella, de alguna manera, estuviera hecha de la misma substancia de los sueños.

Y, así, mientras la sentía desvanecerse día a día ante sus ojos, mi antecesor empezó a prepararse para unas durísimas «negociaciones» recordando, con desaliento, la infinita dedicación con que ella seleccionaba los frutos hueros o podridos y los incluía en los lotes de algún desdichado Pepico o Juanico, que habían tenido la desfachatez de darle moneda falsa en anteriores tratos.

—¿Pa qué tanto trajín —se quejaba él, harto de verla con la romana a cuestas— *Dile que tas dao cuenta y yastá?*

—*Ya sabes que yo no sirvo pa eso. Tampoco creo que llamarlo ladrón vaya a mejorar mucho la situación.*

Y seguía con la balanza, intentando ser justa en el fraude.

En esta guerra muda él no se atrevió a jugar otra carta que la del silencio, desconfiando de cualquier otra «iniciativa» porque:

—¿Qué se puede esperar de una mujer que siempre tiene el gallinero de par en par? —le espetaba sin más a su mula, que asentía sin dudar.

El asunto al que se refería era ya viejo pero aún le escocía. Sucedió en los primeros tiempos de su matrimonio. Ella se le había negado, muerta de sueño, en un frío amanecer y él, despechado, abrió las puertas del gallinero al marchar hacia los campos,

con la nada secreta intención de sacarla de su tibio y confortable lecho. Pasó toda la jornada imaginándola correteando de aquí para allá intentando reunirse a tan cacareante comitiva.

Pero ella se lo tomó como si tal cosa. Dobló la ración de maíz a las que se quedaron en el corral y, conforme iban llegando las vecinas con las gallinas fugitivas, las regalaba a las portadoras, no sin antes rebanarles el gaxnate allí mismo:

—*Si no quieren estar conmigo, yo tampoco quiero que estén* —afirmaba plantada sobre un charco de sangre.

Jamás volvió a cerrar el gallinero.

En este pulso presente, Asunción no le dirigía la palabra a su marido, ni tampoco la mirada, pero no descuidaba en absoluto sus obligaciones para con él. Incluso las intensificó si cabe. Nunca llevó él la ropa interior tan limpia ni con tanta lejía. Con los primeros sudores del trabajo se le ampollaba la piel como el tocino en la sartén. Pero ni por ésas se quejaba él. Eso hubiera sido tanto como claudicar.

Era una excelente cocinera pero, durante ese tiempo, se volcó, literalmente, en la cocina, y desempolvó recetas olvidadas (e injustamente odiadas por su marido) deseando unas palabras de protesta. Pero él «tragaba» y callaba.

Sin sueño y sin sueños, sin palabras, sin sonrisas y sin hijos, las noches se hacían interminables y ella volvió, de nuevo, a tejer ropa de bebé, de «niña».

A la luz del candil, mortecino ya en la madrugada, él la miró y le dio un vuelco el corazón. Se le antojó translúcida, evanescente. Luego respiró. Había sido una ilusión óptica.

Con las primeras luces, Asunción dejó las agujas y la lana rosa, cerró los ojos y empezó a cantar muy suavemente. No hablaba con él, pero él oía las palabras cantadas.

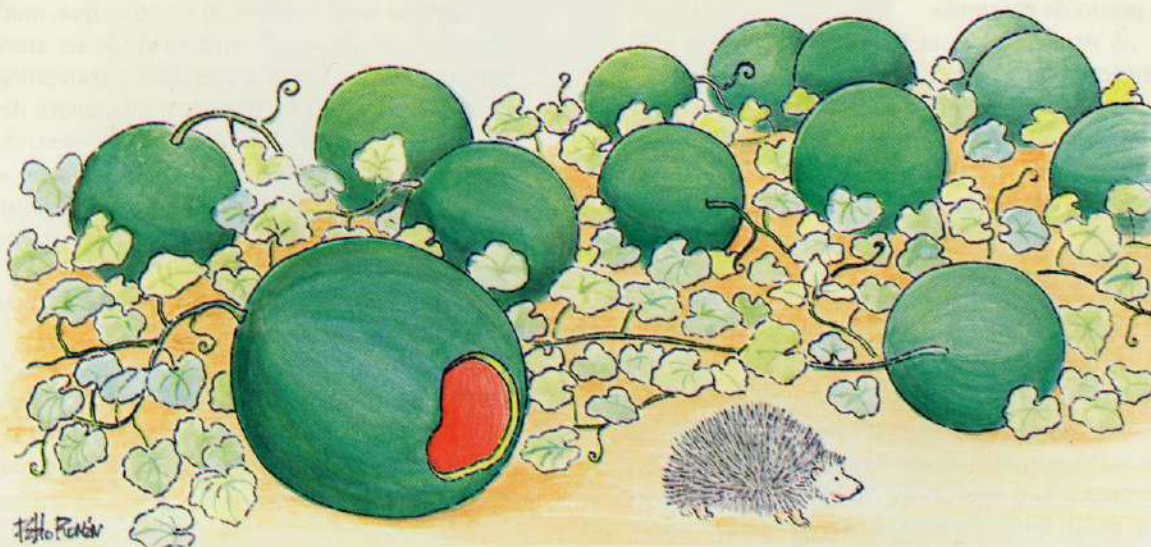
Y no, no era una bajada de bandera, era una nana dulce y melancólica que se enroscó en sus oídos como una espiral de fuego y llanto. Después de eso no quiso ni mirarla (temió no verla) y salió huyendo con la mula hacia los campos. Pasó toda la mañana hablando con el animal.

—«O cedo o me encuentro casado con el aire» —le decía, y, sólo por eso, aguantó en la faena hasta que el hambre hizo nudos con sus tripas.

Cuando llegó al hogar, la comida y el vino estaban sobre la mesa, y ella le esperaba sonriendo sentada en una silla. Pero no supo ni cómo la vio porque se había vuelto invisible. Sólo sabía que estaba allí, sonriéndole. Y, extrañamente, eso le bastaba.

Pero a ella no, y cuando le acercaba la jofaina para que se lavara las manos, con un gesto totalmente inesperado, le lanzó el agua a los ojos, tal vez con la intención, desesperada, de lavarle la mirada.

Entonces él la vio, y ella lo supo porque de pronto su verdadera imagen empezaba a reflejarse por toda la casa; desde los pucheros, los peroles y las ca-



cerolas la miraban sus propias imágenes, múltiples y únicas. Corrió hacia un espejo y, después de tanto tiempo, allí estaba su imagen. ¡Y era hermosa!

Sintió por él un agradecimiento infinito pero no por ello le dirigió la palabra, sino que le puso delante un plato de arroz con tantos caracolillos como granos, tal vez con la aviesa intención de estorbarle el hambre. Pero él, embelesado, sin quitarle la mirada de encima, iba engullendo cucharada tras cucharada, masticando ruidosamente los caracoles con su cáscara. Ella comenzó a reír francamente y lo imitó. Y cuando cada uno vio que el otro estaba a punto de hablar, se apresuraron ambos, con lo que hablaron al mismo tiempo:

—*Que sea niño* —dijo ella.

—*Que sea niña* —dijo él.

Esa misma tarde volvieron los sueños, incontenibles, densos, con aromas, terriblemente verdaderos.

A él lo alcanzaron en el trigal. Allí vio abrirse un boquete en la tierra y a sí mismo que se introducía por él. La curiosidad pudo más que la precaución y se siguió. Dentro había un horno que iluminaba y caldeaba la estancia, y de su boca emanaba un delicioso aroma de asado de carne a las finas hierbas. Quiso probar a qué sabía el sueño, y el hombre real ayudó al hombre soñado a extraer la apetitosa bandeja del fuego. Ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar que se quemara semejante cena. El asado estaba en su punto, sólo que era Asuncionica, cocinada a fuego lento, a punto de caramelo.

A Asunción los sueños la sorprendieron preparando la cena. Sentada en el lecho, desgranaba unas mazorcas mirando vagamente la marmita que hervía en el hogar. De pronto, el fuego se convirtió en trigal que, partiendo de su cintura, se abría en abanico hasta el infinito. Miró hacia atrás y era lo mismo: miriadas de espigas cerraban su pirámide en torno a su talle. Ella era la cintura de un enorme reloj de arena, de trigo, de gente, tan grande como el tiempo humano. Y se sintió frágil, a punto de quebrarse. Miró otra vez hacia delante y una ingente multitud la miraba con los ojos cerrados.

Yo, que los apretaba con fuerza, no pude resistir la curiosidad y, desde bastante cerca, la miré de soslayo y le sonreí. Y ella se quedó quieta, dormida, mirándose, en sus sábanas de lienzo.

EPILOGO

A los nueve meses nació mi abuela. Fue hija única. Cierta que circularon algunos rumores sobre un hijo «extramarital». Habladurías de pueblo. Nunca dimos pábulo a semejantes patrañas.

Porque era marital, y bien marital. Sólo que nunca creció. Todos nosotros, de niños, hemos jugado con él. Es el abuelito-niño. Yo lo he visto igual que lo vio Asunción. Es el que se come los albaricokes verdes, se sienta sobre las sandías y duerme la siesta sobre la alfalfa. Busca lombrices y juega a las canicas con los escarabajos de las patatas, capaz de inventar para ti, en un instante, el juego más trepidante.

A veces, (no lo niego), también le pedimos consejo.

Es cierto que es un niño, pero es tan... viejo.

Por otro lado (y esto nos atañía más directamente) jamás cesaron las elucubraciones en nuestra familia sobre las posibles causas de aquel trastorno del sueño. En su tiempo aventuraron la posibilidad de que el erizo se hubiera alimentado de hierbas «extrañas». Aún hoy mi madre asevera que seguramente se debió a una disfunción hormonal provocada por la preñez del erizo.

—*No me extrañaría nada que hubiese «aportado» algún gen* —se burla mi padre, aludiendo al carácter de sus hijas. Dicho lo cual lo vapuleamos, sonriéndole ferozmente.

Sea cual fuere la causa, lo cierto es que, mediante un acuerdo tácito, el erizo pasó (de ser considerado uno de los platos preferidos) a convertirse en una especie de animal totémico, una suerte de ángel tutelar de la familia. Y así ha ido pasando de padres a hijos. Les dejamos platos con leche en el jardín y, cuando todo está en silencio, avanzan hacia ella, apuñalando los matorrales al pasar, con un fragor de granizada.

A veces conseguimos verlos si se recortan algún segundo bajo la luna. Los queremos.

—*Ayer vi uno muy claramente. Nos miramos a los ojos largo tiempo. Hoy lo espero. He puesto leche en un plato, y también un trozo de sandía.*

«*¡Erizo mío, ven! ¡Que ya siento que me están... naciendo las espinas!*».

FIN



Entrañable del adentro

Mi mar

Salta dando brincos
en piruetas acrobáticas
hasta desizarte entre rumiantes espumas,
me vomitas con salitres,
en el último latido,
para besarme luego los pies y mirarme,
profunda,
lejana de monbundo azul.

Susurros de la luz

Nada soy,
sólo un medio móvil
que de paso a los ecos de la luz,
trasfigurando realidades limitadas
hacia un arco-iris de posibilidades divinas,
donde la luz te mece en una espuma de mares,
lacerando tus penumbras,
quemando tus pesares.
Tu corazón te ronca
en el mecer atenuado
y la paz te susurra al oído;
escucha la levedad.

Por tu sonrisa

Abriré las alas, extendiendo mares
alzaré los brillos de mis rasgaduras
hasta fundirme en el azul horizonte
donde lo tenue,
duerme su sueño perenne,
allá en la lejanía de las desganas,
allí donde la soledad me habla
y el mundo es un corazón que late en paz.
Muy lejos de mí,
libre al fin,
pude ver detrás del horizonte,
la silueta de tu sonrisa.

Más espuma por amor

En el momento alido,
las espumas me invaden,
crepitan dentro
en pompas y universos en flotación
que luego merodearán
entre mi deseo y tu ser;
más tarde, la mar una balsa de aceite
mirándome de azul turquesa,
Culminando ondulaciones suaves de amor espuma,
y yo;
muero placentero en la cima de nuestro amor.

EDUARDO SANCHIS

TRAGICOMEDIA DELIRANTE DE UNOS OJOS «HACHEADOS»

Entremés (y mes)

● Lydia SANCHIS PÉREZ Ante todo presentarnos:

● 1- Yo soy la primera vocal de la palabra ojos. Digamos que soy uno de sus ojos. Y aquí, muy cerca de mí, les presento a mi hermano gemelo ● 2.

● 2- Yo soy el otro ojo de la palabra. Y permítanme añadir que juntos formamos un compuesto altamente explosivo, capaz de derribar, con sólo un pestañeo, murallas más firmes que allá en Jericó.

● 1- No hagan caso de lo que les diga ● 2 porque no es un ojo serio. ¡Vamos, que no es realista!. A todo le ve su lado bueno, ¡aunque no lo tenga!.

Seguro que se debe a que siempre está de marcha con la «jota» y luego van como van, haciendo «eses» todo el tiempo. Y, ¡hala!, a ver doble, como si viendo sencillo no fuera suficiente. Y eso no es, que así... cualquiera.

Yo es que ni entiendo cómo podemos ir juntos mirando para todas partes. Porque mi punto de vista siempre ha sido más serio. Quizá se deba a que no tengo a nadie delante que me distraiga y me tape el panorama.

El caso es que siempre acabo viendo el lado malo de las cosas (que siempre lo tienen). O es que lo atraigo. Y no crean que lo busco, que yo pongo buena voluntad. Pero basta que no quiera ver algo y, zas, ya está enfrente, en pantalla panorámica y a todo color. Y, a veces, (¡qué quieren!), me hago el

ciego, pero sólo consigo que «ese algo» crezca y colonice todo horizonte. Y no se esfuma hasta que «reconozco» que lo he visto.

Soy un ojo muy molesto, lo admito, y también bastante esquivo y solitario, pero es que tengo mal «fario». Todo me lo encuentro yo, mire donde mire, que el otro día, huyendo de fuera, miré para adentro y me topé con la viga, y ● 2 sólo con la paja ajena.

O si no aquella otra vez que estuve en una revista. Que el de la imprenta nada más verme pensó: «¡huy!, éste, ¡huy!, ¡cómo va!». Y me presentó a una *hache*, que no me dijo nada en todo el tiempo. Y como el que calla, asiente, pues eso, que yo no paraba de hacerle guiños. Y es que la pobre era muda. Pero claro, yo no lo sabía. Y es lo que yo digo, que siempre me toca bailar con la más fea.

Y muchos que nos conocen opinan que no hacemos buena pareja, y tienen mucha razón, que yo no paro de hablar y ella nunca de callar. Y aunque me da mucha pena (y ya nos hemos dado un buen «lote») yo le pido al de la imprenta que me la saque de encima, que me come la... moral y, aunque tengo muchísima paciencia, ya me ha Job-ido bastante.

● 2- No hagan caso de mi hermano, que está desmoralizado.

(En un aparte)

Es su estado natural. No es que sea yo optimista, es que sé dónde mirar. En cambio, a él el ojo se le va para...

● 1- (Parece que delirante) Daña, que algo queda. Si no dañas hoy doñarás mañana. Daña hoy, no lo dejes para Doñana.

● 2- (Alarmado) Desde luego que te veo muy afectado, y hasta algo estrábico. Tú mira cosas que no te exciten, como yo. ¡Mira!, ¡Mira cómo bosteza esa ranita tan graciosa!

● 1- Sí, está «mortalmente» aburrida... de vivir. Y por eso le hemos preparado un cóctel de lodo aderezado con plomo, zinc y arsénico, todo ello elaborado con las proporciones más armoniosas.

● 2- ¡No sigas, no sigas!, que se te ha puesto el ojo plúmbeo, cínico y cianótico perdido. Aunque te entiendo. A mí tampoco me gustaría nada que me declararan Patrimonio de la Humanidad. (Ya sabemos lo que les pasa).

● 1- (Cínico) Es que para ser verdaderamente patrimonio humano, ha de ser destruido. Si no, no es representativo. Es nuestra marca, nuestra firma.

● 2- Haré como que no he oído. Y Doñana está muy lejos, y no me alcanza la vista.

● 1- Pues no te acerques al Hondo, ni le eches el ojo al Segura. Y tampoco te conviene... que vayas «vinalopeando».

● 2- En eso ya vas teniendo razón. Ya no hay dónde mirar. Pero tampoco es para exagerar.

A ti lo que te pasa es que no has pegado ojo desde lo de Mururoa, y ahora que la India ha hecho ¡patachín! con la bomba «H» ésa, (que también es casualidad), y que Pakistán ha hecho ¡patachín!, y que luego Afganistán (temblando) ha hecho ¡patachín!, pues eso, que es lo que se lleva ahora: «mira, yo la tengo más H que tú», le dice un gobierno a otro. «Yo, tres veces», «pues yo, cinco», «pues yo,

más»; y si no tienen colonias a las que joder, las sueltan en su propio país. Y es que con semejantes y amantísimos gobiernos, no necesita uno de enemigos.

● 1- Sería para «mearse» encima de risa, si no fuera para llorar a mares. La frontera que separa lo cómico de lo trágico es, a veces, tan sutil que permite la existencia de una tierra de todos y de nadie, donde los dos sentimientos pueden coexistir, aunque encontremos dificultad para expresarlo. En esa pequeña parcela de irrealidad podemos... ¿«mearnos» de pena?, ¿llorar de risa?, ¿orinar con los ojos?, ¿reír de pena?...

● 2- ¿Ves cómo necesitas dormir urgentemente? Ya desvarías sin freno. A Dios gracias que ése no es mi problema. Ahora mismo estoy que me caigo de sueño. Te repito que el secreto está en elegir bien lo que quieras mirar. Por ejemplo, este año, con todo lo desastroso que ha sido el fenómeno Niño (y que ahora dicen que viene la Niña) y lo erráticamente que se ha comportado el clima, yo sólo he querido mirar el desierto empapado y, súbitamente, florecido con plantas del Terciario. Y con esta última y bella imagen os doy las buenas noches.

(Cierra el ojo, vase y no hubo nada).

● 1- Ahora sí que me ha dado en el blanco del ojo. Reconozco que yo también me he recreado mirándolo e imaginando cómo esas plantas, verdaderas bella-durmientes, habían sorteado las mareas del tiempo para ir a naufragar, momias vivientes, en las ardientes arenas del desierto. Pienso en eso y el ojo se me ilumina con un extraño fulgor porque me asalta la idea de que... lo que aún no ha nacido, todavía no lo hemos podido matar.

De un tiempo a esta parte me asedian negros presagios. Mirando a los hombres me da por recordar a unos peculiares organismos que vivieron en el planeta cuando todavía la tierra era joven y que tenían la particularidad de producir oxígeno como sustancia de desecho, hasta que hubo tanto en la atmósfera (para suerte nuestra) que se envenenaron y murieron. Y eso me hace pensar (y que me perdone Dios): ¿a qué asqueroso bichejo estamos... preparando cuna?

(Cierra el ojo, trasvase, y no hubo qué.)

TELÓN



VICENTE ESTEBAN

FOTOGRAFO



Caja de Crédito de Petrel

COOPERATIVA DE CREDITO VALENCIANA

Nacimos aquí